

ISIS

AVENTURA

DE

GM. BLAS

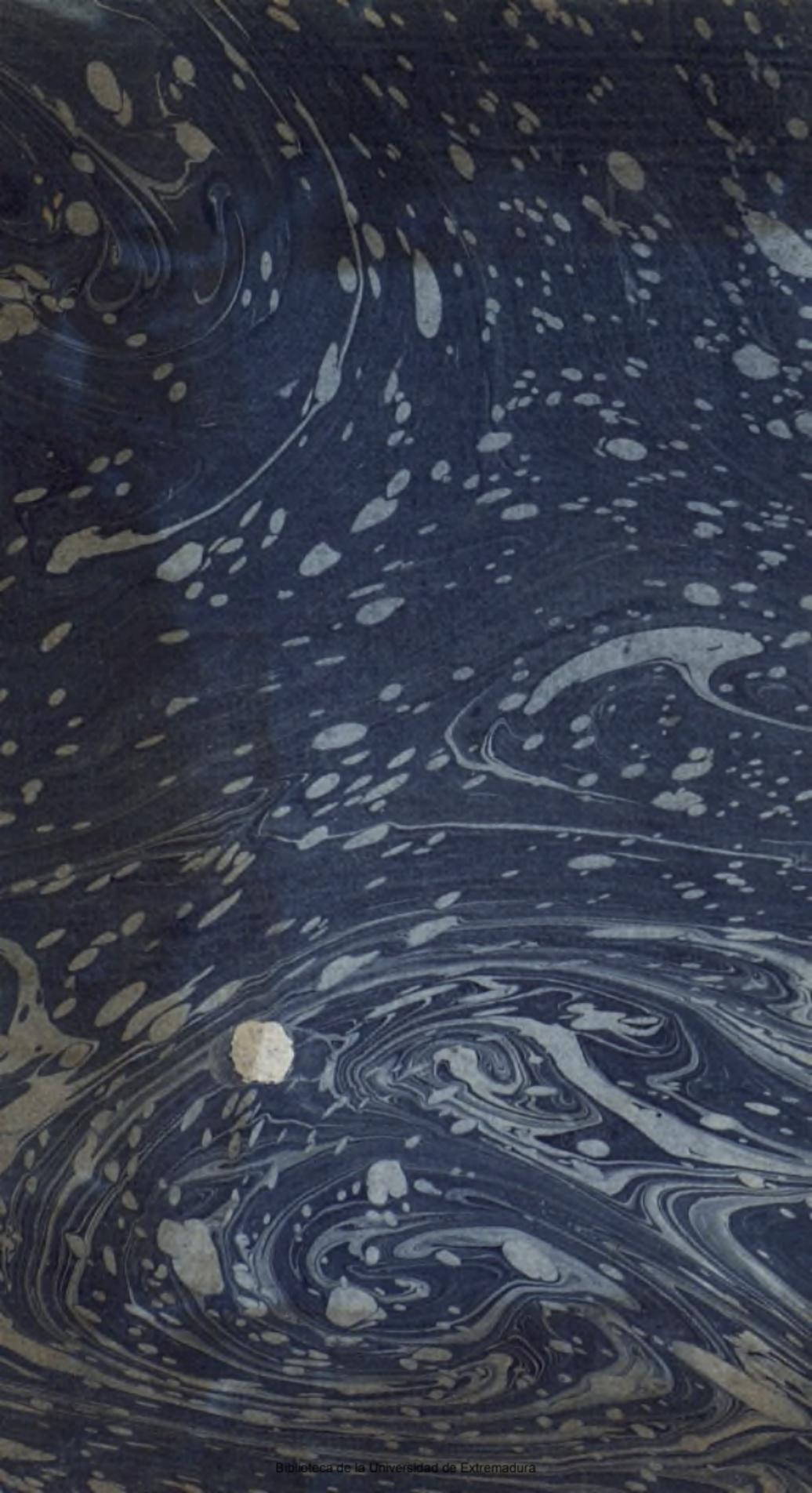
ISIS

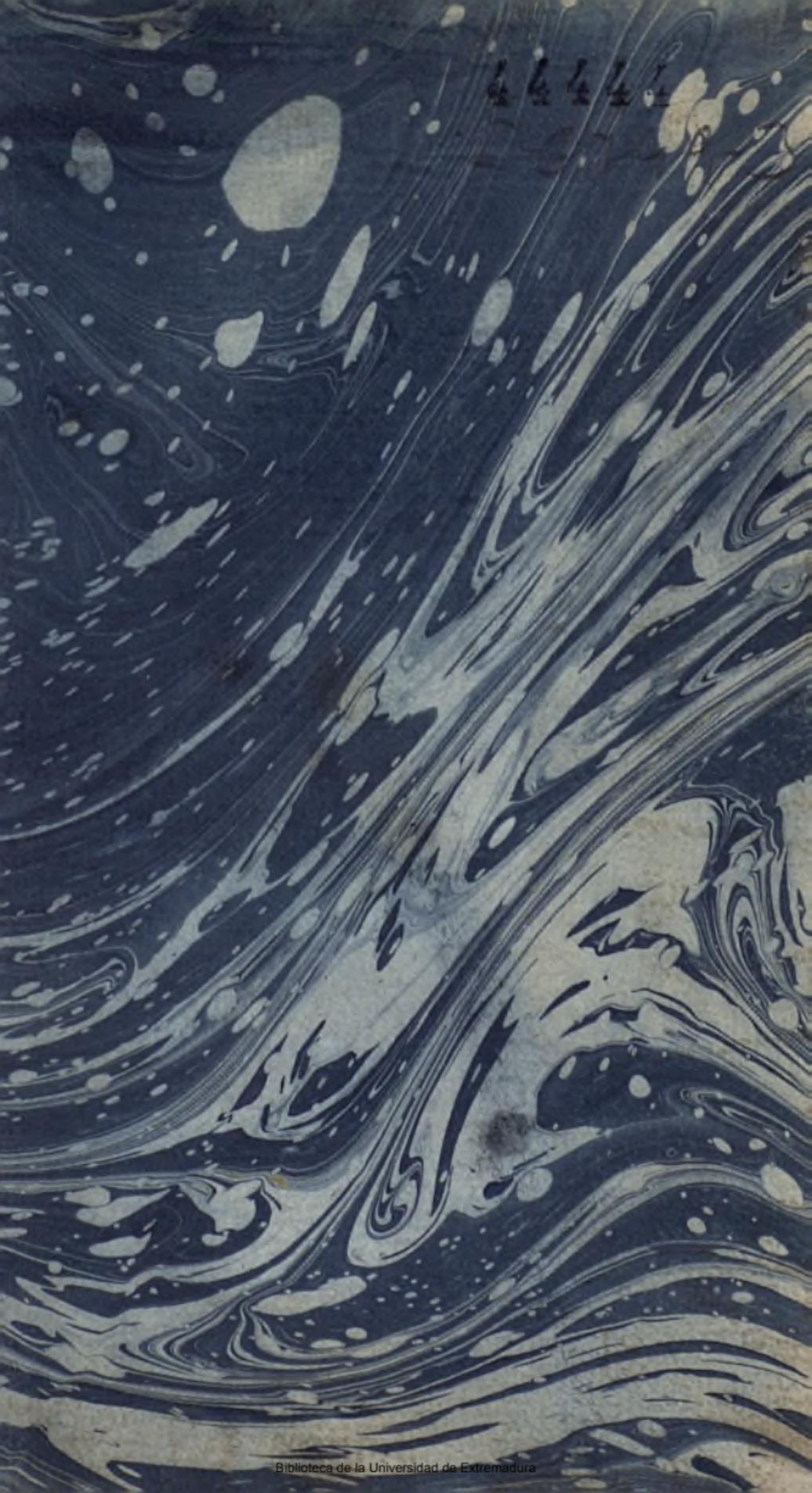
3

3

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-757





五五五五

82.33

LES

ave

TS-757



6.15934351

611704305
112135581

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



2 202000 311713

Biblioteca de la Universidad de Extremadura

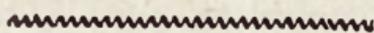
AVENTURAS

DE GIL BLAS

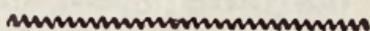
DE SANTILLANA,

Escritas en francés por M.^r LESAGE, y
traducidas al castellano por el Padre
JOSÉ ISLA.

NUEVA EDICION, ADORNADA CON 8 LÁMINAS.



TOMO III.



BURDEOS,

EN LA IMPRENTA DE D.ⁿ PEDRO BEAUME.

1822.

AVENTURAS
DE GIL BLAS
DE SANTILLANA.

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De los amores de Gil Blas y la Señora Lorenza Séfora.

Fuí pues á Xelva , y llevé al buen Samuel Simon los tres mil ducados que le habíamos robado. Confieso francamente que tuve en el camino mis tentaciones de quedarme con ellos , para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayor-domía. Podia hacerlo impunemente : bastaba viajar cinco ó seis dias , y volver como si hubiera llenado mi comision ; Don Alfonso y su padre nunca hubieran sospechado de mi fidelidad. Sin embargo no caí en la tentacion , y puedo decir que la vencí como hombre de honor , lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro

que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto menos escrupulosos; y sino, diganlo aquellos depositarios que sin peligro de perder su reputacion pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion que no esperaba el mercader, volví á la casa de Leyva, en donde ya no estaba el Conde de Polan, que con Julia y Don Fernando habiau partido para Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada día mas enamorada de su esposo, y á Don Cesar contentísimo de poseer á ámbos. Me dediqué á ganar la voluntad de este padre amable, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa; todo corria por mi mano; recibia el dinero de los arrendadores; gastaba, y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedia á los que me disgustaban, ni exigia de los demas una entera subordinacion: si acudian á Don Cesar ó á su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de oponer estorbos, hablaba en su favor. Por otra parte, la estimacion que continuamente me mostraban mis amos, avivaba mi zelo por su servicio, sin atender á otra cosa que á lo que podia interesarles. Administré con manos muy limpias, y fui un mayordomo de los pocos que hay.

Cuando estaba mas contento con mi estado,

el amor, envidioso de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para eso encendió en el corazon de la Señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al Señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada rayaba ya en los cincuenta; pero la frescura de su tez, su rostro agradable, y dos hermosos ojos que sabia manejar con destreza, podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado un poco de mas color, porque estaba muy pálida; pero eché la culpa de esto á la austeridad del celibato.

Usó por mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo, en lugar de corresponder á ellas, aparentaba no percibir sus designios: me tuvo por novato en el amor, y no le pareció mal mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruido de lo que estaba; y asi en nuestra primera conversacion se declaró en términos formales, á fin de que no lo dudase. Ella se manejó como muger práctica, hizo como que se turbaba; y despues de haberme dicho á su satisfaccion cuanto quiso, se cubrió la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: mostréme muy sensible á sus cariños, no tanto por amor como por vanidad; hice del

apasionado, y aun afecté estrecharlo tanto que se vió precisada á reñirme; pero esto fué con tanta blandura, que cuando me encargaba procurase contenerme, no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso, si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud, concediendome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separámos hasta otra conferencia: Séfora persuadida á que su aparente resistencia la haria pasar en mi opinion por una Vestal, y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado de mis negocios, cuando un lacayo de Don Cesar vino á aguar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia, me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me manifestaria en satisfaccion, pero con la condicion de guardarle el secreto, por ser cosa de la dama Lorenza Séfora, cuyo enconotemia. La curiosidad en que me puso era demasiada para dejar de ofrecerle todo sigilo: procuré no manifestar que en ello tenia el mas ligero interes, preguntandole con frialdad que descubrimiento era aquel del cual me hablaba con tanto misterio. Es, me dijo, que la Señora Lorenza introduce secretamente en su cuarto

todas las noches al Cirujano del Lugar, que es un mozo bien plantado, y el bellaco se está bien reposado con ella. Doy de barato, prosiguió con un tono maligno, que esta accion sea inocentísima; pero vmd. confesará que un mozo, que entra misteriosamente en el cuarto de una doncella, da motivo para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras: procuré ocultar mi confusion, y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me pasaba el alma; pero luego que estuve solo, me desquité echando mil bravatas, juré, y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza, y la abandonaba sin dignarme oir sus descargos; ya creyendo era punto mio escarmentar al Cirujano, pensaba desafiarle. Prevaleció esta última resolucion. Puseme en emboscada al anochecer, y en efecto le ví entrar en el cuarto de mi dueña con un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi furor, que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de la casa, y me aposté junto al camino por donde el galan debia retirarse. Esperabale á pié firme, y cada momento irritaba otro tanto el deseo que tenia de llegar con él á las manos. En fin se dejó ver mi enemigo, le salí al encuentro con aire de maton; pero yo no sé como diablos sucedió que me hallé repentinamente sobreco-

*

gido de un terror pánico, como un héroe de Homero, parado en medio de mi camino, y tan turbado como Paris cuando se presentó para combatir con Menelao. Me puse á mirar á mi hombre que me pareció robusto y vigoroso, y su espada desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto; pero fuese por vanidad ó por otro motivo, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavía mas grande, á pesar del miedo que me apretaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona, y avanzarme hácia el Cirujano.

Sorprendióle mi accion. ¿Que es esto, Señor Gil Blas, exclamó? ¿que significa este aparato? vmd. sin duda quiere burlarse. No, Señor barbero, le respondí, no, no me burlo. Verémos si es vmd. tan valiente como galau. No crea vmd. le he de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ; Por vida de San Cosme, repuso el Cirujano dando una gran carcajada, que es un buen chasco! ; Las apariencias, vive Dios, son engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo mas atrevido é insolente. A otro perro con ese hueso, le repliqué, á otro con esa, amigo mio; yo no soy hombre á quien satisface la simple negativa. Ya considero, replicó, que me será preciso hablar claro para precaver la desgracia que nos puede suceder á ámbos. Voy pues á re-

velaros un secreto, no obstante que los de nuestra profesion deben ser muy callados. Si la dama Lorenza me introduce á la sordina en su aposento, es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarla un cáncer inveterado que tiene en la espalda. Vea vmd. el motivo de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese vmd. en adelante sobre este particular; pero si vmd., prosiguió, no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que peleemos, dígalo, y manos á la obra, pues no soy hombre que le huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras, sacó su montante cuya vista me hizo temblar, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me prometia. Basta, le dije, retirando mi espada, yo no soy de aquellos brutales que no escuchan la razon. Por lo que vmd. me ha dicho, veo que no es mi enemigo; abracemonos. Por mis palabras conoció que yo no era tan malo como le parecí al principio: envainó con risa su espada, me abrazó, y nos separámos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentaba á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarla á solas, y mi cuidado y afectacion en huir de ella la hiciéron conocer mi disposicion. Asustada de una mudanza tan grande, quiso saber la causa; y habiendo encontrado al

fin el medio de hablarme á solas , me dijo : Señor mayordomo , dígame vmd. , si gusta , el por que evita hasta mis miradas , y por que en lugar de buscar como otras veces ocasion de hablarme , huye tanto de mí. Es verdad que yo he dado los primeros pasos , pero vmd. me ha correspondido. Acuerdese , si no lo lleva á mal , de la conversacion que tuvimos solos ; entónces era vmd. todo fuego , y ahora no advierto mas que frialdad. ¿ Que significa esta mudanza ? La pregunta era muy delicada para un hombre natural , y á la verdad quedé muy embarazado. No tengo presente lo que le respondí ; solamente me acuerdo que la disgustó infinito. Séfóra parecia un cordero con su aire dulce y modesto ; pero cuando se llenaba de cólera , era una tigre. Creia , me dijo echandome una mirada llena de despecho y rabia , creia honrar mucho á un hombrecillo como él , descubriendole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian mucha vanidad de haber escitado. Me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto , hubiera salido yo del paso á poca costa ; pero su lengua furiosa me dió cien epitetos á cual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria , y reflexionar que habiendo despreciado el triunfo de una virtud que yo habia tentado , cometia un delito que las mugeres jamas perdonan. Un hombre sensato

en mi lugar se hubiera reído de estas injurias; pero yo era muy vivo para sufrirlas, y perdí la paciencia. Señora, la dije, á nadie desprecie- mos : si esos caballeros de quienes vmd. habla, la hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad no hubiera pasado á mas. Apénas hube disparado esta saeta, cuando la furiosa dueña me pegó la mas grande bofetada que jamas ha dado muger. Para no recibir otra, y evitar la granizada de golpes que hubieran caído sobre mí, tomé la puerta con la mayor ligereza. Dí mil gracias al Cielo de verme fuera de este mal paso, imaginando que nada tenia que temer, pues que la dama se habia vengado. Me parecia que por su propia vergüenza debia callar esta aventura. En efecto pasáron quince dias sin saber de ella. Yo mismo principiaba á olvidarla, cuando supe que estaba mala; confieso que tuve la flaqueza de afligirme : me dió lástima, imaginando que esta desgraciada amante no pudiendo vencer un amor tan mal pagado, se habria rendido á su dolor. Me consideraba la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. ; Pero cuanto me eugañaba! su ternura mudada en aborrecimiento no pensaba mas que en mi ruina.

Estando una mañana con Don Alfonso, noté que estaba triste y pensativo; preguntéle con respeto que tenia : Tengo pesadumbre, me dijo, de ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta.

Tú te espantas, añadió, observando mi sorpresa; pues es muy cierto lo que te digo. No sé por que motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este odio, en los cuales no puede condescender sin ser desagradecida é injusta; pero al fin es muger, y ama tiernamente á Séfora que la ha criado. La quiere como si fuera su madre, y creeria ser causa de su muerte si no la diese gusto. Por lo que hace á mí, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque hubieran de perecer todas las dueñas de España, pues te miro no como á criado, sino como á hermano.

Luego que acabó de hablar Don Alfonso, le dije: Señor, he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me ofrecia una vida feliz y tranquila; pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella deje mi mayor gusto. No, no, exclamó el generoso hijo de Don Cesar. Dejame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado gusto la damos en otras cosas. Pero, Señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á oca-

sionar discordia entre dos esposos tan perfectos : si esta desgracia sucediese , jamas hallaria consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido , y le ví tan resuelto , que Lorenza no hubiera logrado su intento si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que picado de la venganza de la dueña tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla ; pero luego me compadecia , considerando que revelando su flaqueza heria mortalmente á una infeliz de cuya desgracia era yo la causa , y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué pues que en conciencia debia restablecer la tranquilidad en la casa , retirandome de ella , pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hicelo asi al dia siguiente ántes de amanecer , sin despedirme de mis amos , temiendo que su cariño estorbaba mi partida ; y solo dejé en mi cuarto una exacta cuenta de mi administracion.

CAPÍTULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues que se retiró de la casa de Leyva , y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.

Yo tenia un buen caballo , y llevaba en mi maleta doscientos doblones , procedentes la mayor

parte de lo que me tocó de los bandoleros que matámos, y de los tres mil ducados que robámos á Samuel Simon, porque Don Alfonso habia restituido generosamente toda la cantidad, cediendome la parte que me habia tocado. Asi por esta restitucion miraba mi caudal como legítimamente adquirido, el cual podia gozar sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo entónces tenia, se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte, Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el Conde de Polau tendria mucho gusto de recibir en su casa á uno de sus libertadores. Pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y ántes quise gastar una parte de mi dinero en correr los Reinos de Murcia y Granada, que deseaba ver. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viage fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. Parecia que la fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá en adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada, fué el Señor Don Fernando de Leyva, yerno, como Don Alfonso, del Conde de Polan. Ambos quedámos sorprendidos

de vernos en Granada. ¿ Que es esto, Gil Blas, me dijo, tú en Granada? ¿ Que es lo que aquí te trae? Señor, le dije, si vmd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á dejar el servicio del Señor Don Cesar y su hijo. Seguidamente le conté quanto me habia pasado con Séfora, sin ocultarle nada; rió con toda su fuerza el chasco, y sosegada la risa me dijo seriamente: Amigo, voy á tomar por mi cuenta este negocio, escribiré á mi cuñada.... No, no, Señor, interrumpí, suplico á vmd. no la escriba: no he salido de la casa de Leyva para volver á ella. Si vmd. gusta, puede hacer otro uso del favor que le debo: ruego á vmd. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó un mayordomo, me presente y recomiende: doy á vmd. palabra que no desmentiré su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido para visitar á una tia mia ya vieja que está enferma, y todavía pasarán tres semanas ántes que me vuelva á Lorqui, en donde ha quedado Julia. En esta casa vivo, prosiguió, señalandome una suntuosa que estaba á cien pasos de nosotros: procura verme pasados algunos dias, que quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente la primera vez que nos vimos, me dijo: El Señor Arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un escelente escritor,

necesita un hombre instruido y de buen pulso para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone homilías que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso, te he propuesto, y me ha prometido admitirte : ve y presentate de mi parte; por el modo con que te reciba, conocerás el buen informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear; y asi habiendome preparado lo mejor que pude, fui una mañana á presentarme á este Prelado. Si yo hubiera de imitar á los que escriben novelas, haria una descripcion pomposa del Palacio Episcopal de Granada, me estenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estatuas y pinturas, y no perdonaria al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al Palacio de nuestros Reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seglares, la mayor parte familiares de S. I., limosneros, gentileshombres, escuderos ó ayudas de cámara. Las libreas de los lacayos eran muy ricas, tanto que mas parecian señores que criados; se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de consecuencia: al ver su afectacion, no pude menos de reirme y burlarme de ellos. Par diez, decia á mi sayo, estas gentes tienen el privilegio de no sentir el

yugo de la servidumbre, porque al fin si lo sintieran, me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personage grave y gordo que estaba á la puerta del gabinete del Arzobispo, para abrir y cerrar. Le pregunté con mucha cortesía si podria hablar á S. I. Esperese vmd., me dijo secamente, que S. I. sale para oír misa, y al paso podrá escucharle. No respondí palabra, me revestí de paciencia, y procuré trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos Señores no se dignáron contestarme, y se entretuviéron en registrarme de piés á cabeza. Despues se miráron unos á otros, burlandose con sonrisa y orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me aturdí al verme tratado asi por unos lacayos. Todavía no habia vuelto de mi confusion, cuando se abrió la puerta del gabinete, y salió el Arzobispo. Inmediatamente quedó todo en un profundo silencio. Estos soberbios domésticos dejáron sus modos insolentes, y se mostráron con un aire respetuoso delante de su amo. Tendria el Prelado unos sesenta y nueve años, del cuerpo y traza casi de mi tio Gil Perez el Canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, patiestebado, y tan calvo, que solo tenia un mechon de pelo hácia el cogote; por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le tapaba las orejas. Con todo

le noté un aire de caballero, sin duda porque yo sabia que lo era. La gente ordinaria miramos á los grandes con una cierta prevencion, que por lo comun les presta un señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el Arzobispo, se vino á mí, y me preguntó con mucha dulzura que se me ofrecia. Le dije era el recomendado del Señor Don Fernando de Leyva. ¡ Ah ! exclamó, ¿ eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido : me alegro de tan buen hallazgo, quedate desde luego en casa. Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera, cuando se viniéron á mí para saludarme los mismos que poco ántes habian despreciado mi conversacion : me rodean, me agasajan, y testifican la mayor alegría de verme comeusal del Arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber que empleo debia tener cerca de S. I., pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver S. I., y me hizo entrar en su gabinete para hablarme á solas. Yo pensé bien era su intencion tantear mis talentos : por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió con algunas preguntas sobre las humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia

suficientemente los autores Griegos y Latinos. Tocó despues en la dialéctica, y justamente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien aferrado : Se conoce, me dijo como admirado, que has tenido muy buena educacion. Veamos ahora tu letra. Saqué de mi bolsillo una muestra que habia llevado espresamente para este caso, la que no desagradó á mi Prelado. Me alegro de que tengas tan buena mano, exclamó, y todavía mas de que tengas tan buenos talentos. Yo daré las gracias á mi sobrino Don Fernando, porque me ha proporcionado un familiar tan útil. A la verdad me ha hecho un buen regalo.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros Granadinos que debian acompañar á S. I. en la mesa. Dejélos, y me retiré con los familiares que me colmáron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si miétras la comida procuráron observar mis movimientos, yo no examiné menos los suyos. ; Que modestia no aparentaban los eclesiásticos ! Los tuve por unos santos, tanto era el respeto que me habia infundido el Palacio Arzobispal; no me pasó por la imaginacion que aquello podia ser gazmoña, como si fuera imposible que la falsedad se hallase en la casa de los Príncipes de la Iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un viejo ayuda de cámara, llamado Melchor de la Ronda, que

tuvo el cuidado de hacerme buenos platos. Viendo su atencion, procuré yo tenerse la, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dijo en voz baja luego que acabámos de comer, quisiera hablar con vmd. á solas; y diciendo esto me llevó á un sitio de Palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este discurso: Hijo mio, desde el instante que te ví, te cobré inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiandote un secreto que te será de grande utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos con los falsos devotos. Para conocer el terreno, necesitabas infinito tiempo: voy á escusarte un estudio tan largo y desagradable, descubriendote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por S. I.: es un Prelado muy piadoso, continuamente ocupado en edificar al pueblo, y en dirigirle á la virtud con escelentes sermones morales que él mismo compone. Es un sabio y un grande orador: veinte años hace que dejó la Corte para dedicarse enteramente á la conducta de su rebaño. Tiene su manía en predicar, y el pueblo le oye con gusto y aplauso. Tendrá en esto su poco de vanidad; pero ni á los hombres toca el penetrar los corazones, ni parecerá bien que me ponga yo á escudriñar los defectos de quien como el pan. Si se me permitiera reprender alguna cosa en mi amo, vituperaria

su severidad, porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos, cuando debiera mirarlas con piedad. Sobretudo, persigue sin misericordia á los que confiando en su inocencia piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien una falta que es comun á muchas personas grandes : ama á sus criados, pero atiende poco á sus servicios : los dejará envejecerse en su casa sin pensar en su acomodo ; y si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos, pues por lo que hace á S. I., jamas se acordaria de hacerles el menor bien.

Esto me dijo de su amo, y siguió dandome cuenta del carácter de los eclesiásticos con quienes habíamos comido : me los retrató muy al contrario de lo que se mostraban : es verdad que no me dijo eran gentes infames, pero sí malos sacerdotes. No obstante exceptuó á algunos cuya virtud alabó. Con esta leccion aprendí el modo de portarme con estos Señores ; y en la misma noche cenando me revestí como ellos de un exterior modesto. No es de admirar se hallen tantos hipócritas, pues nada cuesta el serlo.

CAPÍTULO III.

Gil Blas , privado del Arzobispo , y dispensador de sus gracias .

MIÉNTRAS la siesta , saqué de la posada mi maleta y caballo , y volví á cenar á Palacio , en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama . El dia siguiente me hizo llamar S. I. bien de mañana , para darme á copiar una homilía : me encargó mucho lo hiciera con toda la exactitud posible , lo que ejecuté sin olvidar acento , punto , ni coma ; lo que llenó de gusto y de admiracion al Prelado . Luego que recorrió todas las hojas , exclamó arrebatado : ¡ Eterno Dios ! ¡ puede darse copia mas correcta ! Por ser gramático , eres muy buen copista . Hablame con satisfaccion , amigo mio : ¿ has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado ? ¿ algun descuido en el estilo , ó algun término impropio ? Es muy fácil se escape algo de esto con el fuego de la composicion . ¡ O Señor ! respondí modestamente , no es tanta mi instruccion que pueda meterme á crítico ; y aun cuando fuera capaz de ello , estoy asegurado que las obras de V. S. I. no caerian bajo mi censura . Sonrióse con mi respuesta , y nada me replicó ; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos .

Acabé de ganarle con esta adulacion; cada dia me queria mas, tanto que Don Fernando, que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad, que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo repetido con entusiasmo una tarde en su gabinete delante de mí una homilia que debia predicar en la Catedral al otro dia, no se contentó con preguntarme en general que me habia parecido, sino que me obligó á decirle los pasages que me habian dado mas golpe. Tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba mas satisfecho, y que eran sus favoritos: esto me hizo pasar en el concepto de S. I. por de un conocimiento delicado, que sabia atinar con las verdaderas hermosuras de una obra. Esto es, exclamó, lo que se llama tener gusto y finura. Sí, querido, te aseguro que no es tu oído oreja de *Beocia*. En fin tan contento quedó, que me dijo con mucha espresion: No tengas ya cuidado, corre de mi cuenta tu fortuna, y yo te la procuraré agradable. Yo te estimo, y en prueba de ello quiero seas mi confidente.

Al oír estas palabras me eché á los piés de S. I., penetrado de reconocimiento. Abracé con todo corazon sus piernas torcidas, y me creí ya hecho hombre. Sí, hijo mio, prosiguió el Arzobispo, cuyo discurso se habia interrumpido por mi accion; sí, hijo mio, quiero hacerte de-

positario de mis pensamientos los mas secretos. Escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar, y el Señor bendice mis homilias, porque ellas hieren á los pecadores, les hacen entrar dentro de sí mismos, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro, espantado con las imágenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con una mano pródiga, apartarse un lascivo de sus torpezas, retirarse los ambiciosos á las ermitas, y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un galan engañoso. Estas conversiones que son frecuentes debian por sí solas escitarme al trabajo; con todo te confieso mi flaqueza, todavía me mueve otro premio, premio que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente; esta es la estimacion del público á las obras perfectas. Yo encuentro mucha satisfaccion en que me tengan por un orador consumado. Hoy pasan mis obras por fuertes y delicadas; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años, y al fin flaquean. Yo quisiera no perder mi reputacion.

En este supuesto, mi amado Gil Blas, continuó el Prelado, espero una cosa de tu zelo: cuando percibas que mi pluma se envejece, cuando notes se baja mi estilo, no dejes de advertirmelo. En este punto no me fio de mí mismo. Mi amor propio podria cegarme. Esta observa-

cion necesita de un entendimiento imparcial ; por tanto elijo el tuyo que contemplo á propósito , y desde luego estaré á tu dictámen. Señor , le dije , V. S. I. está todavía bien lejos de este tiempo , á Dios gracias. Además que un entendimiento tal como el de V. S. I. se conserva mas bien que los de otro temple , y para hablar con propiedad , V. S. I. será siempre el mismo. Yo juzgo á V. S. I. como á un otro Cardenal Ximenez , cuyo genio superior parece recibia mas fuerzas con los años , en lugar de debilitarse con la vejez. Dejemonos de adulacion , amigo mio , respondió mi amo ; yo sé que puedo decaer y perder la sublimidad de mi estilo de un instante á otro : en la edad en que me hallo , ya se principian á sentir las enfermedades ; y las enfermedades del cuerpo alteran al espíritu. De nuevo te lo encargo , Gil Blas , no te detengas un momento en avisarme cuando adviertas se debilita mi cabeza. No temas usar conmigo de franqueza y sinceridad , porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte , va en ello tu interes ; porque si por desgracia tuya supiese se hablaba en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion , y que podia ya dar de mano á mis tareas , perderias no solo mi afecto , sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad : esto sacarás de tu necia discrecion.

Aquí acabó la exhortacion de mi amo para oír mi respuesta, que se redujo á prometerle quanto deseaba. Desde este momento nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver como trataban los gentileshombres y escuderos al confidente de S. I. : no se afrentaban de abatirse por tenerme contento; sus bajezas me hacian dudar fuesen Españoles. Aunque conocia sus ideas interesadas, y nunca me engañáron sus lisonjas, no por esto dejé de servirles. Mis oficios hicieron que S. I. les procurase empleos. A uno le hizo dar una compañía, y le dió con que lucir en el ejército; á otro envió á Méjico con un gran destino; y no olvidando á mi amigo Melchor, le saqué una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el Prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas estension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro Maestresala me presentó un cierto Licenciado llamado Luis García, hombre mozo y de buena presencia, y me dijo : Señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mejores amigos : ha sido Capellan de Monjas, pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con S. I., que le ha suspendido, y no quiere escuchar á los que piden

su habilitacion : nos hemos valido de lo principal de Granada , pero nuestro amo es inflexible.

Señores , les dije , este negocio se ha gobernado mal , hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie ; por hacerle bien al Señor Licenciado , le han hecho mucho daño. Yo conozco á S. I. , y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir : Quanto mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular , tanto mas aumenta el escándalo y mi severidad. Malo es eso , dijo el Maestresala , y mi amigo tendria mal negocio si no tuviera tan buena mano ; pero gracias á Dios él escribe de pasmo , y esta habilidad le sacará del paso. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El Licenciado me manifestó una muestra que traia prevenida ; quedé admirado de su hermosura y limpieza , y me pareció de las muestras que dan los maestros de escuela. Miéntas consideraba tan bella forma de letra , me vino al pensamiento una idea , y en su consecuencia pedí á García me dejase el papel , diciendole que acaso le seria útil , que no podia decirle mas por entónces , pero que nos viésemos á otro dia , y hablaríamos. El Licenciado , á quien el Mayordomo al parecer habia celebrado mi ingenio , se retiró tan satisfecho como si ya hubiese conseguido todas sus licencias.

A la verdad yo deseaba hacerle este favor, y desde el mismo dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el Arzobispo le manifesté el papel de García, el cual agradó infinito á mi patron. Señor, le dije, aprovechandome de la ocasion, pues que V. S. I. no quiere imprimir sus homilías, no seria malo que á lo menos se escribiesen de esta letra.

El Prelado me respondió: Aunque me agrada la tuya, no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de V. S. I.: es un Licenciado conocido mio, el que tiene esta habilidad; él se alegrará mucho de servir á V. S. I., y mas cuando por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿ Como se llama ese Licenciado? me preguntó. Luis García, le dije, y está lleno de amargura por haber incurrido en la indignacion de V. S. I. Este García, interrumpió, si no me engaño, ha sido Capellan de un Convento de Monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él; sus costumbres no son muy buenas. Señor, dije, no es mi ánimo justificarle; pero sé que tiene muchos enemigos, y asegura que los que le han acusado han cuidado mas de hacerle daño que de decir la verdad. Bien puede ser, replicó el Arzobispo; porque hay en el mundo es-

píritus muy perversos ; pero doy de barato que su conducta no haya sido siempre irreprehensible , acaso se habrá arrepentido , y sobretodo á gran pecado gran misericordia. Haz venir á ese Licenciado á quien desde luego levanto las censuras.

Ved aquí como cuando media el interes propio , los hombres mas rigurosos templan su severidad. El Arzobispo concedió sin pena lo que habia rehusado á los mas poderosos empeños , solo por el vano gusto de tener sus obras bien escritas. Al instante dí esta noticia al Maestresala , quien sin pérdida de tiempo la pasó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme los agradecimientos correspondientes al favor obtenido. Le presenté á mi amo , quien contentandose con una ligera reprension , le dió algunas homilías que pusiera en limpio. García se portó tan grandemente , que S. I. le restableció en su ministerio , y aun le dió el Curato de Gambia , lugar grande inmediato á Granada : lo que prueba muy bien que los beneficios no se confieren siempre á la virtud.

CAPÍTULO IV.

Es acometido de apoplejía el Arzobispo : del embarazo en que se encuentra Gil Blas, y del modo con que salió de él.

CUANDO me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, Don Fernando de Leyva se preparaba para dejar á Granada. Visité á este Señor ántes de su partida, con motivo de darle de nuevo gracias por el escelente acomodo que me habia procurado. Viendome tan gustoso, me dijo : Mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estes tan satisfecho de mi tio el Arzobispo. Estoy contentísimo, le respondí, con este gran Prelado, y verdaderamente debo estarlo. Ademas de que es un Señor muy amable, nunca podré yo agradecer bastante las bondades que le merezco; pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion de Don Cesar y su hijo. No creo yo que ellos la hayan sentido menos, dijo Don Fernando. Puede ser que no os hayais despedido para siempre : da tantas vueltas el mundo, que acaso os podréis ver todavía juntos. Estas palabras me enterneciéron, y no pude menos de suspirar : entónces conocí que mi amor á Don Alfonso era tanto, que con gusto hubiera dejado al Arzobispo, y cuanto podia esperar de su privanza, por volverme á la casa de Leyva, siem-

pre que se hubiera quitado la ocasion de mi retiro de ella. Don Fernando advirtió mi ternura, y le agradó tanto mi ley, que me abrazó, diciendo que su familia se interesaria siempre en mi bienestar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y en el tiempo que me encontraba mas favorecido, tuvimos un gran susto en Palacio: el Arzobispo fué atacado de apoplejía, pero se le socorrió con tan prontos y eficaces remedios, que desapareció á muy pocos dias; pero le quedó algo débil la cabeza. Al primer sermon que compuso, lo eché de ver; pero no podia comprender del todo la diferencia de este con los antecedentes, para asegurarme que mi orador empezaba á decaer; y por esto aguardé á que predicase otro, para decidir. Hizolo, y no fué menester esperar mas. El buen Prelado se rozaba, repetia, se levantaba á las nubes y se abatia hasta el suelo: su oracion fué difusa, arenga de Catedrático cansado; en fin, un sermon de mision sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó; casi todos los que le oyéron, como si les hubieran pagado para que lo examinasen, se decian al oido: Este sermon huele á apoplejía. Vamos, señor censor y árbitro de las homilias, me dije, preparese vmd. para hacer su oficio. Ya vé vmd. que S. I. declina: vmd. está obligado á advertirselo, tanto por depositario de sus confianzas, como por el

*

temor de que alguno de sus amigos se anticipase: si llegara este caso, sabe vmd. muy bien sus consecuencias; seria vmd. borrado de su testamento, en el cual sin duda ahora habrá apuntado un legado mas útil que el de la biblioteca del Licenciado Sedillo.

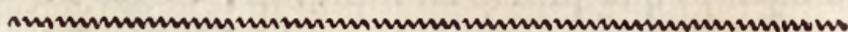
A estas reflexiones seguian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable que no recibiria con gusto un autor apasionado tercamente á sus obras: por otra parte, me parecia era imposible que le disgustase mi libertad, despues de habermelo ordenado con tanta eficacia. Añadamos á esto que yo pensaba entrarle con maña y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, persuadiendome á que aventuraba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

Solo una cosa me inquietaba, y era no saber como sacar la conversacion. Gracias al Cielo el orador mismo me sacó de este embarazo, preguntandome que se decia de él en el público, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilias siempre admiraban, pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿ Como es eso, amigo? respondió sobresaltado: ¿ se ha encontrado algun Aristarco? Señor Ilustrísimo, respondí, no son obras las de V. S. I. que haya quien se atreva á censurarlas, ántes todos las

celebran ; pero como V. S. I. me tiene mandado le hable con franqueza y siinceridad , me tomaré la licencia de decir que su último sermon no me parece tienela solidez de los precedentes. ¿Piensa V. S. I. de otro modo? A estas palabras se mudó de color mi amo , y con una sonrisa forzada me dijo : ¿ Señor Gil Blas , con que esta pieza no es del gusto de vmd. ? No digo yo eso , interrumpí todo turbado : es escelente , aunque un poco inferior á las otras obras de V. S. I. Ya te entiendo , replicó , te parece que voy bajando : ¿ no es esto ? Acorta de razones , tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamas hubiera yo hablado á V. S. I. con tanta claridad , si espresamente no me lo hubiera mandado ; y pues en esto he obedecido á V. S. I. , le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios , interrumpió precipitadamente , no permita Dios que tal cosa os reprenda : en eso seria yo muy injusto. No es del todo malo que me digas tu dictámen , pero tu dictámen no me parece fundado ; yo me engaüé habiendome sometido á ser el juguete de tu limitada inteligencia.

Aunque estaba tan turbado , procuré buscar los medios de enmendar lo hecho ; pero es imposible sosegar á un autor irritado , y mas si está acostumbrado á no oír mas que elogios. No hablemos mas del asunto , hijo mio , me dijo ; tú eres todavía muy niño para distinguir lo ver-

dadero de lo falso : sabe que en mi vida he compuesto mejor homilía que esta que ha tenido la desgracia de no haber merecido tu aprobacion. Gracias al Cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor. En adelante yo elegiré mejores confidentes. Quiero otros mas capaces de decidir que tú : anda, prosiguió, empujandome para que saliera de su gabinete, y díle á mi Tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. Vaya vmd. con Dios, Señor Gil Blas, me alegraré logre vmd. toda felicidad con un poco de mas gusto.



CAPÍTULO V.

Del partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo : su casual encuentro con el Licenciado Garcia, y como le manifestó este su agradecimiento.

SALÍ del gabinete maldiciendo el capricho, ó por mejor decir, la flaqueza del Arzobispo, y todavía mas irritado contra S. I. que afligido de haber perdido su favor, y aun dudé por algun tiempo si tomaria los cien ducados; pero despues de haberlo reflexionado bien, no quise tener la toutería de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me estorbaria ridiculizar su ac-



*Vaya vñ. con Dios, Señor Gil Blas, me alegraré logre
vñ. toda felicidad con un poco de mas gusto.*

Chauquet inv. del.

Poquet sculp.

cion; lo que me proponia hacer siempre y cuando se hablase en mi presencia de sus homilías.

Pedí al Tesorero los cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que habia pasado. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me amaba tanto que no pudo dejar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido, su rostro manifestaba su dolor. A pesar del respeto que debia al Arzobispo, no pudo menos de vituperar su conducta. Pero como en mi enojo jurase que el Prelado me lo habia de pagar, y que á su costa se habia de divertir toda la ciudad, el sabio Melchor me dijo: Creeme, amado Gil Blas, pasate tu pena, y calla; los inferiores deben respetar siempre á los grandes, aunque tengan motivos para quejarse. Confieso que hay Señores muy groseros que no merecen atencion alguna; pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerlos.

Dí las gracias al anciano ayuda de cámara por su buen consejo, y le ofrecí aprovecharme de él. Despues de esto me dijo: Si vas á Madrid, procura ver á Josef Navarro, mi sobrino; es Oficial primero del Señor Don Baltasar de Gunaci, y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad. Es franco, vivo, oficioso é insinuante: yo quisiera que fuérais amigos. Le respondí que no dejaria de verle luego que llegara á Madrid, á donde pensaba volver. Salí

inmediatamente del Palacio Arzobispal, con ánimo de no poner mas en él los piés. Puede ser hubiese marchado al instante á Toledo, si hubiera conservado mi caballo; pero lo habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no le necesitaba. Determiné pues quedarme en Granada todavía un mes, y despues irme con el Conde de Polan, y para esto tomé cuarto en una posada.

Se acercaba la hora de comer, y pregunté á mi huésped si habria por allí cerca alguna hostería, y me dijo que á dos pasos de su casa habia una escelente, en donde daban bien de comer, y concurrían muchas gentes de forma. Hice me la enseñasen, y fuí inmediatamente á ella. Entré en una gran sala á manera de refectorio: habia sentadas á una mesa larga cubierta con unos manteles sucios, unas diez ó doce personas que solo pensaban en despachar su pitauza; me trajéron la mia tan mezquina, que sin duda hubiera echado menos en otra ocasion la mesa que acababa de perder; pero como estaba tan picado contra el Arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á las abundancias Arzobispales. Vituperaba la variedad y multitud de guisos que se dan en semejantes mesas, y discurriendo como pudiera hacerlo un médico de Valladolid, decia: ¡ Pobres de los que se hallan frecuentemente en mesas tan dañosas, en las que es preciso estar siempre

sujetando al apetito, para no cargar demasiado el estómago! ¿ Por poco que se coma, no se come siempre bastante? El mal humor me hacia alabar los aforismos que ántes habia despreciado. Cuando iba rematando mi racion sin temer pasar los límites de la templanza, llegó á la sala el Licenciado Luis García, aquel Capellan de Monjas, que logró el Curato de Gabia del modo que llevo referido. Al instante que me vió, me saludó precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y tuve la precision de sufrir un larguísimo cumplimiento, con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliendome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo: Vive Dios, mi amado patron: que pues he tenido la fortuna de encontraros, no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero no vale nada el vino de esta posada: si vmd. gusta, en acabando de comer hemos de ir á cierta parte, en donde le he de regalar á vmd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un esquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo. Deme vmd. este gusto. ; Que no tenga yo la fortuna de ver á vmd., á lo menos por algunos dias, en mi Curato de Gabia! Allí obsequiaria á vmd. como á un Mecenaz generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Mientras me hablaba, le trajéron su racion.

Empezó á comer , pero sin cesar de decir de cuando en cuando alguna cosa que mostrase su agradecimiento. En uno de estos intervalos , con motivo de haberme preguntado por su amigo el Maestresala , le manifesté mi salida de la casa Arzobispal. Le conté hasta las mínimas circunstancias de mi desgracia , lo que escuchó con mucha atencion. ¿ Quien no hubiera esperado en vista de tanto como me habia dicho , que aquel hombre hubiese dejado de manifestarse , y de declamar muy sentido , y furiosamente contra el Arzobispo ? Pues no pensó en ello , ántes bajó la cabeza , estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer , sin hablar mas palabra ; y despues levantandose de la mesa aceleradamente , me saludó con frialdad , y se fué. Este ingrato , viendo que ya no podia yo serle útil , ni aun quiso tomarse la pena de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud , y mirandole con todo el desprecio que merecia , le dije bien alto para que me oyese : Hola , Señor prudente Capellan de Monjas , vaya vmd. á refrescar ese esquisito vino de Lucena con que me ha convidado.

CAPÍTULO VI.

Va Gil Blas á la comedia : de la admiracion que le causó el ver á una còmica, y de lo que le sucedió con ella.

TODAVÍA no habia salido García de la sala, cuando entraron dos caballeros muy bien vestidos, los cuales se sentaron cerca de mí : principiaron á tratar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entónces. Por su conversacion entendí que aquella pieza hacia mucho ruido en la ciudad, y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre estuve en Palacio, y allí estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilías.

A la hora acostumbrada me fuí al teatro, en donde habia ya un gran concurso. Oí diferentes disertaciones sobre la pieza, que hacian los que estaban á mi lado, y observé que todos querian dar su voto, declarandose unos en pro, otros en contra. Decia uno que estaba á mi derecha : ¿ Se ha visto jamas obra mas bien escrita? Y á mi izquierda decia otro : ¿ Que estilo tan miserable! Confesemos que si hay malos autores, hay tambien peores críticos. Cuando pienso que los

poetas dramáticos tienen que sufrir tantas pesadumbres, me espanto de que haya algunos tan atrevidos, que desafien la ignorancia del vulgo y la censura peligrosa de los medios sabios, que corrompen el juicio del público.

En fin se presentó el gracioso para romper el teatro. Por todas partes sonáron las palmadas, lo que me hizo sospechar era uno de aquellos comediantes consentidos, á quien los mosqueteros suplen todo lo que hacen. Efectivamente no decia una palabra, ni hacia un gesto, que no se atrajera mil aplausos; y como conocia el gusto que daba, abusaba de la aceptacion. Noté mas de una vez que no sabia el papel, y que sus descuidos ponian en mucho aprieto la prevencion con que le oian: si en lugar de aplaudirle le hubiesen silbado, hubieran obrado en justicia.

Palmeáron á otros comediantes, pero particularmente á una que hacia el papel de criada. La miré con cuidado, y no puedo explicar cuanto me sorprendí conociendo que era mi Laura, mi querida Laura, á quien hacia todavía en Madrid con Arsenia. No dudé fuese ella, porque su talle, sus facciones, el metal de su voz, todo me aseguraba que no estaba equivocado. No obstante, desconfiado de mis ojos y de mis oídos, pregunté á un caballero que estaba á mi lado como se llamaba aquella cómica. ¡O amigo! me dijo, vmd. es forastero sin duda: ¿de que pais viene vmd.? Vmd. al parecer se ha desem-

barcado ahora , pues que no conoce á la bella Estela. La semejanza era muy perfecta para equivocarla ; y desde luego sospeché que Laura , al mudar de estado , tambien habia mudado de nombre ; y deseoso de saber de sus cosas , porque el público jamas ignora las de los cómicos , me informé del mismo sugeto si esta Estela tenia algun amante de importancia , y me respondió que el Marques de Marialva , Señor Portugués , que dos meses habia se hallaba en Granada , era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho si mas le preguntara , pero temí cansarle con mis preguntas. Pensé mas en esta noticia que en la comedia ; y si al salir alguno me hubiese preguntado de ella , no hubiera sabido que decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela , y aun me resolví á visitarla en su casa al otro dia. No dejaba de inquietarme el no saber como seria recibido. Era de creer que no la diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba , y de presumir que una cómica de tanto nombre fingiese no conocerme , para vengarse de un hombre de quien sin duda tenia motivos de estar sentida. Nada de esto me detuvo. Despues de una ligera cena , pues en mi hostería no eran de otra clase , me retiré á mi cuarto esperando con mucha impaciencia el dia.

Dormí poco , y me levanté al amanecer. Pareciendome que la dama de un gran Señor no se dejaria ver tan de mañana , gasté tres ó cuatro

horas en componerme, afeitarme, empolvarme y perfumarme. Quería que no se avergonzase de mi presencia. Salí á las diez, pregunté en la casa de comedias donde vivía, y pasé á la suya. Vivía en el cuarto principal de una casa grande. Me abrió la puerta una criada, á quien dije diese recado de que un mozo deseaba hablar á la Señora Estela. Entró con él, é inmediatamente oí que su ama gritó: ¿ Quien es ese jóven? ¿ que me quiere? que entre.

Presumí había llegado en mala ocasion, que estaria su Portugués con ella en el tocador, y para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos, alzaba tanto el grito. Dicho y hecho: estaba allí el Marques de Marialva, que gastaba con ella todas las mañanas. Con este motivo esperaba un mal cumplimiento, cuando esta cómica original viendome entrar, se arrojó á mí con los brazos abiertos, exclamando como fuera de sí: ¡ Ay hermano mio! ¿ eres tú? Diciendo esto me abrazó muchas veces. Despues, volviendose hácia el Portugués, le dijo: Señor, perdone V. S. que en su presencia ceda á los impulsos de la sangre. Ha tres años que no veo á mi hermano, y no he podido contenerme, ni dejar de manifestarle mi amor. Díme pues, mi amado Gil Blas, continuó dirigiendose á mí, díme algo de la familia: ¿ como ha quedado?

Este discurso me embarazó por el pronto;

pero inmediatamente penetré las intenciones de Laura, y apoyando su artificio, la respondí con un tono propio de la escena que ámbos íbamos á representar: Nuestros padres estan buenos, gracias á Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió, pero no me condenes sin oirme. Bien sabes hace tres años que mi padre creyó establecerme ventajosamente, casandome con el Capitan Don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid, su patria. A los seis meses de estar en ella, le sucedió un lance de honor ocasionado por su genio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre y de mucho valimiento. Mi marido que ninguno tenia, se salvó en Cataluña con todo lo que encontró en casa de dinero y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó á Italia, se alistó bajo las banderas de los Venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea en una batalla contra los Turcos. En este tiempo nos confiscáron una poca tierra, el único bien que poseíamos, quedando yo viuda y pobre. ¿Que partido podia tomar en tan triste situacion? No habia medio de volverme á las Asturias; ¿y que papel haria yo en aquel Principado? mi familia se hubiera cuando mas compadecido de mi desgracia. Por otra parte, tuve muy buena crianza para escoger una vida desenvuelta. En este apuro, para re-

servar mi reputacion , no hallé otro arbitrio que el de hacerme comedianta.

Al oír á Laura acabar así su novela , fué tal el impulso de mi risa , que apenas pude reprimirme ; pero al fin lo conseguí , y la dije con mucha gravedad : Hermana mia , apruebo tu conducta , y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El Marques de Marialva que no habia perdido un punto de nuestra conversacion , pilló al pié de la letra todos los enredos que la dió la gana de ensartar á la viuda de Don Antonio. Tambien entró en la conversacion , preguntandome si tenia algun empleo en Granada , ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria ; pero me pareció no habia necesidad de ello , y le dije la verdad : contéle punto por punto como habia entrado en casa del Arzobispo , y como habia salido , lo que divirtió infinito al Señor Portugués. Es verdad que , á pesar de lo que prometí á Melchor , me entretuve un poco á espensas del Arzobispo. Lo mas gracioso fué que Laura imaginandose era otra novela como la suya , daba unas carcajadas que hubiera escusado , á haber sabido que era la realidad.

Acabado mi cuento , que llegó hasta lo de haber tomado un cuarto en la posada , avisáron para comer. Quise retirarme para acudir á mi hostería , pero Laura me detuvo. ¿ En que piensas , hermano mio ? me dijo : tú has de comer

conmigo. También consentiré estos mas tiempo en una posada. Venrás y comerás en casa, y asi haz traer tu equipage hoy mismo, que aquí tienes cama.

El Señor Portugués, á quien tal vez esta hospitalidad no daba gusto, dijo á Laura: No, Estela, no tienes aquí comodidad para recibir á nadie. Tu hermano me parece un buen mozo, y con la circunstancia de ser cosa tuya, no puedo menos de atenderle: quiero que me sirva, y será el mas querido de mis secretarios, y quien tendrá mis confianzas. Desde esta noche dormirá en casa; yo mandaré le pongan un cuarto, y le señalo cuatrocientos ducados de sueldo: y si en adelante me diese gusto, como lo espero, le pondré en estado de que no sienta haber sido tan sincero con su Arzobispo.

A los agradecimientos que dí al Marques añadió Laura otros mayores. Esto es hecho, no hablemos mas, interrumpió el Marques. Diciendo esto se despidió de su Princesa de teatro, y se fué. Laura me llevó á un cuarto retirado, y viendonos solos dijo: Me hubiera reventado si hubiese contenido mas tiempo la risa; y dejandose caer en un sillón, y apretandose los hijares, empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer otro tanto; y cuando nos hubimos cansado, me dijo: Confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia, y á la verdad yo no esperaba tuviese tan buena salida:

mi ánimo solamente era darte la mesa y cuarto en casa , y para hacerlo con un motivo honrado , fingi que eras mi hermano ; pero ha salido mejor de lo que yo pensaba : me alegro que mi enredo te haya facilitado tan buen acomodo. El Marques de Marialva es un caballero generoso , que hará mas de lo que te ha prometido. Otra que yo no hubiera recibido con tan buena cara á un hombre que deja sus amigos á la francesa ; pero yo soy de aquellas mozas de buena pasta , que reciben siempre con gusto al bribon á quien una vez quisiéron.

Confesé de buena fé mi impolítica , y la pedí me perdonase , despues de lo cual me condujo á un comedor muy curioso. Nos sentámos á la mesa , en donde nos tratámos de hermanos , porque teníamos de testigos una criada y un lacayo. Luego que acabámos , volvimos al mismo cuarto , y allí mi incomparable Laura , dando libertad á su genio alegre , me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde mi separacion. Satisfice su curiosidad con una fiel narracion de mis aventuras , y ella contentó la mia con la relacion de las suyas , la que hizo en estos términos.

CAPÍTULO VII.

Historia de Laura.

Voy á contarte lo mas sucinto que pueda el motivo de haber abrazado la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dejaste, sucediéron cosas de mucha entidad. Mi ama Arsenia abjuró el teatro mas de causada que de disgustada del mundo, y me llevó á una bella hacienda que compró cerca de Zamora con moneda estraña. Bien presto tomámos conocimientos en la ciudad, á donde íbamos con frecuencia, y nos deteníamos uno ó dos dias.

En uno de estos viajillos Don Felix Maldonado, hijo único del Corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y para decirte la verdad, yo hice un poco de mi parte para facilitarsela. Este caballero no tenia veinte años, hermoso como el mismo amor, y encantaba mas todavia por sus modales amables y generosos que por su figura. Me ofreció con tanta gracia é instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de aceptarlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; ;pero que mal hacen las criadas y mozuclas ordinarias de enamorarse de los hijos cuyos padres tienen poder y autoridad ! Advertido de nuestro

trato el Corregidor , que era de los mas severos , procuró evitar con presteza sus consecuencias. Me hizo prender por una tropa de alguaciles , que á pesar de mis gritos me llevaron al hospital de la caridad.

Allí , sin otra forma de proceso , la rectora me despojó de mi tumbaga y de mis vestidos , y me hizo poner un saco largo de sempiterna musga , y ceñirme con una correa ancha , negra , de donde pendia un rosario grueso que me llegaba hasta los piés. Despues me llevaron á una sala en donde encontré á un fraile viejo de no sé que órden , que principió á exhortarme á la penitencia poco mas ó menos del mismo modo que la Señora Leonarda te exhortó á tí á la paciencia en el sótano. Me dijo debia estar muy agradecida á las personas que me habian hecho encerrar allí , pues que me hacian un gran servicio retirandome de los lazos del demonio , en los cuales lastimosamente estaba enredada. Te confieso francamente mi ingratitud ; lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este beneficio , les echaba mil maldiciones.

Ocho dias pasé sin consuelo ; pero á los nueve , porque yo contaba hasta los minutos , creí mudar de suerte. Al pasar por un patio pequeño , me encontró el mayordomo de la casa , á quien todo se sujetaba , hasta la misma superiora. Unicamente dependia este del Corregidor , á quien daba las cuentas de su administracion , y quien

tenia una entera confianza en él. Llamabase Pedro Zendano, natural de Salsedon en Vizcaya. Figurate un hombre alto, pálido, seco, y de una catadura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Cara mas hipócrita no la habrás visto ni en el Palacio de tu Arzobispo: parecia que ni aun miraba á las hermanas recogidas.

Encontré, como iba diciendo, al Señor Zendano, el cual me detuvo y dijo: Consuelate, hija mia, me han dado lástima tus desgracias. Nada mas dijo, y continuó su camino, dejando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un testo tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien, me imaginaba buenamente que habia examinado la causa de mi encerramiento, y que no habiendola encontrado suficiente para un castigo tan indigno, queria interesarse en mi favor con el Corregidor. ; Pero que mal conocia yo al Vizcaino, y que distintas eran sus intenciones! Habia proyectado en su mente hacer un viage, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dijo, es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto sacarte de ellos. Bien sé que me pierdo; pero no soy ya mio, ni puedo vivir mas que para tí. El triste estado en que te veo me parte el corazon. Quiero librarte de esta prision desde mañana, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificandolo todo á la satisfaccion de ser tu li-

bertador. Pensé morir de gusto al oír á Zendano el cual juzgando por mis extremos que lo que yo mas deseaba era salir de mi encierro, tuvo el día siguiente la osadía de robarme á vista de todos del modo que voy á contar. Dijo á la superiora que tenia órden del Corregidor para llevarme á una casa de recreo, en donde estaba á dos leguas de la ciudad, y me hizo que con todo descaro montara con él en una calesa de posta, tirada de dos buenas mulas, que para el caso habia comprado. No llevábamos en nuestra compañía mas que un criado que hacia de calesero, y que era enteramente de la confianza del mayordomo. Tomámos el camino, no como yo creia hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegámos en tan poco tiempo, que no podia el Corregidor saber nuestra fuga, ni despachar en nuestro seguimiento sus galgos ántes de entrar en este Reino. Al acercarnos á Braganza, el Vizcaino me hizo tomar un vestido de hombre que tenia prevenido, y contandome ya por suya, me dijo en la hostería donde nos alojamos: Bella Laura, no tengas á mal que te haya traído á Portugal. El Corregidor de Zamora, sin falta alguna, nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podemos ponernos á cubierto de su ira en este Reino extraño, aunque en el día esté sometido al dominio español: á lo menos estaremos aquí mas seguros que en nuestro pais.

Sigue pues á un hombre que te adora ; vamos á vivir á Coimbra , allí pasaremos sin temor nuestros dias con el mayor contento. Una proposicion tan viva me hizo conocer que mi caballero no era de aquellos andantes que por sola la gloria y cumplimiento de la órden de caballería transportaban y ponian en salvo á las Princesas. Sin dificultad comprendí esperaba mucho de mi agradecimiento , pero mas de mi miseria. No obstante , por mas que uno y otro motivo me impeliesen , repugué mucho , y me negué á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos fuertes razones para mostrarme tan contenida , pues ni era de mi gusto , ni le creia rico. Pero cuando volviendo á estrecharme , ofreció ante todas cosas casarse conmigo , y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia subministrado caudal para mucho tiempo , ya le escuché con mas agrado. Me aluciné con los brillos del oro y alhajas que me enseñó , y entónces conocí que el interes sabe hacer tantas metamorfosis como el amor. Poco á poco apareció mi Vizcaino otro hombre á mis ojos : su cuerpo alto y seco se me representó de una estatura fina y delicada ; su palidez una blancura hermosa ; y hasta su hipocresía me merecia un nombre favorable. Con esta mudanza acepté gustosa su mano , tomando al cielo por testigo de nuestra union. Desde entónces no halló contradiccion en mí para cosa alguna ;

tomámos de nuevo nuestro camino, y muy presto Coimbra nos tuvo por vecinos.

Mi marido me compró muy buenos vestidos, y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de Don Felix Maldonado. No necesité mas para adivinar de donde venian todas las piedras preciosas que habia visto, y para persuadirme que mi marido no era escrupuloso en el séptimo mandamiento; pero considerandome como la causa primera de sus hurtos, se los perdonaba. Una muger escusa siempre los mas enormes delitos que ocasiona su hermosura; y, á no ser por esto, me hubiera parecido muy perverso aquel hombre.

Dos ó tres meses pasé con él gustosa, porque me hacia mil cariños y me mostraba mucho amor. Sin embargo, todo esto no era mas que falsas exterioridades: el bribon me engañaba con ellas, y me preparaba el trato que debe esperar toda muger seducida por un hombre infame. Habiendo yo venido de Misa una mañana, no encontré en la casa mas que las paredes. El bueno de Zendano y su fiel criado se manejáron con tal destreza, que en menos de una hora no dejáron estaca en pared: todo se lo lleváron, de modo que solo me quedó el vestido que tenia puesto, y la sortija de Don Felix que por fortuna llevaba en el dedo, con lo que me ví como otra Ariadne abandonada de un ingrato. Te aseguro que no me puse á lamentar mi des-

gracia, ántes bien dí gracias al cielo de que me habia librado de un infame que tarde ó temprano vendria á caer en manos de la Justicia. Reputé por perdido el tiempo que habíamos vivido juntos, y creí repararlo prontamente. Si hubiera querido permanecer en Portugal con alguna Señora ilustre, las habria tenido de sobra; pero ya fuese el amor que tenia á mi país, ó mi estrella que me preparaba mejor suerte, solo pensé en volver á ver á España. Un joyero me compró el brillante, tomé su importe en monedas de oro, y salí en una calesa con una Señora Española ya anciana, que iba á Sevilla.

Llamabase Dorotea, y habia ido á Coimbra para ver á una parienta que vivia en aquella ciudad, y se volvia á Sevilla en donde tenia su residencia. Confrontámos ámbas de tal modo, que desde la primera jornada nos unimos, y se fortificó tanto nuestra amistad en el camino, que cuando llegámos á Sevilla no permitió salir de su casa. No tuve lugar de arrepentirme de haber contraido semejante conocimiento. No he visto jamas muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la vivacidad de sus ojos, que en su mocedad habria hecho puntear en sus rejas bastantes guitarras; y por esto sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que la dejáron.

Tenia entre otras prendas escelentes la de ser

muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Cuando la conté mis cuitas, tomó con tanto ardor mi causa, que llenó de maldiciones á Zerdano. ; Ah , perros , dijo en un tono que no parecia sino que en el camino habia encontrado algun mayordomo miserable, hay en el mundo bribones que como este se deleitan en engañar á las mugeres ! Lo que me consuela , hija mia , es que segun tu narracion de ninguna manera estás atada por matrimonio al perjuro Vizcaino : si este pudiera escusarte con Dios y con el mundo, fuera un obstáculo para contraer otro mejor si se ofrecia ocasion.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la Iglesia , ó á visitar alguna amiga , medio seguro de encontrar prontamente aventuras ; y en efecto me atraje las miradas de muchos caballeros , de entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona ; pero los unos no tenian con que subvenir á los gastos de un establecimiento , y los restantes todavia eran unos babosos : lo que me quitaba la gana de oirlos , sabiendo por mi experiencia las consecuencias. Un dia quisimos ir á la comedia. Anunciaba el cartel que se representaba *la famosa comedia , el Embajador de sí mismo* , compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las cómicas que se presentaron en el teatro , descubrí á una de mis antiguas amigas , á Fenicia , aquella moza gorda , pero muy ale-

gre, que te acordarás era criada de Florimunda, con quien comiste algunas veces en casa de Arsenia. Yo sabia muy bien que Fenicia habia mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Tal era la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza. Quizá seria tambien porque no la representaban ni tan bien ni tan mal que pudiera divertirme; porque te confieso que como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridiculo no me divierte menos que uno escelente. En fin llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vimos á Fenicia que hacia de la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgceo de un pajarito, al parecer cogido con la liga de su declamacion. Luego que me vió, se despidió cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me hizo todos los favores imaginables. Por mi parte la abracé con todo mi corazon. Mutuamente nos testificámos el gusto de habernos vuelto á ver; pero no permitiendonos el tiempo ni el sitio que nos engolfáramos en largos discursos, dejámos para el dia siguiente el hablar en su casa con mas amplitud.

El gusto de hablar es una de las mas vivas pasiones de las mugeres. No pude pegar los ojos en toda la noche, tal era el deseo que tenia de pillar á Fenicia, y hacerla preguntas y repreguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é

*

ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me llevó á un corredor, á lo largo del cual habia diez ó doce pequeñas salas, separadas solamente por unos tabiques de madera, y ocupadas por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la cual abrió Fenicia, cuya lengua se recomia tanto como la mia por hablar. Apenas tuvimos tiempo para sentarnos, cuando principiámos á charlar, y etenos en disposicion de parlotear sin cesar. Teníamos tanto que preguntarnos, que se atropellaban las preguntas y las respuestas.

Despues de habernos contado nuestras aventuras, é instruido del estado presente de nuestros negocios, me preguntó Fenicia que partido queria tomar, porque en fin, me dijo, es preciso hacer alguna cosa. No es bien visto en una persona de tu edad el ser inútil á la sociedad. La respondí que habia resuelto, hasta mejor fortuna, colocarme con alguna señorita de calidad. Quitate allá, exclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, dije mio, que no te has enfadado de servir? ¿No te has cansado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oír que te regañan, y, en una palabra, de ser esclava? ¿Por que no escoges, como yo, meterte á comedianta? Nada mas conveniente á

una persona de luces, y á quien faltan bienes y nacimiento. Es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas que tanto incomodan. Nuestras rentas cuyos fondos posee el público, se nos pagan en moneda corriente; en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero con la misma facilidad que lo hemos ganado.

El teatro, prosiguió, favorece sobretodo á las mugeres. Todavía me salen los colores, al acordarme que cuando servia á Florimunda no oia otros requiebros que los de los criados del corral del Príncipe, y que ningun hombre de suposicion hacia caso de mi buena cara. ¿De que nacia esto? de que yo no hacia allí papel: por buena que sea una pintura, no se celebra si no se espone á la vista del público. Pero despues que me presenté en las tablas, ha habido una gran mudanza. Yo llevo al retortero á los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. El oficio de cómica nos da cierto atractivo; y si una es prudente y discreta, es decir, que no hace favor mas que á uno, se celebra como honrada y modesta; y cuando muda de galan, la miran como una verdadera viuda que se vuelve á casar. Pero si contrae terceras nupcias, se hace despreciable, porque esto choca la delicadeza de los hombres; al paso que otra cómica se hace de mas valor, á medida que hace mayor

el número de sus favorecidos. Todavía despues de cien cortejos es un plato que solo se presenta en la mesa de los Señores.

¿ Para que te causas? interrumpí yo al llegar aquí : ¿ piensas tú que me son desconocidas esas ventajas? Muy de ordinario me las represento; y hablandote sin ningun disimulo, te digo que ellas lisonjean demasiado á una muchacha de mi genio. Tengo mucha inclinacion á la comedia , pero esto no basta, se requiere talento, y no lo tengo; algunas veces he representado delante de Arsenia un pedazo de relacion, y no quedó gustosa : esto me ha hecho disgustarme del arte. No es estraño que disgustases á Arsenia , porque las cómicas célebres son por lo comun envidiosas : á pesar de su vanidad, temen que se les presenten objetos que las desluzcan. En fin sobre este asunto no me remitiera solamente al voto de Arsenia , su decision no ha sido sincera. Te digo sin adulacion que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad , accion libre y muy graciosa , el metal de la voz dulce , buen pecho, y sobretodo una cara pulida. ; Ah, gran picarona , á cuantos eucantarias si fueras comedianta !

A esto añadió todavía otros discursos artificiosos , y me hizo representar algunos versos , con el ánimo solamente de hacerme conocer la buena disposicion que tenia para el teatro; y habiendome oido , fuéron mayores sus elogios ,

hasta aventajarme á todas las cómicas de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dejar de condenar á Arsenia de envidiosa y de mala fé. Me fué preciso convenir en que yo era una moza admirable. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos comediantes que entráron en aquel punto, los que quedáron arrebatados; y cuando volviéron de su admiracion, fué para colmarme de aplausos. Hablando seriamente, aseguro que aun cuando los tres hubieran ido desafiados á cual me habia de alabar mas, no hubieran empleado mas hipérbolos. Mi modestia tuvo poco que sufrir con tantos elogios. Principié á creer que valia algo, y véme aquí decidida para la comedia.

No hablemos mas, querida mia, dije á Fenicia, esto es hecho. Quiero seguir tu consejo y entrar en la compañía, si no hay inconveniente. A esto mi amiga transportada de gusto me abrazó, y sus dos camaradas no manifestáron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Convenimos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y haria presente á toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia dí una opinion ventajosa de mí, todavía juzgáron mas favorablemente los comediantes cuando dije en su presencia unos veinte versos, y me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entónces toda mi atencion se dirigió al modo con que debia presentarme por la vez primera. Para

hacerlo con mas brillo , gasté todo el dinero que me quedaba de la sortija ; y aunque no me alcanzó para vestirme soberbiamente , suplió el gusto delicado y airoso la magnificencia que faltaba. En fin salí á las tablas. ¡ Que palmadas ! ¡ que elogios ! Amigo mio , no faltaré á la modestia , si te digo que robé toda la atencion de los espectadores. Era necesario haber visto el ruido que yo hice en Sevilla , para creerlo. Yo fuí el asunto de todas las conversaciones de la ciudad , que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia ; de modo que la compañía con esta novedad atrajo al público que ya principiaba á abandonarla. Me presenté de un modo que encantó á todos , y esto fué publicar que me vendia al que mas diera. Una infinidad de sujetos de todas edades y condiciones viniéron á ofrecerme sus atenciones y facultades. Por mi gusto hubiera elegido al mas jóven y bonito ; pero nosotras solamente debemos consultar el interes y la ambicion , cuando se trata de contraernos. Esta es regla del teatro. Por esta razon preferí á Don Ambrosio de Nisaña , hombre rico , generoso , y uno de los Señores mas poderosos de Andalucía , aunque ya viejo y de muy mala figura. Es verdad que le costó caro. Me alquiló una bella casa , la adornó magníficamente , me puso un buen cocinero , dos lacayos , una doncella de labor , y me señaló mil ducados al mes. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas.

Arsenia jamas llegó á un estado tan brillante.

¡ Que mudanza en mi fortuna ! Ni aun yo podia concebirla , ni me conocia á mí misma ; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y la miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso sinceramente que los aplausos del público , los discursos lisonjeros que oia por todas partes , y la pasion de Don Ambrosio , me infundiéron una vanidad que llegó hasta la extravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza , y tomé el aire de una muger ilustre : ya escaseaba tanto las miradas cariñosas , quanto las habia prodigado ántes , hasta tomar la resolucion de no hacer caso sino de Duques , Condes y Marqueses.

El Señor de Nisaña con algunos de sus amigos venia todas las noches á cenar á mi casa : yo por mi parte procuraba juntar las comediantas mas entretenidas , y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho ; pero no duró mas que seis meses. Si los Señores no tuvieran la facilidad de cansarse , serian muy amables. Don Ambrosio me dejó por una maja Granadina que acababa de llegar , y que tenia el talento de hacer valer sus gracias. Mi afliccion no pasó de veinte y cuatro horas , porque inmediatamente ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años , llamado Don Luis de Calazer , de tan buena

cara que pocos podian compararsele. Con razon me preguntarás por que elegí á un Señor tan jóven, sabiendo que el comercio de esta clase de amantes es peligroso; pues yo te digo que Don Luis ni tenia padre ni madre, y que poseia ya su caudal, ademas que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras: las de nuestra profesion son personas de título; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestras gracias. Desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos descañonado.

Tan fuertemente nos unimos Calazer y yo, que dudo haya habido amor como el nuestro. Parece nos amábamos á porfía: todos creian éramos dos amantes los mas dichosos, pero en realidad éramos infelices. Don Luis era amable por su figura, pero tan zeloso que me desolaba á cada instante con injustas sospechas. Por mas que yo procurase no mirar á hombre alguno para acomodarme á su flaqueza, su ingeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi reserva. Si estaba en las tablas, le parecia que miéntras representaba, miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y con esta sospecha me llenaba de injurias. En una palabra, en nuestros mas tiernos entretenimientos se suscitaban siempre desazones. No pudimos aguantar mas; á ambos nos faltó la paciencia, y rompimos amigablemente. ¿ Creerás tú que el último dia de nuestra comunicacion fué el mas gustoso

que habíamos tenido hasta entónces? Igualmente fatigados los dos de los males que habíamos sufrido, nos despedimos con la mayor alegría, como dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entónces he procurado precaverme del amor, y no quiero mas union que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demas mugeres: no debemos abrigar en nuestro pecho una pasion cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entretanto iba mi fama tomando mas vuelo, publicando por todas pârtes que yo era una actriz inimitable. Este buen nombre hizo que los comediantes de Granada me escribiesen, convidandome con una plaza en su compañía; y para darme á conocer que la proposicion no era despreciable, me enviáron un estado de sus últimos diarios y de sus rentas, por el cual me pareció que era un partido ventajoso: asi lo acepté, aunque en el fondo de mi corazon sentia dejar á Fenicia y Dorotea, á quienes amaba tanto quanto una muger es capaz de amar á otra. A la primera la dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo, que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha olvidado decirte que, al hacerme cómica, mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con esto salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria hacer favor sino es á quien me diese buenas esperanzas, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, teniendo pagar la pena de una conducta que á nada conducia, y que no me era natural, pensaba declararme por un Oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon del empleo, de una buena mesa, y de que tenia coche, hacia el papel de Señor, cuando ví la primera vez al Marques de Marialva.

Este Señor Portugués que viajaba en España por curiosidad, al pasar por Granada vino á la comedia, y cabalmente no salí aquel dia. Miró con mucha atencion las actrices que se presentaron, encontró una que le agradó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para ajustarse, cuando me presenté en el teatro. Mi presencia y mis monadas volviéron prontamente la veleta. Ya mi Portugués solo pensó en mí; y á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este Señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido, pero esto poco importa. Debiera saber que es natural entre las mugeres esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.

CAPÍTULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los Cómicos de Granada , y de la persona á quien reconoció en el vestuario.

EN el mismo momento que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroína de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la Diosa Cotys. Mi hermana no dejó de presentar á su hermano á esta figura añeja, y sobre esto mediaron grandes cumplimientos de ámbas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del mayordomo que iria á buscarla al teatro, luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del Marques, cuya habitacion me enseñó ella. Fui inmediatamente al cuarto que habia alquilado, pagué á mi huéspeda, dí á un mozo mi balija, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. En la puerta encontré á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la Señora Estela. Respondíle que sí, y me dijo: Pues, sea vmd. muy bien venido, caballero. El Marques de Marialva, de quien tengo el honor de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo: se le ha preparado á vmd. un cuarto; si vmd. gusta, yo

se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa , y me entró en un aposento tan pequeño , que solo cabia una cama muy estrecha , un armario y dos sillas : tal era mi habitacion. Vmd. no estará aquí muy á sus anchuras , me dijo mi conductor ; pero en recompensa prometo á vmd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Encerré mi balija en el armario del cual quité la llave , y pregunté por la hora en que se cenaba. Me respondiéron que el Señor cenaba comunmente fuera , y que daba á cada criado un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas , y conocí que los criados del Marques eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversacion dejé al mayordomo , y fui á buscar á Laura , ocupado agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias , y dije ser hermano de Estela , todo se me franqueó. Hubiérais visto las centinelas precipitarse para darme paso , como si yo fuera uno de los mas grandes Señores de Granada. Los cobradores que encontré en el camino me hicieron mil profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector , es el recibimiento que con una seriedad cómica se me hizo en el vestuario , en donde encontré toda la compañía vestida ya , y dispuesta para principiar. Los comediantes y comediautas á quienes

Laura me presentó, cargáron sobre mí. Los hombres me agobiáron con abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados al mio, lo llenáron de arrebol y blanquete. Todos querian ser los primeros á cumplimentarme, y todos me hablaban á un tiempo. A mí me era imposible responderles; pero la hermana vino á mi socorro, y como su lengua estaba ejercitada, á nadie le hice falta.

No paráron los cumplimientos en los actores y actrices; fué preciso sufrir los del tramoyista, violinistas, apuntador, despabilador, y sota-despabilador; en fin, de todos los criados del teatro, que al ruido de mi llegada corriéron á registrarme: no parecia sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que no habian visto jamas á hermanos.

Entretanto se dió principio á la comedia, y algunos caballeros que estaban en los vestuarios se retiráron á tomar sus asientos; y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no estaban de ejercicio. Entre estos habia uno á quien llamáron, y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente al sugeto á quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví era Melchor Zapata, aquel pobre comediante de la legua, que, como dije en el primer volúmen de esta historia, mojaba las cortezas de pan en una fuente.

Al instante le aparté á un lado , y le dije : Si no me engaño , vmd. es el Señor Melchor , con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente que hay entre Valladolid y Segovia. ¿Vmd. se acordará que entónces iba yo con un mancebo de barbero , y que juntámos algunas provisiones que llevábamos con las de vmd. , y compusimos entre los tres una comida escasa , que se sazónó con mil discursos agradables ? Zapata se puso como pensativo por algunos instantes , y despues me respondió : Vmd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entónces venia de Madrid , en donde habia tenido mis pruebas , y volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios estaban en muy mala positura. Y yo por esas señas le dije : Vengo en conocimiento de que vmd. llevaba un jubon aforrado con carteles de comedias. Tampoco he olvidado que vmd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy beata. ¡ O ! por lo que mira á eso , ya no me quejo , dijo Zapata con precipitacion : vive Dios , que la comadre se ha corregido en esto , y asi mi jubon va mejor forrado.

Quando iba á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza , tuvo precision de dejarme para salir á las tablas. Con el desco de conocerla , me acerqué á un comediante , y le supliqué me la mostrase , lo que hizo diciendo : Vea vmd. ahí á Narcisa , que , si se esceptua á la hermana de

vmd., es la mas hermosa de nuestras damas. Pensé que esta actriz debia ser aquella por quien se habia declarado el Marques de Marialva ántes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia, llevé á Laura á su casa, en donde ví á muchos cocineros que preparaban una gran cena. Aquí puedes cenar, me dijo ella. Nada menos que eso, la respondí; el Marques quizá gustará de estar solo contigo. Te engañas, respondió: ahora vendrá con dos amigos suyos, y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres, serás el sexto en nuestra mesa. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, la dije; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este empleo honorífico, debo ántes ocuparme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dejé á Laura, y fuí á mi hostería, donde hice cuenta de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.

CAPÍTULO IX.

Del hombre extraordinario con quien cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.

ADVERTÍ cenaba solo en un rincon de la sala un viejo vestido de paño pardo, que parecia un

monge, y por curiosidad me senté enfrente de él; saludéle muy cortesmente, y él correspondió del mismo modo: trajéron mi pitanza, que principié á despachar con mucho apetito, y miéntras comia sin decir una palabra, le miraba frecuentemente; pero siempre le hallé puestos los ojos en mí. Causado de su afan en mirarme, le hablé en estos términos: Padre, segun el cuidado con que vmd. me mira, yo debo no serle desconocido; dígame vmd. si nos hemos visto en otra parte.

Con mucha gravedad me respondió: Os miro con esta atencion, para admirar la prodigiosa variedad de aventuras que estan grabadas en los rasgos de vuestro rostro. A lo que veo, le dije con un aire burlon, vuestra Reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de poseerla, dijo el monge, y de haber pronosticado cosas que no ha desmentido el tiempo; tambien sé la quiromancia, atreviendome á decir que mis oráculos son infalibles, cuando he confrontado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque este viejo tenia aspecto de hombre virtuoso, me pareció tan loco, que no pude dejar de reirme; pero en lugar de ofenderse de mi impolítica, se sonrió, y despues de haber registrado bien la sala y asegurado de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera: No me espanto de veros opuesto á estas dos ciencias que en el dia pasan por tan frívolas: el largo

y penoso estudio que requieren, desanima á todos los sabios que, despechados de no haberlas podido adquirir, las renuncian y desacreditan: por lo que hace á mí, no me ha acobardado su oscuridad, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos, y en el arte maravilloso de transmutar los metales en oro.

Pero no pienso, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo con un jóven á quien mis discursos deban parecer sueños. Una leve prueba de mi habilidad os hará juzgar mejor de mí que todo lo que podria decirnos. Dicho esto sacó de su bolsillo una vasija llena de un licor rojo, y prosiguió diciendo: Vea vmd. aquí un elixir que he compuesto esta mañana del jugo de ciertas plantas sacadas por alambique, porque á imitacion de Demócrito he empleado casi toda mi vida en saber las propiedades de los simples y de los minerales. Vmd. va á probar su virtud. Bien vé vmd. que el vino que bebemos es muy malo; pues se ha de hacer excelente. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixir en mi botella, con las que mi vino se volvió mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupado el entendimiento, ya no hay juicio. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido á que era menester ser poco menos que

diablo para haberlo encontrado, exclamé lleno de admiracion : ; O padre mio ! perdoneme vmd. por Dios , si le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á vmd. justicia ; esto me basta para estar asegurado de que , si quiere , puede hacer en un instante de una barra de hierro una de oro. ; Que dichoso fuera yo , si poseyera esta admirable ciencia ! El cielo os libre de ella , interrumpió el viejo con un profundo suspiro. Tú no sabes , hijo mio , lo que deseas. En lugar de envidiarme , tenme lástima , pues yo mismo he trabajado tanto para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto , temo ser descubierto , y que una prision perpetua sea el premio de todos mis trabajos. Con este temor paso una vida errante , tan presto disfrazado de sacerdote ó monge , como de caballero ó paisano. Mira pues si será ventajoso el saber hacer oro á este precio. Y sobretudo , ¿ las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que las poseen tranquilamente ?

Ese discurso me parece muy sensato , dije entonces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego ; vmd. me hace despreciar la piedra filosofal. Despedíme con esto de él , y determiné servir al Marques con mas afecto que á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada.

CAPÍTULO X.

De la comision que el Marques de Marialva dió á Gil Blas , y como la desempeñó este fiel secretario.

TODAVÍA NO habia vuelto el Marques de casa de su comediante ; pero en su aposento encontré á los ayudas de cámara que jugaban á la primera , esperando su venida. Me introduje con ellos , y nos entretuvimos riyendo hasta las dos de la madrugada que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme , y me dijo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita : ¿ Gil Blas , por que no te has acostado ? Yo le respondí que queria saber ántes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser , dijo , te encargue por la mañana un negocio , y entónces recibirás mis órdenes. Ve á reposar , y sabe que te dispenso de esperarme , pues me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia que no dejó de agradarme , pues me escusaba la sujecion que algunas veces hubiera sufrido con disgusto , dejé al Marques en su aposento , y me retiré á mi guardilla. Me acosté ; pero no habiendo podido dormir , seguí el consejo de Pitagoras , de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia , para aplaudir nuestras buenas acciones , ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de remorderme haber apoyado la impostura de Laura. Por mas que yo dijera para disculparme de que no habia podido decentemente desmentir á una moza que no habia tenido otra mira que la de hacerme bien; y que en algun modo me habia visto en la necesidad de ser cómplice de la superchería, poco satisfecho de esta escusa, yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el engaño, y que debia ser muy atrevido para querer vivir con un Señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin, despues de un examen severo convine en que si no era un bribon, me faltaba poco para serlo.

Habiendo pasado de aquí á las consecuencias, reflexioné que no era juego de niños el engañar á un hombre de condicion, quien por mis pecados acaso tardaria muy poco en descubrir la trampa. Una reflexion tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu; pero bien presto se disipó mi temor con las ideas del gusto y del interes, ademas de que, para asegurarme, bastaba la profecía del hombre del elixir. A esto se siguió el hacer yo cuentas muy alegres, calculando la suma á que ascenderian mis salarios en diez años de servicio; á esto añadí las gratificaciones que debia recibir de mi amo; y midiendolas por su humor liberal, ó mas bien segun mis deseos, la intemperancia de mi imaginacion no ponía límites á mi fortuna. Tanta felicidad me trajo

poco á poco el sueño, y me dormí edificando castillos en el aire.

Por la mañana me levanté á las nueve, y fuí á recibir las órdenes de mi patron; pero al abrir la puerta para salir, me admiré de verle venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo: Gil Blas, al despedirme de tu hermana anoche, la ofrecí pasar allá esta mañana; pero me es imposible cumplirlo, porque un negocio de entidad no me lo permite. Ve, y díla de mi parte cuanto me ha mortificado este contratiempo, y asegurala que sin embargo cenaré con ella. Pero no para en esto tu comision, añadió alargandome una bolsa con una cajita de zapa, guarnecida de piedras; llevala mi retrato, y toma para tí esta bolsa en donde van cincuenta doblones que te doy en prueba de la estimacion que te tengo ya. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa tan poco merecida; fuí corriendo á casa de Laura, y transportado de alegría, iba diciendo: Bueno, bueno, la prediccion se cumple visiblemente. ¡ Que fortuna es ser hermano de una moza bella y galante! ¡ que lástima que honra y provecho no quepan en un saco!

Laura madrugaba contra la costumbre de las personas de su profesion. Halléla en el tocador, en donde esperando á su Portugués procuraba añadir á su hermosura natural todos los auxilios que el arte de las majas podia prestarla. Amable Estela, la dije al entrar, imán de los es-

trangeros , ya puedo comer con mi amo , pues me ha honrado con una comision que me da esta prerogativa , la cual voy á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de visitarte esta mañana , como lo habia pensado , pero para consolarte cenará esta noche contigo ; te envia su retrato , con lo que me parece quedarás algo mas consolada.

La dí la caja cuyos brillantes alegraron infinitamente su vista. La abrió , observó la pintura de puro cumplimiento , cerróla , y se puso con sosiego á considerar los diamantes. Celebró su hermosura , y me dijo consonrisa : Vé aquí unas copias que las cómicas aman mucho mas que los originales. Dijele : El generoso Portugués al darme el retrato me regaló cincuenta doblones. Me alegro infinito , me dijo ella. Este Señor principia por donde rara vez acaban otros. A tí es , mi querida , á quien debo este regalo , la respondí ; la fraternidad es la que únicamente ha escitado al Marques. Yo quisiera , dijo ella , hiciera otro tanto todos los dias : no puedo ponderarte cuanto te amo. Desde el primer instante que te ví , te amé tan estrechamente , que el tiempo no ha podido romper esta union. Cuando te perdí en Madrid , no perdí las esperanzas de recobrarte ; y ayer , al verte , te recibí como un hombre que volvía á su centro. En una palabra , amigo mio , el Cielo nos ha destinado para vivir juntos : tú has de ser mi marido ,

pero ántes es menester enriquecernos. La prudencia exige que comencemos sobre este pié. Todavía quiero tener tres ó cuatro cortejos para que te establezcas cómodamente.

Díla las gracias por su cuidado, é insensiblemente nos fuímos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodía. A esta hora me marché á dar cuenta á mi amo del modo con que se habia recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque cuando llegué á la posada se me dijo que el Marques acababa de salir, y estaba decidido que no volveria á verle mas, como se leerá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XI.

De la noticia que tuvo Gil Blas, y del golpe terrible que recibió con ella.

ME fui á mi hostería, en donde encontré dos sugetos con quienes comí, y con cuya agradable conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separámos, ellos para ir á sus quehaceres, y yo para tomar el camino del teatro. Hemos de advertir de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor,

porque la alegría habia reinado en nuestra conversacion : la fortuna se me mostraba propicia , y sin embargo sentia cierta tristeza que no estaba en mi mano evitar. Habiendo entrado en el vestuario , se acercó á mí Melchor Zapata , y me dijo en secreto que le siguiera. Me llevó á un sitio escusado , y me tuvo este discurso : Señor mio , me parece que estoy obligado á dar á vmd. un aviso muy importante. Ya sabe vmd. que el Marques de Marialva se enamoró primero de Narcisa mi esposa. Ya habia elegido dia para venir á picar en mi cebo , cuando la artificiosa Estela encontró medio de romper la partida , y llevarse á su casa al Señor Portugués. Bien conoce vmd. que una comediante no pierde tan buena presa sin despecho. Mi muger conserva siempre en su corazón este resentimiento , y todo lo emprenderá para vengarse ; siendo lo peor que se la ha venido á las manos una bella ocasion. Ayer , si vmd. hace memoria , todos nuestros criados acudieron á verle. El sotadespabilador dijo á algunas personas de la compañía que conocia á vmd. , y que de ningun modo era hermano de Estela.

Este rumor , añadió Melchor , ha llegado á oídos de Narcisa , que no ha dejado de preguntarselo al autor , y este lo ha confirmado. Dice conoció á vmd. de criado de Arsenia , cuando Estela con el nombre de Laura la servia en Madrid. Mi esposa , que está contentísima con este

descubrimiento, hará sabedor de él al Marques que ha de venir esta tarde á la comedia. Camine vmd. con esta inteligencia; y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo, como amigo y por nuestro antiguo conocimiento, se ponga en seguridad. Narcisa, que no pide mas que una víctima, me ha permitido se lo advierta á vmd., para que evite con una pronta fuga cualquier accidente funesto.

No necesité saber mas: dí gracias por su advertencia al histrion, quien conoció muy bien por mi susto que yo no pensaba en desmentir al sotadespabilador. Como en efecto no me hallaba con humor de pasar adelante en la desvergüenza, aun no pensé en despedirme de Laura, temiendo no quisiese obligarme á que signiera el enredo: ella siendo tan buena comedianta, podria salir con facilidad de este mal paso; pero á mí me amenazaba un castigo infalible, y no estaba tan enamorado que quisiese despreciarlo. En nada pensé sino en salvarme con mis dioses penates, es decir, con mi ropa: en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí de la casa de comedias; en un momento hice sacar y transportar mi maleta en casa de un ordinario, que el dia siguiente á las tres de la mañana habia de salir para Toledo. Hubiera querido estar en la hora con el Conde de Polan, cuya casa me parecia mi único asilo; pero no hallandome en ella, me tenia muy inquieto la idea del tiempo que debia

*



permanecer en una ciudad, en donde temia me buscasen desde la misma noche.

A pesar de mi turbacion, semejante á la de un deudor que sabe le persiguen los alguaciles, no dejé de ir á cenar á mi hosteria; pero lo que tomé en aquella noche, no creo hiciese en mi estómago un excelente quilo. El miedo me hacia mirar con cuidado á todas las personas que entraban en la sala, y temblaba siempre que por mi desdicha llegaban algunas gentes de mala catadura, cosa que no es rara en tales parages. Despues de haber cenado con estas inquietudes, me levanté de la mesa y volvi á casa del ordinario, en donde me acosté sobre un jergon hasta la hora de partir.

Puedo asegurar que durante la noche ejercité bien mi paciencia. Viniéron á asaltarla mil pensamientos pesarosos: si algun instante dormitaba, se me representaba el Marques furioso lastimando con golpes el hermoso rostro de Laura, y destrozando todo lo que habia en su casa; ó ya le oia mandar á sus criados me mataran á palos. Despertaba sobresaltado; y cuando es tan dulce el despertar despues de un sueño terrible, para mí fué esto mas cruel que el mismo sueño.

El ordinario me sacó de esta angustia, avisandome estaban prontas las mulas. Inmediatamente me puse en pié, y gracias al Cielo salí curado radicalmente de Laura y de la quiromancia. Conforme nos íbamos alejando de Gra-

nada, iba mi espíritu recobrando su tranquilidad. Empezámos á hablar el ordinario y yo; contóme algunas graciosas historias que me hicieron reir, con lo que perdí insensiblemente mi temor. En Ubeda, á donde fuímos á hacer noche la primera jornada, dormí pacíficamente, y la cuarta llegámos á Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la habitacion del Conde de Polan, y persuadido á que no consentiria me alojase en otra parte que en su casa, fuí allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspedea, pues no encontré en ella mas que al portero, quien me dijo que su amo habia salido la noche ántes para la quinta de Leyva, de donde se le habia enviado á decir que Serafina estaba peligrosamente enferma.

Como yo no habia contado con la ausencia del Conde, se disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, por cuya causa tomé otra determinacion. Viendome tan cerca de Madrid, resolví ir allá. Reflexioné que en la Corte podria hacer fortuna, pues, segun he oido decir, no es necesario en ella tener un genio superior para adelantarse. Por la mañana alquilé una mula de retorno que me llevó á aquella Capital, en donde la fortuna me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entónces habia representado.

CAPÍTULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada, en donde hace conocimiento con el Capitan Chinchilla : que clase de hombre era este Oficial, y que negocio le habia llevado á Madrid.

LUEGO que llegué á Madrid, establecí mi habitacion en una posada, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo, que desde las estremidades de Castilla la Nueva habia venido á la Corte para solicitar una pensión que creia tener bien merecida : llamabase Don Anibal de Chinchilla ; no sin espanto le ví la primera vez : era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca, y estraordinariamente flaco. Tenia unos bigotes espesos que subian, retorciendose por los dos lados, hasta las sienas ; ademas de que le faltaba un brazo y una pierna, tenia tapado un ojo con un gran parche de tafetan verde, y casi todo su rostro lleno de cicatrices. En el resto era como los otros. Por lo demas no le faltaba entendimiento, y le sobraba gravedad. En cuanto á costumbres, era muy escrupuloso, y se picaba sobretodo de ser delicado en puntos de honor.

A las dos ó tres conversaciones que tuvimos, me honró con su confianza, y supe todos sus

negocios. Me contó en que ocasiones se habia dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía, y una pierna en los Países Bajos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, que no se le escapó ninguna fanfarronada, ni una palabra en alabanza suya: siendo asi que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba, en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobretodo sentia haber disipado su hacienda en las campañas, de suerte que no le habia quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apénas tenia para mantener sus bigotes, pagar su alojamiento, y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, Señor caballero, añadió encogiendo de hombros, todos los dias, á Dios gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso. Si vmd. lo presenciara, no diria sino que apostábamos el Ministro y yo sobre cual habia de cansarse ántes; si yo en darlos, ó él en recibirlos. Tambien tengo la honra de darlos frecuentemente al mismo Rey; pero tan lindo es Pedro como su amo: entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparacion.

No pierda vmd. la esperanza, dije al Capitan; vmd. sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará vmd. hoy en vísperas

de ver recompensados con usura todos sus trabajos. No debo lisonjearme con esa esperanza, respondió Don Anibal : no hace tres dias que hablé á uno de los Secretarios del Ministro , y si he de dar crédito á sus palabras , es preciso prestar paciencia. ¿ Y que le dijo á vmd. , Señor Oficial ? le respondi. ¿ Dice que el estado en que vmd. se halla no le parece digno de recompensa ? Vmd. lo verá , respondió Chinchilla ; este Secretario me ha dicho claramente : Señor hidalgo , no celebre vmd. tanto su zelo y fidelidad , por haberse espuesto á los peligros por su patria , pues en eso no ha hecho vmd. mas de lo que debia. La sola gloria que resulta de las buenas acciones es suficiente paga , y debe bastar principalmente á un Español. Desengañese vmd. si mira como deuda la gratificacion que solicita ; en caso de concedersele esta gracia , la deberá únicamente á la bondad del Rey , que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al Estado. Infiera vmd. de aquí , prosiguió el Capitan , que debo esperar , y si tengo cara de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre valiente cuando se le vé ajado : le exhorté á que se mantuviera firme ; me ofrecí á ponerle de balde en limpio sus memoriales ; llegué hasta abrirle mi bolsillo , y le supliqué que tomara lo que quisiera. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones esperan pocas súplicas ; al contrario se mani-

festó muy delicado , y me dió las gracias. Después de esto me dijo que por no molestar á nadie se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad , que el menor alimento bastaba para su subsistencia , lo que era muy cierto. No se alimentaba de otra cosa que de cebollas y ajos , y asi solo tenia el pellejo y los huesos. Para no tener testigos de sus malas comidas , se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante , á fuerza de súplicas conseguí que cenáramos y comiéramos juntos. Habiendo engañado su vanidad con una compasion ingeniosa , hice que me llevaran mucha mas comida y bebida de la que yo necesitaba : le convidé á comer y á beber , lo que rehusó al principio con mil ceremonias ; pero al fin cedió á mis instancias , y haciendose insensiblemente mas atrevido , me ayudó de su propio motivo á limpiar mi plato y vaciar mi botella.

Cuando hubo bebido cuatro ó cinco tragos , y reconciliado su estómago con buenos alimentos , me dijo en tono alegre : En verdad que el Señor Gil Blas es muy mañoso , y hace de mí lo que quiere. Sabe vmd. obligar con su modo , hasta quitar el temor de abusar de su generosidad. Me pareció que mi Capitan estaba ya tan libre de su cortedad , que si en aquel instante le hubiera ofrecido mi bolsa , no la hubiera rehusado. No quise hacer la prueba : me contenté con hacerle mi comensal y tomarme el trabajo

no solamente de escribir sus memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilías, habia aprendido á variar de frases, y aun me habia hecho como una especie de autor. El viejo Oficial por su parte se preciaba de poner bien un escrito; de modo que trabajando los dos á porfía, componíamos trozos de elocuencia dignos de los mas célebres cate-dráticos de Salamanca. Pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era, como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los méritos de Don Anibal, la Corte ningun caso hacia de ellos, lo que no escitaba á este inválido para elogiar á los Oficiales que se arruinan en la guerra; ántes bien maldecía con su mal humor á su estrella, y daba al diablo á Nápoles, Lombardía, y los Países Bajos.

Para su mayor mortificacion, habiendo recitado cierto dia en presencia del Rey un soneto sobre el nacimiento de una Infanta un poeta presentado por el Duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Yo creo que el mutilado Capitan se habria vuelto loco, si no hubiera yo cuidado de ponerle en razon. Viendole fuera de sí, le dije: ¿Que es lo que vmd. tiene? Nada de esto debia vmd. estrañar; ¿no estan de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los Príncipes

tributarios de las Musas? No hay cabeza coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y hablando para nosotros, las pensiones dadas á los poetas pasan á la posteridad la noticia de la liberalidad de los Reyes, cuando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? ¿cuántas pensiones ha dado, de que no tenemos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá, como nosotros, que Virgilio recibió de este Emperador mas de doscientos mil escudos de gratificación.

Por mas que dije á Don Anibal, no habiendo podido digerir el fruto del soneto que se le habia aplomado en el estómago, resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso ántes envidar el resto, presentando un memorial al Duque de Melar. Para este efecto fuimos los dos á casa del primer Ministro; allí encontrámos á un jóven, quien despues de haber saludado al Capitan, le dijo con cariño: Mi amado y antiguo amo, ¿es posible que yo vea á vmd. aquí? ¿que negocio le trae á casa de S. E.? Si necesita alguna persona de crédito, no deje vmd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perico, dijo el Oficial, ¿pues que tienes algun empleo bueno en la casa? A lo menos, respondió el jóven, bastante para servir á un hidalgo como vmd. Siendo asi, prosiguió el Capitan con sonrisa, recurro á tu proteccion. Desde luego soy de vmd., repitió

Perico. Dígame vmd. su asunto, y prometo sacar raja del primer Ministro.

Apénas le enterámos de él, cuando preguntando en donde vivia Don Anibal, nos aseguró sabríamos de él al dia siguiente; y se despidió de nosotros sin decirnos lo que pretendia hacer, ni aun si era ó no criado del Duque de Melar. La agudeza de este Perico escitó mi curiosidad, y quise saber quien era. Es, me dijo el Capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que habiendome visto en la indigencia me dejó por buscar mejor acomodo. No se lo tuve á mal, porque, como se suele decir, por mejoría mi casa dejaria. Es un chulo á quien no le falta entendimiento, y es entremetido como mil diablos; pero, á pesar de toda su habilidad, no me fio mucho del zelo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dije, que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales oficiales del Duque, podrá servir á vmd. de mucho. Vmd. no ignora que en casa de los Grandes todo se hace por partido y cabala, que estos tienen familiares favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

Al dia siguiente vino Perico á nuestra posada. Señores, nos dijo, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al Capitan Chinchilla, fué porque no estábamos en parte en donde debiera tener semejante confianza; ademas de que tenia

gusto de tentar el vado ántes de esplicarme. Han de saber vmds. que soy lacayo de confianza del Señor Baron de Roncal, primer Secretario del Duque de Melar. Mi amo, que es muy galan, va casi todas las tardes á cenar con un ruiñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de Palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin; tiene entendimiento, canta al primor, y por esto la llaman la Señora Sirena. Como la llevo todas las mañanas un billete, vengo ahora de verla; la he propuesto finja es tio suyo el Señor Don Anibal, y que con esta suposición obligue á su cortejo á protegerle. Ha convenido gustosa en esto, por que ademas del tal cual provecho que juzga la puede resultar, la es muy agradable el que la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El Señor de Chinchilla puso mal gesto á este discurso. Manifestó repugnancia en hacerse cómplice de una impostura, y todavía mas en sufrir que una aventurera le deshourase diciendo que era de su familia: no solamente lo sentia por sí, sino que hallaba en esto, digamoslo asi, una especie de ignominia que retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perico, á quien pareció fuera de razon. ¿Se burla vmd.? exclamó: vea vmd. aquí las cosas de los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira vmd., prosiguió dirigiendosc á mí, de esta escrupulosidad? Voto

á brios , en la Corte no se debe parar en esas delicadezas : venga la fortuna del modo que venga , no se ha de dejar perder.

Apoyé lo que decia Perico , y ámbos arengámos tanto al Capitan , que á pesar suyo le hicimos fingirse tio de Sirena. Dado este paso que no costó poco trabajo , hicimos los tres un nuevo memorial para el Ministro , que fué revisto , aumentado y corregido. Despues lo puse en limpio , y Perico se lo llevó á la Aragonesa , que en la misma tarde lo recomendó al Señor Baron , á quien habló de modo que este Secretario creyendola verdaderamente sobrina del Capitan prometió apoyarlo. El efecto de esta maniohra lo vimos pocos dias despues. Perico volvió á nuestra posada triunfante : Buenas nuevas , dijo á Chinchilla : el Rey hará una distribucion de encomiendas , beneficios y pensiones , en las que no será vmd. olvidado ; se me ha encargado os lo asegure. Pero al mismo tiempo se me ha ordenado preguntar á vmd. que pretende regalar á Sirena. Por lo que á mí toca , declaro que nada quiero : yo prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi antiguo amo ; pero no corre parejas conmigo la ninfa de Albarracin : es un poco judía , y tiene , cuando se trata de servir al prójimo , un defectillo : ella tomaria dinero de su mismo padre ; vea vmd. si rehusará el de un tio postizo.

Diga lo que quiere, dijo Don Anibal : si quiere todos los años la tercera parte de la pension que me han de dar , se la prometo , y me parece que es bastante , aun cuando se tratara de todas las rentas de S. M. Católica. Si yo fuera , replicó el mercurio del Baron de Roncal , me fiaria de su palabra de vmd. , pues sé que no faltará á ella ; pero vmd. trata con una personilla naturalmente muy desconfiada. Por otra parte, ella querrá mas que vmd. la dé de antemano en dinero contante las dos terceras partes de su renta. ¿ De donde diablos quiere ella que lo saque ? interrumpió ásperamente el Oficial. ¿ Cree por ventura que soy Contador mayor ? Tú debes no haberla instruido de mi situacion. Perdone vmd. , repuso Perico, sabe muy bien que vmd. está mas pobre que Job : no puede ignorarlo con lo que la tengo dicho ; pero pierda vmd. cuidado , que soy un hombre fértil en espedientes. Conozco á un picaro usurero ya viejo , que acostumbra prestar su dinero al diez por ciento ; vmd. le hará ante un notario cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá vmd. , desfalcada la usura. En órden á la fianza , el prestador se contentará con vuestra casa de Chinchilla tal como esté , por lo que en este punto no tendrán vmds. disputa.

El Capitan protestó que siempre que tuviera la fortuna de participar de las gracias que se habian de conceder el dia siguiente , aceptaria

estas condiciones. En efecto se verificó : le diéron una pensión de trecientos doblones sobre una encomienda. Luego que supo esta nueva , dió todas las seguridades que se le exigieron , evacuó sus cosillas , y se volvió á Castilla la Nueva con algunos doblones que le habian quedado.

CAPÍTULO XIII.

Encuentra Gil Blas en Madrid á su querido amigo Fabricio. El gran gusto que tuviéron ámbos. A donde fuéron los dos , y de la curiosa conversacion que tuviéron.

ME habia acostumbrado á ir todas las mañanas á Palacio , en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los Grandes , quienes allí me parecian sin aquel brillo que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneandome en los aposentos , haciendo como otros muchos una necísima figura , percibí á Fabricio á quien habia dejado en Valladolid sirviendo al Administrador del hospital. Lo que me espantó en extremo , fué verle hablar familiarmente con el Duque de Medianadionis , y el Marques de Granta Suz. A mi parecer estos dos Señores gustaban de oirle ; ademas de esto , él iba vestido como un caba-

llero. Si me engañare, me decia, ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede que sea algun Cortesano que se le parezca. No estuve mucho tiempo en duda; idos los Señores, me acerqué á Fabricio: inmediatamente me conoció, me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar el concurso para salir de las piezas, me dijo abrazandome: Mi amado Gil Blas, me alegro mucho de verte. ¿Que haces en Madrid? ¿estás todavía sirviendo? ¿tienes algun empleo en la Corte? ¿en que estado estan tus negocios? Díme todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Me preguntas muchas cosas de un golpe, le respondi; y el lugar en donde estamos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon, me dijo, mejor estaremos en mi casa; vente, que voy á llevarte, no está lejos de aquí. Estoy libre, alojado agradablemente en una buena casa, vivo contento, y soy feliz pues que creo serlo.

Acepté el partido, y me dejé llevar de Fabricio, que me detuvo en una casa de buena fachada, en donde me dijo vivia. Atravesámos un patio que tenía á un lado una grande escalera por donde se subia á unos aposentos soberbios, y por el otro una subida tan oscura como estrecha, por donde fuimos al alojamiento que me habia ponderado. Este se reducía á una sala única, en la cual mi ingenioso amigo habia hecho cuatro separaciones con tablas de pino: la pri-

mera servia de antesala á la segunda , en donde dormia : de la tercera habia hecho su gabinete, y de la última una cocina. La sala y la antesala estaban adornadas de mapas , papeles de conclusiones ; y los trastos que correspondian á la colgadura consistian en una gran cama de brocado estropeada, unas sillas viejas de tela pajiza, guarnecida de una franja de seda de Granada del mismo color , una mesa con piés dorados, cubierta de una cordoban que parecia haber sido encarnado, y ribeteado con una franja de oro falso tomado con el tiempo , un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramente. Tenia por papelera en su gabinete una mesita, y su biblioteca se componia de algunos libros y muchos legajos de papeles que tenia en unas tablas ordenadas á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia á lo demas, contenia vi-driado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dejado mirar bien su aposento, me dijo : ¿ Que juicio haces tú de mi equipage y de mi habitacion ? ¿ no te ha encantado el verla ? A fé mia que sí , le respondí sonriendome : precisamente tú haces tu negocio en Madrid, pues que estás tan bien provisto. Sin duda tienes alguna comision. No lo permita el Cielo, me replicó : mi ocupacion es mas provechosa que cuantos empleos hay en el mundo. Un sugeto de distincion de quien es esta casa, me ha dado una sala de la que he hecho

cuatro piezas que he adornado como ves ; á mí nada me falta , y solo me ocupo en lo que me agrada. Hablame con claridad , le dije , mi deseo de saber tus cosas se ha aumentado. Está bien , me dijo , voy á complacerte ; soy escritor , me he dado á las bellas letras , escribo en verso y en prosa ; en suma , hago á pelo y á lana.

¡Tú, favorecido de Apolo! exclamé riendome. Cosa es esta que jamas hubiera adivinado ; nada me hubiera sorprendido tanto. Dime , ¿que atractivo has podido tú encontrar en la condicion poética? Me parece que estas gentes son despreciadas en la vida civil , y que no son las mas ricas. ¡O! quitate allá , replicó : eso es bueno para aquellos miserables autores cuyas obras son la mofa de los libreros y de los cómicos. ¿Que hay que estrañar si no se estiman semejantes escritos? Pero los buenos , amigo mio , estan en el mundo sobre mejor pié ; y yo sin vanidad puedo decir que soy de este número. No lo dudo , le dije , tú eres un mozo de grande entendimiento , y asi tus composiciones no pueden ser malas ; pero lo que desco saber , y que me parece digno de mi curiosidad , es el como te ha acometido el furor de escribir.

Justa es tu admiracion , dijo Nuñez. Estaba tan contento con mi estado en casa del Señor Manuel Ordoñez , que de ninguna manera deseaba otro. Pero mi ingenio habiendo superado

poco á poco, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que representáron los cómicos de Valladolid. Aunque esta no valió un pito, fué muy aplaudida: de aquí inferí que el público era una buena vaca de leche, que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflexion y el furor de componer nuevas piezas me sacáron del hospital. La inclinacion á la poesía me quitó la de las riquezas; y para formar mi gusto, resolví venir á Madrid, como al centro de los ingenios: me despedí del Administrador, quien, como me amaba mucho, sintió bastante mi resolucíon, y me dijo por que queria dejarle, que si me habia dado sin pensar algun motivo de disgusto. No, Señor, le respondí, vmd. es el mejor de todos los amos que se pueden encontrar: estoy agradecidísimo á sus favores; pero vmd. sabe que cada uno debe seguir su estrella, y la mia me parece que es la de eternizar mi nombre con obras de ingenio. ¡Que locura! me replicó este buen paisano: ya estás arraigado en el hospital, eres de la cantera de los mayordomos y aun de los administradores. Tú vas á dejar lo sólido para ocuparte en fruslerías. El mal es para tí, hijo mio.

Viendo el administrador que era predicar en desierto, me pagó mis salarios, y en reconocimiento de mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados. De modo que con esto y lo que habia podido recoger en las pequeñas co-

misiones que se habian encargado á mi integridad , me puse en estado de presentarme decentemente en Madrid ; lo que no dejé de hacer , aunque los escritores de nuestra nacion no se paguen de la decencia : inmediatamente me familiaricé con Lope de Vega Carpio , Miguel de Cervántes Saavedra , y los demas autores famosos ; pero , con preferencia á estos dos grandes hombres , elegí para mi preceptor á un jóven Bachiller Cordobés , el incomparable Don Luis de Góngora , el genio mas escelente que jamas ha producido España ; no quiere que sus obras se impriman miéntras viva ; únicamente se contenta con leerlas á sus amigos. Lo que tiene de mas particular , es que la naturaleza le ha dotado del talento raro de acertar en todas suertes de poesías , principalmente en las piezas satíricas : vé aquí su fuerte. No es , como Lucilio , un torrente turbio que lleva consigo mucho cieno , sino el Tajo cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tu buena pintura me haces de este Bachiller , le dije , que no dudo tendrá muchos envidiosos una persona de tanto mérito. Asi es , dijo : todos los autores , tanto buenos como malos , se desenfrenan contra él ; uno dice que tiene un estilo hinchado , que gusta de agudezas , metáforas y transposiciones : sus versos , dice otro , tienen la oscuridad de los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes Salios , que nadie en-

tendia; tambien hay quien le echa en cara que tan presto hace sonetos ó romances, tan presto comedias, décimas y villancicos, como si locamente se hubiera intentado deslucir á los mejores escritores en todo género de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se despuntan al dirigirse contra una Musa amada de los Grandes y del pueblo. Tal es el maestro que escogí, y me atrevo á decir, sin vanidad, que le imito: habiendo poseido de tal modo su espíritu, que ya compongo pedazos abstractos, que no los juzgaria indignos de sí. Tambien sigo su ejemplo vendiendo en las casas de los Grandes mis géneros, siendo recibido maravillosamente en ellas, y en donde hallo gentes que no son mal contentadizas. Es verdad que mi entrada es artificiosa, lo que no daña á mis composiciones. En fin, me estiman muchos Señores, y sobretudo vivo con el Duque de Medianadionis, como Horacio con Mecenas. Vé aquí, prosiguió, de que modo me he transformado en autor; nada mas tengo que contarte: á tí, Gil Blas, toca ahora el referir tus hazañas.

Hicelo muy por menor, suprimiendo todo lo que me pareció no ser del caso. Despues se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino escelente, y nos pusimos á la mesa con aquella alegría que experimentan dos amigos que se encuentran al cabo

de una larga separacion. Tú ves , me dijo , mi vida libre é independiente. Pudiera seguir el ejemplo de mis camaradas , comiendo todos los dias en casa de algunas personas distinguidas ; pero ademas de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa , soy un nuevo Aristipo , pues tan contento estoy con el gran mundo como con el retiro , con la abundancia como con la frugalidad.

Nos supo tan bien el vino , que fué menester sacar otra botella del armario. De sobremesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones. Al instante sacó de entre sus papeles un soneto que me leyó con énfasis ; pero á pesar del fuego con que lo leyó , me pareció tan oscuro que nada pude comprender. Percibiólo , y me dijo : El soneto no te ha parecido muy claro ; ¿ no es asi ? Le confesé que hubiera querido algo mas de limpieza ; riyóse de mí , y prosiguió : Este soneto , amigo , lo mejor que tiene es el no ser inteligible. Los sonetos , las odas y las obras que piden sublimidad , no quieren estilo sencillo y natural ; la oscuridad es su carácter , y en ella consiste su mérito. Con que el poeta crea que se entiende , es bastante. ¿ Te burlas ? le dije : todas las poesías , sean de la naturaleza que sean , piden buen sentido y claridad ; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas acierto que tú , le rebajaré mucho en mi opinion , cuando mas agradará y engañará

á su siglo ; pero de otro modo juzgará de él la posteridad. Mas veamos ya tu prosa.

Me manifestó un prólogo que me dijo pensaba poner á la cabeza de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo , y me preguntó que me habia parecido. No me gusta mas tu prosa , le dije , que tus versos. El soneto es una algarabía ; en el prólogo hay espresiones muy estudiadas , palabras que el público no conoce , frases enredosas ; y en una palabra , tu estilo es singular y muy ageno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ; Pobre ignorante ! exclamó Fabricio : ; no sabes tú que todo prosador , que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada , afecta esta singularidad de estilo , estas espresiones estraviadas que tanto te chocan ? Nos hemos aunado cinco ó seis innovadores atrevidos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro ; y con la ayuda de Dios , lo hemos de conseguir á pesar de Lope de Vega , Cervántes , y de todos los demas ingenios que nos andan contrapunteando sobre nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte personas distinguidas , y hasta teólogos entran en nuestra cuadrilla.

Sobretudo , continuó , nuestro designio es loable ; y fuera de preocupaciones , nosotros somos de mas mérito que aquellos escritores naturales que hablan con el lenguaje del comun. No sé por que diablos merecen la estimacion de tantas

gentes honradas. Eso seria bueno en Atenas y Roma, en donde todos se confundian : por lo que Soerates dijo á Alcibiades , que el comun era un maestro escelente de la lengua ; pero en Madrid es otra cosa , aquí tenemos estilo bueno y malo , y los Cortesanos se esplican de un modo diferente que los de las provincias. En fin desengañate , que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gentileza de nuestra diction á la bajeza de la suya. Dirian ellos , por ejemplo , llanamente : *Los intermedios hermocean una comedia.* Y nosotros con mas gracia decimos : *Los intermedios hacen hermosura en una comedia.* Observa bien este *hacer hermosura* : ¿ percibes tú todo el brillo , la delicadeza y gracia que esto contiene ?

Habiendo interrumpido á mi innovador con una carcajada , le dije : Anda al diablo con tu language culto ; tú eres original. Y tú con tu estilo natural , repuso él , eres un gran bestia : *Ve* , prosiguió , aplicandome aquellas palabras del Arzobispo de Granada , *ve á mi tesorero que te dé cien ducados , y el Cielo te guie con esa suma. A Dios , Señor Gil Blas , deseo á vmd. un poco de mas gusto.* Renové mis carcajadas al oir esta pulla ; y Fabricio , sin haber perdido nada de su buen humor , me perdonó la irreverencia con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella ,

nos levantámos de la mesa tan amigos como ántes. Salímos con ánimo de ir á pasearnos al Prado ; pero al pasar por la puerta de una botillería , nos dió gana de entrar.

En esta casa se hallaba regularmente buena compañía. Ví entretenerse de varios modos á algunos caballeros en dos salas separadas. En la una se jugaba á la primera y al ajedrez , y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de dos argumentantes. No tuvimos necesidad de acercarnos para atender que el asunto de su contienda era un punto de metafísica , porque era tal el calor é ímpetu con que hablaban , que no parecian sino dos endiablados. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleazaro , se hubieran visto salir demonios de sus narices. ¡ O buen Dios ! dije á mi compañero : ¡ que vivacidad , que pulmones ! No parece sino que estos disputadores nacióron para pregoneros. La mayor parte de las gentes yerran su vocacion. Sí verdaderamente , respondió , estas gentes son al parecer de la raza de Novio , aquel banquero Romano , cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros ; pero lo que mas me disgusta de sus discursos , añadió , es que se han atolondrado infructuosamente. Nos apartámos de estos metafísicos gritones , y con esto deseché una jaqueca que ya empezaba á sentir. Nos fuímos á un rincon de la otra sala ; y habiendo bebido

algunos vasos de helado , principiámos á examinar á los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos , dijo con esclamacion : Vive Dios , que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en un rato , pero á bien que llega tropa de refresco : los tres primeros no tardarán en tomar partido. Pero ¿ ves á esos dos originales que salen ? Pues esa personilla morena , seca , y cuyos cabellos flojos y largos le caen en partes iguales por detras y delante , se llama Don Julian de Villanuño. Es un togado nuevo que pica de petimetre. El otro dia fuimos un amigo y yo á comer con él , y le sorprendimos en una ocupacion muy singular : se divertia en su estudio , tirando y haciendose traer por un lebel los rollos de autos de que debia dar cuenta , los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña , aquella cara de tomate , se llama Don Querubin Tupido ; es Canónigo de la Iglesia de Toledo , y el mas fatuo de los mortales. No obstante , al ver su aire risueño , sus ojos brillantes , su risa fingida y maliciosa , se le creerá sabio y de gran penetracion. Cuando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda , pone la mayor atencion , como si penetrara todo su fondo ; pero maldita la cosa que entiende. Este asistió á la comida en casa del togado , en donde se dijéron cosas muy agudas , sin que Don Querubin profiriese una palabra ; pero en recom-

*

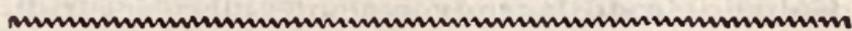
pensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes, daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿ Conoces , dije á Nuñez , á aquellos dos capirotos que estan de codos sobre una mesa en el rincon , hablando tan bajo y de cerca que parece que se besan ? No , me respondió , no he visto estas caras ; pero segun lo que aparentan , serán políticos de café que murmuran del gobierno. ¿ Ves á ese caballereite que silbando se pasea en esta sala , sosteniendose en tanto sobre un pié , y en tanto sobre el otro ? Pues es Don Agustin Moreto , poeta mozo , que muestra gran talento. Aquel á quien se acerca , es uno de sus camaradas , que compone versos prosaicos ó prosa en rimas , y á quien tambien sopla la musa.

Todavía hay mas autores , exclamó señalandome dos hombres de espada que entraban : no parece sino que se han carteadado para venir á pasar revista delante de tí. Vé allí á Don Bernardo Deslenguado y á Don Sebastian de Villaviciosa. El primero es un espíritu lleno de hiel , que parece ha nacido bajo el dominio de Saturno , un hombre dañino , que se complace en aborrecer á todo el mundo , y á quien nadie ama. Por lo que hace á Don Sebastian , es un mozo de buena fé , un autor muy concienzudo. Poco hace dió al teatro una pieza que ha lucido extraordinariamente , y por no abusar mas tiempo de la

estimacion del público, la ha hecho imprimir.

El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar explicandome las diferentes figuras del cuadro variable que teníamos presente, cuando le interrumpió un gentilhombre del Duque de Medianadionis, diciendole: Señor Don Fabricio, buscaba á vmd. para decirle que S. E. el Duque mi Señor desea hablarle, y espera á vmd. en casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran Señor no hay priesa que baste, se apartó de mí para ir á ver lo que le queria su Mecenaz, dejandome muy admirado del trato que le daban de Don, viendole transformado en noble, á pesar de cuanto pudiera decir el barbero Crisóstomo, su padre.



CAPÍTULO XIV.

Coloca Fabricio á Gil Blas en casa del Conde Galiano, título de Sicilia.

EL gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buenos dias, dije al entrar, Señor Don Fabricio, flor y nata de la nobleza Asturiana. Al oirme se echó á reir: ¿Tú has notado, me dijo, que me han tratado de Don? Sí, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga que ayer, cuando me contaste tu metamorfosis, te olvidaste de lo mejor. Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he

tomado este título de honor, menos ha sido por vanidad que por acomodarme á la de los otros. Bien conoces el mundo; maldito el caso que hacen de un hombre de bien, como tenga la desgracia de faltarle riquezas ó nobleza. Además puedo decirte que conozco tantas gentes, y Dios sabe que clase de gentes, que se hacen llamar Don Francisco, Don Gabriel, Don Pedro, ó Don, como tú quieras llamarle, que es preciso convenir en que la nobleza es una cosa comunísima, y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse á ella.

Vamos mudando de asunto, añadió: cenando anoche en casa del Duque de Medianadionis, en donde entre otros convidados estaba el Conde Galiano, rodó la conversacion sobre los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré de hallar ocasion de divertir á la compañía sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilías. Tú puedes imagiuar quanto se reirian, y que apodos no se darian á tu Arzobispo: lo que no ha tenido malas resultas para tí, porque se han compadecido, y el Conde Galiano, despues de haberme hecho muchas preguntas de tí, á las cuales puedes considerar que he respondido como debia, me ha hecho el encargo de que te lleve á su casa, y en el instante te iba á buscar á este fin. Segun parece, quiere hacerte uno de sus secretarios. Yo te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este Señor es-

tarás acomodado perfectamente; es rico, y en Madrid hace un gasto de Embajador. Dicese que ha venido á la Corte á tratar con el Duque de Melar sobre ciertas haciendas pertenecientes en Sicilia al Rey, y que el Ministro intenta enagenar. En fin, el Conde, aunque Siciliano, parece generoso, justo y franco. Ninguna cosa puedes hacer mejor que entrar con este Señor.

Habia resuelto, dije á Nuñez, darme buena vida paseandome y divirtiendome ántes de ponerme á servir; pero me hablas tan ventajosamente del Conde Siciliano, que me haces mudar de resolucion. Ya quisiera estar con él. O yo estoy muy engañado, ó tú lo estarás, y no se tardará mucho, repitió. Salímos ámbos para ir á casa del Conde, la cual era la de Don Sancho de Avila, que estaba entónces en el campo.

Encontrámos en el patio muchos pages y lacayos con libreas ricas y galanas, y en la antecala muchos escuderos y gentileshombres y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, las caras eran tan extravagantes, que me parecieron una tropa de monos vestidos á la española. Confesemos que hay caras de hombres y mugeres, á las cuales nada puede hermohear el arte.

Habiendo dado Don Fabricio recado, fué introducido un momento despues en la sala á donde le seguí. El Conde estaba en bata tomando chocolate, sentado sobre un sofá. Le saludámos con las demostraciones del mas profundo res-

peto : por su parte nos correspondió inclinando la cabeza con miradas tan graciosas , que me inspiráron grande inclinacion hácia él : efecto admirable y ordinario que hace sobre nosotros el favorable acogimiento de los Grandes. Es menester, para que nos disgusten, que nos hayan recibido con mucho desprecio.

Este Señor , despues de haber tomado chocolate, se entretuvo algun tiempo en jugar con un gran mono al que llamaba Cupido. Ignoro por que le diéron el nombre de este Dios á aquel animal, sino que á causa de su malicia, porque en otra cosa absolutamente no lo parecia ; pero tal cual era , no dejaba de hacer las delicias de su amo , quien estaba tan prendado de sus gracias , que no le soltaba de los brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentámos que nos encantaban. Esto dió mucho gusto al Siciliano, quien suspendió este pasatiempo para decirme : En mano de vmd. está , amigo mio , ser uno de mis secretarios. Si le conviene á vmd. el partido, le daré doscientos doblones al año : á mí me basta que Don Fabricio sea quien presente á vmd. y responda de su conducta. Sí, Señor , exclamó Nuñez , yo tengo mas valor que Platon ; este no se atrevió á salir por fiador de un amigo suyo que enviaba á Dionisio el Tirano , pero no temo ser reprendido por el que ofrezco.

Con una reverencia di al poeta de Asturias

las gracias de su atrevimiento generoso, y despues dirigiendome al patron, le aseguré de mi zelo y fidelidad. Apénas vió este Señor que su proposicion me habia agradado, cuando hizo llamar á su mayordomo, á quien habló en secreto. Despues me dijo: Gil Blas, luego te diré en que pienso emplearte, entretanto sigue á mi mayordomo; ya le he dado órden de lo que ha de hacer contigo. Obedecí dejando á Fabricio con el Conde y Cupido.

El mayordomo, que era un Mesinés de los mas refinados, me llevó á su aposento abrumandome de cumplimientos. Hizo venir al sastre de la casa, y le mandó hacerme prontamente un vestido de la misma magnificencia que los de los principales oficiales. El sastre me tomó la medida, y se retiró. Por lo que hace á vuestra habitacion, dijo el Mesinés, os he destinado un cuarto cómodo: ea pues, prosiguió, ¿se ha desayunado vmd.? Respondíle que no. ¡Pobre mozo! me dijo, ¿por que no habla vmd.? Aquí está todo á pedir de boca: venga vmd., que yo le llevaré á una oficina, en donde á Dios gracias nada falta.

Hizome bajar á la despensa, en la que encontramos al repostero, que era un Napolitano tal como el Mesinés, de modo que pudiera decirse de ámbos que eran á cual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis amigos suyos, que se atracaban de jamon, lenguas de vaca y

otras viandas saladas que les hacian menudear los tragos. Entrámos en el corro, y les ayudámos á apurar los mejores vinos del Señor Conde. Mientras esto pasaba en la despensa, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien obsequiaba á tres ó cuatro conocidos suyos, quienes no bebían menos vino que nosotros, y se hartaban de conejos y perdices en empauada. Hasta los galopines de cocina se daban sus alegrones, rapiñando cuanto podían. Yo creí estar en el puerto de arrebatapayas, y en una casa abandonada al pillage; pero era nada cuanto yo veía, en comparacion de lo que me quedaba que ver.

CAPÍTULO XV.

De los empleos que el Conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.

HABIENDO salido para hacer traer el equipage á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al Conde en la mesa con muchos Señores entre los cuales el Poeta Nuñez con aire desembarazado se hacia servir y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no decia una palabra que no complaciera á la compañía. ; Viva el entendimiento! El que lo goza puede hacer cuantos personajes quiera.

Por lo que á mí toca, comí con los criados

mayores, que fuéron tratados casi como el amo. Acabada la comida, me retiré á mi cuarto, en donde reflexionando sobre mi condicion, me dije á mí mismo : Muy bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un Conde Siciliano, cuyo carácter no conoces : si hemos de juzgar por las apariencias, estarás en su casa como el pez en el agua; pero no se debe apostar por nada, y la malignidad de tu estrella te ha hecho probar muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Ademas de esto ignoras el destino que quiere darte. Ya tiene secretario y mayordomo : ¿en que querrá que tú le sirvas? Al parecer intenta hacerte llevar el caduceo : sea enhorabuena. No podrias entrar con mejor pié en casa de un Señor, para hacer una fortuna rápida. Sirviendo en empleos mas honrosos se camina lentamente, y no siempre se consigue el fin.

Entre estas bellas reflexiones llegó un lacayo, y me dijo que todos los caballeros que habian comido en casa se habian ido, y que su Señoría me llamaba. Fuí volando á su aposento, en donde le encontré acostado sobre un sofá para dormir la siesta con su mono al lado. Acercate, Gil Blas, me dijo, toma una silla, y oyeme. Le obedecí, y me habló en estos términos : Me ha dicho Don Fabricio que entre otras cualidades tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á proponerte estes conmigo : yo ne-

cesito un criado que me tenga afecto, cuide de mis intereses, y ponga toda su atencion en conservar mis bienes; á la verdad soy rico, pero mis gastos superan todos los años á mis rentas. ¿Y por que? porque me roban, porque me saquean. En fin vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones: sospecho que mi mayordomo y mi repostero caminan de acuerdo; y si no me engaño, vé aquí mas de lo que se necesita para arruinarme enteramente. Me dirás que si los contemplo tan bribones, por que no los despido; ¿pero en donde he de encontrar otros que sean de mejor pasta? Es preciso contentarme con hacer que los observe una persona encargada de inspeccionar su conducta. A tí, Gil Blas, he elegido para esta comision. Si la evacuas bien, está asegurado de que no habrás servido á un ingrato. Cuidaré de establecerte en Sicilia muy ventajosamente.

Despues de haberme hablado de esta manera, me despidió, y desde aquella misma noche delante de todos los domésticos fuí proclamado superintendente de la casa. No fué por el pronto muy sensible esta determinacion al Mesinés y Napolitano, porque yo les parecia un picarillo de buena traza, y contaban con que partiendo conmigo la torta tendrian libertad de continuar su rumbo; pero el dia siguiente se encontraron muy chasqueados cuando les declaré que yo era enemigo de toda malversacion. Dije al mayor-

domo me diese una razon de las provisiones ; visité la bodega , registré lo que habia en la despensa , quiero decir , la vajilla y ropa de mesa ; despues les exhorté á conservar el caudal del amo , á usar de economía en el gasto , y acabé mi exhortacion , protestandoles que daria cuenta á su Señoría de todo lo malo que viera hacer en su casa.

No paré aquí : quise tener una espía para descubrir si habia alguna inteligencia entre ellos ; me dirigí á un marmiton que , engolosinado con mis promesas , me dijo que no podia haber elegido otro mas á propósito para saber lo que pasaba en casa : que el mayordomo y el repostero estaban aunados , y cada uno hurtaba por su parte ; que todos los dias estraviaban la mitad de las provisiones que se compraban para la casa ; que el Napolitano cuidaba de una dama que vivia enfrente del Colegio de Santo Tomás , y que el Mesinés cortejaba á otra en la puerta del Sol ; que estos dos señores hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda suerte de provisiones ; que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad , y que sirviendo de capa á los otros dos señores disponia tambien del vino de la bodega. Finalmente , que estos tres domésticos eran la causa del gasto tan horrible que se hacia en casa del Señor Conde. Si vmd. duda de mi narracion , añadió el marmiton ,

tomese vmd. el trabajo mañana por la mañana de estar á las siete cerca del Colegio de Santo Tomás. Vmd. me verá cargado con un ceston que le sacará de la duda. ¿Eres tú, le dije, el mandadero de estos galanes generosos? Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace las diligencias del mayordomo.

Este informe me pareció que merecia ser averiguado. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del Colegio de Santo Tomás á la hora señalada. No tuve que esperar mucho á mi espía; pues inmediatamente le ví llegar con un gran esportillo lleno de carne, aves y caza. Hice el inventario de las piezas, y puse en mi libro de memoria una relacion puntual de ellas; y despues de haber dicho al marmiton que cumpliera como de ordinario su comision, fui á manifestarlo á mi amo.

El Señor Siciliano, que era naturalmente vivo, quiso en el primer impulso despedir al Napolitano y al Mesinés; pero despues de haberlo reflexionado, se contentó con desconfiar enteramente del último, cuya plaza recayó en mí: por lo que mi empleo de superintendente se suprimió poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me dió pena. Hablando con propiedad, yo venia á ser una espía honrada, y mi empleo nada tenia de sólido, cuando siendo señor mayordomo tenia á mi dis-

posicion el dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado mas respetable en una casa grande, y puede hacer tanto en su administracion, que puede enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del Napolitano no dejó por eso sus malas mañas : observando que yo tenia un genio escrupuloso, que no dejaba de registrar todas las mañanas las provisiones que compraban, no las estraviaba; pero el pícaro continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de los sobrantes que de derecho le pertenecian, proporcionaba enviar la carne cocida á su pécora, ya que no cruda. El diablo nada perdía, y el Conde nada habia adelantado con tener por mayordomo al fénix de este empleo. La abundancia escesiva que ví reinar en las comidas me hizo adivinar esta nueva trampa, é inmediatamente puse en ello remedio, despojandolas de todo lo superfluo; lo que sin embargo hice con tanta prudencia, que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que siempre continuaba la misma profusion, y sin embargo no dejé por esta economía de disminuir considerablemente el gasto. Vé aquí lo que deseaba el amo; queria ahorrar sin parecer menos magnífico : su avaricia se subordinaba á su ostentacion.

No paráron aquí mis disposiciones, tambien

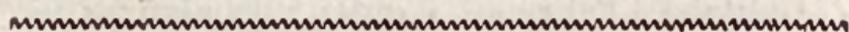
reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que habia tambien trampa. Efectivamente, si por ejemplo habia doce á la mesa de su Señoría, se bebian cincuenta, y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de admirarme. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie sospechaba de él. Me dijo que el desperdicio de que yo me quejaba, procedia de una nueva liga que se habia formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que daban de beber; que estos se llevaban las botellas casi llenas, y las partian despues entre los confederados. Reñí á los lacayos; les amenacé con que los despediria si volvian á cometer tal delito, y esto bastó para hacerles entrar en su deber. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacia en su utilidad; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Yo por mi parte recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios, haciendole ayuda de cocina. De este modo va ascendiendo un criado fiel en las buenas casas.

El Napolitano se llenaba de rabia al ver que siempre me tenia encima; y lo que le mortificaba mas cruelmente, era el tener que sufrir mis contradicciones siempre que me daba sus cuentas,

porque para quitarle el motivo de sisar me tomé el trabajo de ir á los mercados, é informarme del precio de los géneros, de suerte que le esperaba con esta prevencion; y como él no dejaba de querer remachar el clavo, yo le repelia vigorosamente: yo estaba muy persuadido á que me maldeciria cien veces al dia, pero el motivo de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé como podia resistir á mis pesquisas, ni como seguir sirviendo al Señor Siciliano. No hay duda que á pesar de todo esto él hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veia algunas veces, mis inauditas proezas económicas; pero le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios, me dijo un dia, que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinteres; pero, hablando aquí para los dos solos, creo que te tendria mas cuenta no estar tan obstinado con el mayordomo. ¿Pues que, le respondí, este ladron ha de tener el atrevimiento de poner en la lista del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que cuatro? ¿y quieres tú que pase este artículo? ¿Y por que no? replicó friamente. Que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas arregladas. A fé mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que para ser hombre de entendimiento te portas muy mal. Tú á la verdad echas á perder las casas, y tienes cara de servir mucho tiempo, pues

que no te chupas el dedo teniendolo en la miel. Sabe que la fortuna es semejante á aquellas majas vivas y ligeras á quienes no pueden fijar los galanes tímidos. Me reí de los discursos de Nuñez, quien á su turno hizo otro tanto, y quiso persuadirme á que aquello habia sido solo una chanza; se avergonzaba sin duda de haberme dado un mal consejo inútilmente. Continué siempre en la firme resolucion de ser fiel y zelozo, atreviendome á asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.



CAPÍTULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del Conde Galiano : de la pena que tuvo este Señor : como Gil Blas cayó enfermo , y las resultas de su enfermedad.

EL reposo que reinaba en la casa fué turbado estrañamente por un suceso que al lector le parecerá una bagatela , pero que no obstante vino á ser muy serio para los criados, y sobretodo para mí. Cupido, aquel mono de que tengo hablado, aquel animal á quien queria tanto el amo, al saltar un dia de una ventana á otra, tomó tan mal sus medidas que cayó al patio, y se dislocó una pierna. Apénas supo el Conde esta desgra-

cia, cuando principió á dar gritos como una muger; y con el exceso de su dolor, echando la culpa á sus criados sin escepcion de persona, en poco estuvo que no los echara á todos á la calle. No obstante limitó su furor, y se contentó con maldecir nuestro descuido, y darnos mil epítetos con palabras desmedidas. Inmediatamente hizo llamar á los cirujanos mas hábiles de Madrid para las roturas y dislocaciones de huesos. Visitáron la pierna del herido, repusieron el hueso en su lugar, y la vendáron; pero por mas que asegurasen que no era cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo dejase de retener uno de ellos para que asistiese al animal hasta la perfecta curacion.

Yo haria mal si dejara en silencio las penas y las inquietudes que tuvo el Señor Siciliano durante este tiempo. ¿Es creible que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente cuando se le curaba, y de noche se levantaba dos ó tres veces á verle. Lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados, y principalmente yo, siempre levantados, para estar prontos á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra, no tuvimos en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia, curada de su caida, volvió á sus rebotes y voltetas ordinarias. A vista de esto bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio, cuando dice que Caligula amaba tanto á

su caballo, que le dió una casa ricamente aderezada con oficiales para servirle, y que tambien queria hacerle Cónsul. Mi patron no estaba menos enamorado de su mono, y con gusto le hubiera hecho Corregidor.

Por desgracia mia yo habia superado á todos los criados para hacer mejor la corte al amo, y me habia agitado tanto con su Cupido, que caí enfermo. Me dió una fuerte calentura, y mi mal se agravó de modo que perdí el conocimiento. Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve agonizando. Solamente sé que mi juventud luchó tanto con la calentura, y aun puede ser con los remedios que me diéron, que al fin recobré mis sentidos. El primer uso que hice de ellos fué observar que estaba en una sala diferente de la mia: quise saber por que, y se lo pregunté á una vieja que me asistia; pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido espresamente. Cuando uno está bueno, ordinariamente se burla de estos doctores; pero, en estando malo, se somete dócilmente á sus recetas.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta, tomé el partido de callar: reflexionaba sobre esto, cuando entráron dos como petimetres muy desembarazados: llevaban vestidos de terciopelo con buenas vueltas guarnecidas de encajes; y asi me imaginé que eran algunos Señores, amigos de mi amo, los cuales por su respeto me ve-

nian á ver. En esta inteligencia me esforcé é incorporé, y por política me quité el gorro; pero mi guarda me volvió á tender á la larga, diciendome que aquellos Señores eran el médico y boticario de mi asistencia.

El doctor se acercó, me pulsó, miró atentamente mi rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion, tomó un aire triunfante, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que solo faltaba tomase una purga para acabar su obra, y que despues de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte, mandó escribir al boticario una receta que dictó, mirandose á un espejo, alisandose el pelo, y haciendo unas gesticulaciones de que no pude dejar de reirme, á pesar del estado en que me hallaba. Despues me saludó con una reverencia, y salió mas ocupado de su semblante que de las drogas que habia recetado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué á mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que se puede discurrir. Fuese porque temiese que la vieja no lo haria bien, ó sea para hacer mas preciosa su composicion, quiso obrar por sí mismo; pero, á pesar de su destreza, apénas me habia disparado la carga, cuando, sin saber como, la rechacé sobre el manipulante, poniendole el vestido de terciopelo como de perlas. Tuvo este accidente por adhehala del

oficio. Tomó una servilleta, se limpió sin decir palabra, y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas.

A la mañaua siguiente volvió vestido con mas modestia, aunque nada tenia que aventurar ya, y me trajo la medicina que el doctor habia ordenado la noche ántes. Me sentia por momentos mejor; pero, fuera de esto, habia cobrado tanta aversion desde el dia anterior á los médicos y boticarios, que maldecia hasta las Univer-sidades en donde estos Señores reciben la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion declaré con juramento que no queria mas remedios, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario, á quien maldita de Dios la cosa se le daba que yo diera el destino que quisiera á su composicion, con tal que se le pagase, la dejó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebage, contra el cual estaba tan fuertemente prevenido que habria creido bebia veneno, si lo hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dije con un tono firme á la que me cuidaba, que lo que absolutamente pretendia era me diese noticias de mi amo. La vieja que creia escitar en mí una alteracion peligrosa si me satisfacía, ó que por el contrario si dejaba de hacerlo irritaria mi mal, se detuvo un poco; pero la insté con

tanta viveza , que al fin me respondió : Caballero , vmd. no tiene mas amo que á vmd. mismo. El Conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increíble lo que oia ; pero nada era mas cierto. Este Señor , desde el segundo dia de mi enfermedad temiendo que muriere en su casa, habia tenido la bondad de hacerme trasladar con lo poco que tenia á una posada, en donde me habia abandonado sin mas ni mas á la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo recibió orden de la Corte, que le obligó á volverse á Sicilia ; y salió con tanta precipitacion que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos , ó ya porque las personas de calidad suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta me lo contó todo , y me dijo que ella era la que habia buscado médico y boticario, para que no pereciese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ; A Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia ! ; á Dios mis mas dulces esperanzas ! Cuando os suceda alguna gran desgracia , dice un Papa , examinaos bien , y encontraréis que siempre habeis tenido alguna parte de culpa. Con perdon de este Santo Padre , no puedo descubrir en que hubiese yo contribuido á mi desgracia en aquella ocasion.

Cuando ví desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza , lo pri-

mero que se me previno fué mi balija , que hice traer á mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré : ; Ay de mí ! ; mi amada balija , exclamé , único consuelo mio ! á lo que veo , has estado á la merced de manos ajenas. No , no , Señor Gil Blas , me dijo entónces la vieja ; asegurese vmd. , que nada se le ha quitado. He guardado su maleta lo mismo que mi honra.

Encontré el vestido que llevaba cuando me recibió en su servicio el Conde ; pero busqué en vano el que me habia mandado hacer el Mesínés. Mi amo no habia tenido por conveniente dejarmelo , ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo demas estaba allí , y tambien una gran bolsa de cuero donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces , porque no hallando mas que cincuenta doblones , no creí la primera quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que tenia en ella ántes de mi enfermedad. ¿ Que significa esto , mi buena madre , dije á mi asistenta ? mi caudal se ha disminuido mucho. Nadie ha llegado á él , respondió la vieja , y he gastado lo menos que me ha sido posible ; pero las enfermedades cuestan mucho : es necesario estar siempre dando dinero. Vea vmd. , añadió la buena económica sacando de su bolsillo un legajo de papeles , vea vmd. un estado del gasto tan cabal como el oro , y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la cuenta que tenia muy bien sus quince ó veinte hojas. ; Misericordia de Dios !

¿cuantas gallinas se habian comprado mientras yo estaba sin conocimiento! Solamente en caldos ascenderia la suma por lo menos á doce doblones. Los otros artículos eran correspondientes á este. No es decible lo que habia gastado en leña, en luz, en agua, en escobas, etc. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas á treinta doblones, y por consiguiente debian quedar todavía doscientos y treinta. Dijeselo; pero la vieja con mucha ingenuidad principió á poner por testigos á todos los Santos de como no tenia la bolsa mas que ochenta doblones, cuando el mayordomo del Conde la habia dado mi maleta. ¿Que dice vmd., abuela mia? la interrumpí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á vmd. mi ropa? El fué realmente, respondió ella. Por mas señas que al darmela me dijo: Tome vmd., buena madre; cuando el Señor Gil Blas esté frito en aceite, no deje vmd. de obsequiarle con un buen entierro. En esta maleta hay con que hacerle los funerales.

¿Ah, maldito Napolitano! exclamé entónces. Ya no necesito saber en donde está el dinero que me falta. Tú lo has quitado para recompensarte de lo que te he impedido hurtases. Despues de este apóstrofe dí gracias al Cielo de que el bribon no se lo hubiese llevado todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para atribuirle el hurto, no dejaba de sospechar que mi ama

podia haberlo hecho. Mis sospechas tan presto recaian en el uno como en el otro; pero para mí siempre era lo mismo. Nada dije á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre los artículos de su larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo á pagarla y despedirla tres dias despues.

Me imagino que al salir de mi casa fué á dar aviso al boticario de como me dejaba, y que estaba demasiado firme para tomar las de villadiego sin pagarle, porque le ví venir de allí á poco, que apénas podia echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia propinado cuando estaba sin sentido, con unos nombres que yo no entendí aunque habia sido Médico. Esta relacion se podia llamar propiamente cuentas de boticario: por tanto, cuando llegámos á la paga, altercámos bastante, yo pretendiendo que rebajase la mitad, y él jurando que no bajaria la mitad de una blanca; pero considerando al fin el boticario que las tenia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á buen partido contentarse con lo que le ofrecia, es decir, con tres partes mas de lo que valian sus composiciones, por no esponerse á perderlo todo. Con bastante rabia le aflojé los dineros, y se retiró bien vengado de la desazoncilla que le dí el dia de la lavativa.

El Médico llegó casi al punto , porque estos animales van siempre uno tras del otro. Rebajé sus visitas que habian sido frecuentes , y le dejé gustoso. Para probarme que habia ganado bien su dinero , ántes de retirarse me refirió por menudo las mortales consecuencias que habia prevenido en mi enfermedad , lo cual hizo con muy bellos términos y un aire agradable ; pero nada comprendí de cuanto dijo. Luego que me deshice de él , me creí libre de todos los ministros de las Parcas. Me engañaba : todavía entró un cirujano á quien en mi vida habia visto. Me saludó muy cortesmente , y manifestó mucho gusto de verme fuera del peligro en que habia estado , atribuyendo este beneficio , decia él , á dos sangrías abundantes que me habia hecho , y á las ventosas que habia tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que arrancarme todavía : era preciso que tambien escupiese en la vacia del cirujano. Despues de tantas evacuaciones , se encontró mi bolsa tan débil , que podríamos decir era un cuerpo arruinado : tan poco era el húmedo radical que le quedaba.

Al verme otra vez en tan miserable situacion principié á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado tanto á las comodidades de la vida , que no podia , como en otras ocasiones , mirar la indigencia como un filósofo Cínico. A la verdad no debia entristecerme , teniendo repetidas esperiencias de que

*

la fortuna apenas me derribaba, cuando me volvía á levantar: ántes debí mirar mi desgraciado estado como una ocasion próxima de prosperidad.

FIN DEL LIBRO VII.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitude del Conde Galiano. Historia de Don Valerio de Luna.

COMO no habia oido hablar de Nuñez en todo este tiempo, creí estaria en alguna casa de campo. Luego que pude caminar, salí para visitarle, y supe en efecto que habia tres semanas que estaba en Andalucía con el Duque de Mediana-dionis.

Al despertarme una mañana, se me vino á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ver á su sobrino si volvia á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa, en el mismo dia me informé de la casa de Don Baltasar de Gunaci, y pasé á ella. Pregunté por el Señor Josef Navarro, quien salió de allí á poco: habiendole saludado y díchole quien era, me recibió con un aire político, pero frio: de suerte que no podia conciliar aquel recibimiento con el retrato que se me habia hecho de este oficial primero. Me retiraba ya resuelto

á no volver á hacerle otra visita, cuando habiendo tomado de un golpe un aire desembarazado y risueño, me dijo con mucha vivacidad: ; Ah ! Señor Gil Blas de Santillana, hagame vmd. el favor de perdonar por el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no me haya mostrado segun la prevencion que tengo á favor de vmd. ; se me había olvidado su nombre, y como hace ya mas de cuatro meses que recibí la carta de Granada en que me recomendaban un caballero, ya no pensaba en tal sugeto.

Se arrojó á mi cuello y me abrazó transportado : Mi tio Melchor, me dijo, á quien amo y venero como á mi propio padre, me manda que si por acaso tengo el honor de ver á vmd., le trate del mismo modo que si fuera vmd. su hijo, y emplee, si fuese necesario, mi crédito y el de mis amigos en obsequio de vmd. Me hace el elogio del corazon y entendimiento de vmd. en tales términos, que aun cuando no mediaria su recomendacion me empeñaria en servirle. Míreme vmd. pues, le suplico, como á un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado todo el afecto que profesa á vmd.; seamos pues amigos.

A la política de Josef respondí con el reconocimiento debido, y en la hora misma contrajimos una estrecha union, siendo ámbos vivos y sinceros. No tuve reparo en contarle mi triste

condicion, y apénas la oyó cuando me dijo : Quedo con el cuidado de acomodar á vmd., y entretanto no deje vmd. de venir á comer conmigo todos los dias, que tendrá mejor comida que en su posada.

La oferta lisonjeaba mucho á un convaleciente sin dinero y enseñado á buenos bocados, para hacerse de rogar : la acepté, y me rehice tanto en aquella casa, que á los quince dias mi cara era de Monge Gerónimo. Me parece que el sobrino de Melchor hacia su agosto en forma ; ¿pero como no hacerlo ? él tenia tres cuerdas en su arco ; á un mismo tiempo era repostero, oficial primero, y despensero. Ademas, dejando á un lado nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo de la casa iban á una para hacer su negocio.

Ya estaba perfectamente restablecido, cuando habiendome visto mi amigo Josef llegar á casa de Gunaci para comer allí, segun mi costumbre, me dijo con alegría : Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno : sepa vmd. que el Duque de Melar, primer Ministro de España, necesitando entregarse enteramente al despacho de los negocios de Estado, se vé precisado á confiar los suyos á otros ; para recaudar sus rentas ha escogido á Don Diego Monteser, y ha encargado el cuidado del gasto de su casa al Baron de Roncal : estos dos confidentes ejercen su empleo con una autoridad

absoluta, y sin depender el uno del otro. Don Diego tiene de ordinario dos administradores que hacen las cobranzas; y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos, fuí á pedir su plaza para vmd. El Señor de Montesper que me conoce, y de quien puedo lisonjearme soy amado, me ha dado el sí sin dificultad, por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de vmd., y en esta misma siesta hemos de ir á su casa.

No dejámos de hacerlo así; fui recibido con agrado, y puesto en el empleo del administrador que habia sido despedido. Este consistia en visitar nuestras heredades, repararlas, cobrar sus arrendamientos; y en una palabra, era mi incumbencia cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á Don Diego, quien, á pesar de los buenos oficios de mi amigo, las examinaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria, porque aunque mi rectitud habia sido tan mal pagada en casa de mi último amo, estaba resuelto á conservarla siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Melar, y que se habia hecho cenizas mas de la mitad: inmediatamente pasé á ella para reconocer el daño. Habiendome informado con exactitud de las circunstancias del incendio, formé una amplia relacion que Montesper manifestó al Duque de Melar. El Ministro,

en medio de su desazon con tan mala nueva, admiró la relacion, y preguntó quien era el autor. Don Diego no se contentó con decirselo, sino que le habló tan ventajosamente de mí, que tres meses despues se acordó S. E. con la ocasion de una historia que voy á contar, y sin la cual puede ser que jamas hubiera yo logrado empleo en la Corte, y es como se sigue.

En la calle de las Infantas vivia entónces una dama anciana, llamada Inesilla de Cantarilla; no se sabia á la verdad su origen: unos decian era hija de un guitarrero, y otros de un caballero del órden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona prodigiosa, pues la naturaleza la habia dado el singular privilegio de encantar á los hombres por toda su vida, que era ya de quince lustros. Habia sido el ídolo de los Señores de la Corte antigua, y se veia adorada de los de la nueva: el tiempo, que no reserva la hermosura, se ejercitaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, sí, pero no la podia impedir que agradase. Un aire de nobleza, un entendimiento embelesador con mil gracias naturales la hacian escitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, mozo de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del Duque de Melar, vió á Inesilla, y se enamoró de ella: se declaró, hizo el apasionado, y persiguió su caza con toda la furia que el amor y la juventud pue-

den inspirar. La Señora, que tenia sus razones para no querer condescender con sus deseos, no sabia que hacerse para moderarlos: no obstante creyó un dia haber encontrado arbitrio para ello; hizo que pasase el jóven á su gabinete, y allí le enseñó un relox que estaba sobre una mesa: ¿ Ves, le dijo, la hora que es? Pues hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fé que me sentarian bien las galanterías en esta edad. Volved, hijo mio, en vos mismo: ahogad esos sentimientos que ni á mí ni á vos convienen. A este sensato discurso, el caballero, que no conocia la autoridad de la razon, respondió á la Señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban: Cruel Ines, ¿ por que recurris á estas frívolas mañas? ¿ Pensais que puedan hacer os otra á mis ojos? No os lisonjeeis de una tan falsa esperanza; ya seais tal cual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Está bien, repitió ella, pues que tan tercamente quereis continuar en vuestra pretension, de aquí adelante hallaréis cerrada mi puerta; y asi os prohibo y os mando que jamas parezcáis delante de mí.

¿ Creeréis acaso que desconcertado Don Valerio con lo que acababa de oír, se hubiese retirado cortesmente? pues todo lo contrario; ántes bien se hizo mas importuno. El amor hace en los amantes el mismo efecto que el vino en

los borrachos: suplicó, suspiró, y pasando prontamente de los ruegos á la violencia, quiso lograr por fuerza lo que no podia obtener de grado; pero despidiendole animosamente la Señora, le dijo irritada: Detente, temerario, yo refrenaré tu loco amor; sabe que eres mi hijo.

Aturdido Don Valerio con estas palabras, suspendió su violencia; pero discurriendo que Inesilla decia aquello para librarse de sus solicitudes, la respondiò: ¿Inventais esa fábula para escaparos de mis deseos? No, no, interrumpió ella: te descubro un secreto que siempre hubiera tenido oculto, si no me hubieras reducido á la necesidad de revelartelo. Veinte y seis años hace que amaba á Don Pedro de Luna, tu padre, que era entónces Gobernador de Segovia; tú has sido el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas propiedades le estimuláron á dejarte caudal. Yo por mi parte no te he abandonado; luego que te ví ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modales delicados que son tan necesarios en un galan, y que solo las mugeres pueden enseñar á los jóvenes; mas he hecho: todo mi crédito lo he empleado para ponerte en casa del primer Ministro; en fin, me he interesado por tí como por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tu cariño, y mirarme solo como á ma-

dre , no te apartaré de mi presencia , y te amaré tan tiernamente como hasta aquí ; pero si no has de poder hacerte este esfuerzo que pide la razon y la naturaleza , desde este punto librame del horror de verte.

Miéntras hablaba Inesilla de esta suerte , guardaba Don Valerio un triste silencio : nadie hubiera dicho sino que escogia la virtud para vencerse á sí mismo ; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio , y preparaba á su madre un espectáculo muy diferente : siendo insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad , se rindió cobardemente á la desesperacion ; sacó su espada , y se pasó con ella. Se castigó como otro Edipo , con la diferencia de que al Tebano le cegó la rabia de haber consumado el delito ; pero al contrario el Castellano se traspasó de dolor por no haberlo podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante : tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al Cielo perdon de su delito. Como por su muerte quedó vacante el empleo de Secretario en casa del Duque de Melar , este Ministro que no habia olvidado la relacion que escribí del incendio , ni el elogio que de mí se le habia hecho , me eligió para que ocupase el lugar de este jóven.

CAPÍTULO II.

Gil Blas es presentado al Duque de Melar, quien le recibe en el número de sus secretarios. Este ministro le ocupa, y queda agradado de su trabajo.

MONTESER me anunció esta agradable nueva diciendome : Amigo Gil Blas , siento os aparteis de mí , pero os estimo , y no puedo menos de alegrarme seais sucesor de Don Valerio. Haréis fortuna si seguis los dos consejos que os daré : el primero , que os mostreis tan amante de S. E. que juzgue le sois apasionado ; y el segundo , que cortejeis mucho al Baron de Roncal , porque este hombre maneja el espíritu de su amo como una cera blanda. Si teneis la dicha de agradar á este Secretario favorito , alcanzaréis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus buenos consejos , y le dije : Hagame vmd. el favor de instruirme del carácter del Baron. He oido decir que es un sugeto nada bueno ; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios , no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que se hallan en candelerero. Por tanto yo ruego á vmd. me diga lo que piensa del Señor de Roncal. Asunto es delicado , me respondió el

superintendente con una risa maligna : á cualquiera otro diria sin detenerme , que es un hidalgo honrado de quien nada malo se podia decir ; pero con vos quiero ser franco , porque , ademas de que conozco vuestra prudencia , estoy obligado á hablaros claramente , pues os he avisado que debíais tratarle con maña . Si me portara de otro modo , os favoreceria á medias .

Ya sabeis que el Baron de Roncal era un simple criado de S. E. cuando todavía no era este mas que Don Francisco de Onvaldas , y que por grados ha llegado á ser su secretario . No se ha visto jamas hombre mas vano ; se cree un colega del Duque de Melar , y en efecto bien puede decirse que parte con el primer Ministro su autoridad , pues da gobiernos y empleos á quien le parece ; el pueblo murmura , pero él no hace caso : con tal que saque lo que llamamos para guantes , cuida muy poco de la censura pública . Por lo que acabo de decir , conoceréis como debéis portaros con un hombre tan orgulloso . ¡ O ! bien está , dejeme vmd. á mí : muy mal han de andar las cosas para que no me estime ; cuando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar , es preciso ser poco diestro para no conseguirlo . Siendo asi , dijo Monteser , vamos , que voy á presentaros en la hora al Duque de Melar .

Al instante pasámos á casa del Ministro , á quien encontrámos dando audiencia en una gran

sala, en donde habia mas gente que en Palacio. Allí ví Comendadores y Caballeros de Santiago y de Calatrava, que solicitaban gobiernos y virreinos; Obispos, que siendo sus diócesis contrarias á su salud, querian les hiciesen Arzobispos, nada mas que para mudar de aires; y tambien muy buenos Religiosos que pedian con toda humildad mitras: ví tambien Oficiales reformados haciendo el mismo papel que el Capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el Duque no satisfacía á los deseos de todos, recibia á lo menos agradablemente sus memoriales, y advertí que respondia muy cortesmente á los que le hablaban.

Esperámos con paciencia que despachara á todos los pretendientes. Entónces Don Diego le dijo: Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de Don Valerio. Miróme el Duque, y me dijo con mucho agrado, que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su gabinete para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mis talentos por la conversacion. Quiso saber quien era, y la historia de mi vida, exigiendo de mí una narracion sincera de ella. ¡Que relacion tan particular la que se me pedia! Mentir á un Ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantas cosas que podian mortificar mi vanidad, que no podia resolverme á hacer

una confesion general. ¿Y como salir de este embarazo? Tomé el partido de disimular la verdad en los puntos en que me hubiera avergonzado de haberla dicho desnuda; pero á pesar de todo mi artificio no dejó de percibirla. Señor de Santillana, me dijo sonriendose al fin de mi narracion, á lo que veo, vmd. ha sido un poco pícaro. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado que sea sincero, y le he obedecido. Yo te lo apruebo, replicó: veo, hijo mio, que te has librado de los peligros á poca costa; extraño que el mal ejemplo no te haya perdido enteramente. ¿Cuantos hombres de bien se pervertirian, si la fortuna los pusiera á tales pruebas!

Amigo Santillana, continuó el Ministro, no te acuerdes mas de lo pasado, piensa solamente que perteneces al Rey, y que te has de ocupar ya en su servicio. Sigüeme, que voy á decirte cuales han de ser tus ocupaciones. A estas palabras el Duque me llevó á un gabinetillo inmediato al suyo, en donde tenia sobre varios estantes una veintena de registros en folio muy gruesos. Aquí has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los Reinos y Principados de la Monarquía Española. Cada libro contiene por orden alfabético en compendio la historia de todos los hidalgos del Reino, en la cual se especifican los servicios que ellos

y sus antepasados han hecho al Estado, como tambien los lances de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes, costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas cualidades: de modo que cuando piden algunas gracias, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo asalariados en todas partes, que procuran averiguarlo é instruirme, enviandome sus informes; pero como vienen tan difusos y llenos de espresiones provinciales, es necesario compilarlos y pulir la diction, porque el Rey hace algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él.

Diciendo esto sacó de una gran cartera llena de papeles un informe que me alargó. Salió de mi gabinete para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el sumario, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien muy apasionado. Su autor era no obstante un Fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, desgarraba sin misericordia á una buena familia Catalana; y sabe Dios si diria la verdad. Me pareció leia un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia: no obstante, aunque recién ido á la Corte pasé por alto el mal ó bien obrar del Religioso; y dejando á su cargo

toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar con bellas frases castellanas á dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto cuatro ó cinco páginas, cuando el Duque deseoso de saber que tal lo hacia, volvió y me dijo: Santillana, enseñame lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo puso la vista sobre mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al verlo que le gusto. Aunque estaba tan prevenido en tu favor, me dijo, te confieso que has superado mi espectacion. No solamente escribes con toda la limpieza y perfeccion que quiero, sino que todavía encuentro tu estilo ligero y festivo. Bien me justificas de la eleccion que he hecho de tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El Ministro no hubiera limitado á esto mi elogio, si no hubiera venido su sobrino el Conde de Sumel á interrumpirle cuando hablaba estas palabras. S. E. le abrazó muchas veces, y le recibió de un modo que me dió á entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para hablar en secreto de un negocio de familia de que luego hablaré, y del que estaba el Duque entónces mas ocupado que de los del Rey.

Miéntas estaban encerrados, oi las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dejaban á esta hora el bufete para ir á comer á donde querian, dejé en aquel estado mi ensayo, y salí para ir, no á casa de Monteser,

porque ya me habia pagado mis salarios y despedido de él , sino á la mas famosa hostería del barrio de Palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. Piensa que sirves al Rey : estas palabras que el Duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memoria, y eran otras tantas simientes de ambicion que fermentaban por momentos en mi ánimo.

CAPÍTULO III.

Sabe que su empleo no deja de tener desazones : de la inquietud que le causó esta nueva , y la conducta que se vió obligado á guardar.

AL entrar tuve gran cuidado de instruir al hosterero de que era yo un secretario del primer Ministro, y como tal no sabia que elegir para comer. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y asi le dije me diese lo que gustase. Me regaló muy bien, y me hizo servir como á persona de consideracion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar arrojé sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la cuarta parte, saliendo de la hostería con gravedad, sacando el pecho en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A los veinte pasos habia una gran posada en

donde de ordinario se hospedaban Señores extranjeros. Alquilé un aposento de cinco ó seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Despues de esto volví á mi tarea, y ocupé toda la siesta en continuar lo que habia comenzado por la mañana. En un gabinete inmediato al mio estaban otros dos secretarios; pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo Duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de ellos, y para ganar mejor su amistad, los llevé á casa de mi hosterero, en donde les dispuse los mejores platos que ofrecia la estacion, y los vinos mas delicados y estimados en España.

Sentámonos á la mesa, y principiámos á conversar con mas alegría que entendimiento, porque sin hacer agravio á mis convidados percibí fácilmente que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban. Eran hábiles á la verdad en hacer bellas letras redondas y bastardillas, pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

En recompensa sabian maravillosamente lo que les tenia cuenta, y me diéron á entender que no estaban tan satisfechos de su acomodo en casa del primer Ministro, que no pudiesen quejarse de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos pagan

el sueldo, y lo peor es que ni aun está arreglado : no sabemos sobre que pié servimos. Por lo que á mí toca, decía el otro, me contentaría con recibir veinte zurriagazos en lugar de salario, con tal que me dejaran la libertad de tomar otro destino; porque, despues de las cosas secretas que he escrito, no me atreveré á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. No seria mucho el que fuera á ver la torre de Segovia, ó el castillo de Alicante.

¿Pues de que se mantienen vnds., les dije yo? ¿vnds. al parecer tienen hacienda? Muy poca, me respondiéron; pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada, que les fiaba y daba de comer á cada uno por cien doblones al año. Todos estos discursos, de los cuales no perdí palabra, abatiéron en la hora mis humos altaneros. Me figuré que sin duda alguna no se me tendria mas atencion que á los otros, y por consiguiente no debia estar tan contento con mi empleo, que era menos sólido de lo que creia, y que en fin debia economizar mucho el bolsillo. Estas reflexiones me sanáron de la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á aquellos secretarios, y á desear se acabase la comida; y cuando se llegó á la cuenta, tuve una disputa con el figonero sobre el escote.

Nos separámos á media noche, porque no quise precisarlos á que bebieran mas. Ellos se

fuéron á casa de su viuda , y yo me retiré á mi soberbio aposento, lleno de rabia porque lo habia alquilado , y prometiendo de veras dejarlo al fin del mes. Por mas que me acosté en una buena cama, la inquietud me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en meditar los medios de no trabajar de balde, y me apliqué á seguir el consejo de Monteser. Me levanté con la resolucion de ir á cumplimentar al Baron de Roncal; estaba en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan orgulloso, conociendo que lo necesitaba. Fui pues á casa de este secretario.

Su habitacion se comunicaba con la del Duque de Melar, y la igualaba en magnificencia. No era fácil distinguir por los muebles y adornos al amo del criado; hice diesen recado que estaba allí el sucesor de Don Valerio, lo que no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga vmd. paciencia, si gusta. A vmd. le harán morder del ajo, ántes que vmd. lo haga morder á otros.

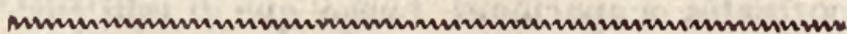
Al fin se abrió la puerta de la sala, entré, y me acerqué al Señor Baron que acababa de escribir á su hermosa Sirena, y daba el papel á Perico. Ni cuando me presenté al Arzobispo de Granada, ni al Conde Galiano, ni al primer Ministro, entré con tanto respeto como en la presencia del Señor de Roncal; le saludé ba-

jando la cabeza hasta el suelo, y pidiendole su proteccion en términos, que me lleno de vergüenza cuando me acuerdo. Otro menos vano se hubiera enfadado de mi bajeza; pero á él le agradáron mis sumisiones, y me respondió con mucha cortesía que no dejaria pasar ocasion alguna en que me pudiera hacer bien.

Díle gracias con grandes demostraciones de zelo por la inclinacion favorable que me manifestaba, asegurandole de mi eterna ley. Despues, temiendo incomodarle, salí suplicandole me perdonase si le habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que dí este paso tan indigno, me retiré á mi bufete, en donde acabé la obra que se me habia encargado. El Duque no dejó de entrar por la mañana, y quedando no menos contento del fin de mi trabajo que del principio, me dijo: Esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico sacado del registro de Cataluña: despues de lo cual tomarás de la bolsa otra memoria que pondrás en orden del mismo modo. Tuve una conversacion demasiado larga con S. E., cuyo modo dulce y familiar me encantaba. ¡ Que diferencia entre él y Roncal! eran dos genios enteramente contrarios.

Este dia comí en una hostería, en donde se comia por un precio justo, y resolví ir de incógnito todos los dias, hasta ver el efecto que producian mis complacencias y sumisiones. A

lo mas tenia dinero para tres meses : este tiempo me dí de término para trabajar á espensas de quien perteneciera , proponiendome , siendo las foliaturas mas cortas las mejores , abandonar , pasado este término , la Corte y su oropel , si no me daban salario. Dispuesto asi mi plan , nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al Baron de Roncal ; pero hizo tan poco caso de mí , que perdí la esperanza. Mudé de conducta , cesé de hacerle la corte , y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que tenia con el Duque.



CAPÍTULO IV.

Gil Blas consigue el favor del Duque de Melar , quien le confia un secreto de importancia.

Las visitas que S. E. hacia á mi mesa todos los dias eran entrada por salida ; sin embargo pude ganarle insensiblemente la voluntad , y tanto que me dijo una siesta : Escucha , Gil Blas , sabe que me ha agradado tu genio , y que te tengo amor. Tú eres un mozo zeloso , fiel , muy inteligente y callado ; me parece que no erraré si te doy mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus piés , y despues de haberle besado respetuosamente una mano que me alargó para levantarme , le dije : ¡ Es posible que se digue V. E.

de honrarme con tan gran favor ! ; cuantos enemigos secretos me van á hacer vuestras bondades ! Pero solo temo el aborrecimiento de uno, que es el Baron. Nada tienes que temer de él, respondió el Duque ; conozcole desde su niñez, me ha amado, y puedo decir que sus pensamientos son tan conformes á los míos, que quiere lo que quiero, y aborrece lo que me desagrada. En lugar de temer te tenga aversion, debes al contrario contar con su amistad. Con esto conocí cuan astuto era el Señor de Roncal, y como se habia apoderado del corazon de S. E., y quanto debia precaverme de él.

Para principiar, prosiguió el Duque, á darte mi confianza, quiero descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él, para que procures desempeñar las comisiones que te encargaré en adelante. Hace mucho tiempo que mi autoridad se respeta generalmente : mis decisiones se siguen con ceguedad, y dispongo á mi antojo de los encargos, empleos, gobiernos, vireinatos y beneficios ; en una palabra, reino en España. Mi fortuna no puede subir mas, pero quisiera ponerla al abrigo de las tempestades que empiezan á amenazarla ; y para este efecto me alegrara me sucediese en el ministerio el Conde de Sumel, mi sobrino.

Habiendo notado el Ministro que este punto de su discurso me habia sorprendido en estremo, me dijo : Conozco bien, Santillana, co-

nozco bien lo que te admira. Te parece muy extraño que prefiera mi sobrino al Duque de Duzae, mi propio hijo; pero sabe que este es de un entendimiento muy limitado para ocupar mi empleo, y además es mi enemigo. No puedo sufrir que haya encontrado el secreto de agradar al Rey, y que este quiera hacerle su privado. El favor de un Soberano es semejante á la posesion de una muger á quien se adora: de esta clase de felicidad es uno tan zeloso, que no puede resolverse á partirla con un rival, por mas que le unan á él los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, el fondo de mi corazon: he procurado ya desconceptuar en el ánimo del Rey al Duque de Duzae, y no habiendo podido conseguirlo, he puesto otra batería: quiero que el Conde de Sumel se insinue por su parte con el Príncipe, y adquiera su estimacion. Siendo Gentilhombre de cámara con destino á su cuarto, tiene ocasion de hablarle cada instante; y además de que tiene entendimiento, sé yo un medio de hacerle salir con su empresa. Con esta estratagemata opondré mi sobrino á mi hijo; suscitaré entre los primos una division que les obligará á buscar mi apoyo, cuya necesidad hará me esten ámbos sumisos: vé aquí mi proyecto, añadió, y tu mediacion no me será inútil. Irás al Conde de Sumel de mi parte secretamente, y me dirás de la suya lo que quiera participarme.

Despues de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, ya no tuve inquietud. En fin, decia yo, véme aquí bajo de una gotera de donde va á caer sobre mí una lluvia de oro, porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la Monarquía de España no esté bien presto colmado de riquezas. Lleno de tan dulce esperanza, veia con indiferencia agotarse mi pobre bolsa.

CAPÍTULO V.

En donde se verá á Gil Blas colmado de gusto, honor y miseria.

BIEN presto se conoció la inclinacion que el Ministro me tenia : él mismo lo daba á entender de propósito, entregandome la bolsa de los papeles que acostumbraba ántes llevar S. E. mismo cuando iba al Consejo. Esta novedad dió ocasion para que me mirasen como un particular privado, escitó la envidia de muchos, y me ocasionó bastantes besamanos en la Corte. Los dos oficiales mis vecinos no fuéron los últimos que me cumplimentáron sobre mi próxima grandeza, y me convidáron á cenar en casa de su viuda, no tanto por via de represalia, como con el objeto de obligarme á que les sirviese en lo sucesivo. Por todas partes me festejaban; y hasta el orgulloso Roncal mudó de estilo con-

★

migo. Ya me daba el nombre de Señor de Santillana, cuando hasta entónces me habia tratado siempre de Vos, sin haberse servido jamas de la voz de vmd. : me hacia mil cortesías, sobretudo cuando pensaba que nuestro patron podia notarlo; pero os aseguro que no trataba con ningun tonto; correspondí á sus cumplimientos con tanta mas politica quanto mas era el aborrecimiento que le tenia : no se hubiera portado mejor un cortesano rancio.

Tambien acompañaba al Duque mi Señor, cuando iba á Palacio, que por lo regular era tres veces al dia : por la mañana entraba en el cuarto de S. M. cuando se despertaba, se ponía de rodillas junto á la cabecera, trataba de las cosas que habia de hacer en el dia, y le dictaba las que habia de decir; despues se retiraba: luego que habia comido, volvía, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres; le contaba todas las aventuras gustosas que sucedian en Madrid, de las cuales era siempre el primero que las sabia, porque tenia personas asalariadas para este efecto; y en fin volvía á la noche por la tercera vez á ver al Rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia de ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Miétras estaba con S. M. yo me quedaba en la antesala, en donde habia personas distinguidas que buscaban el favor de la Corte, los que procuraban mi conversacion,

y se gloriaban de que yo quisiera mantenerse. En vista de esto, ¿ como podria yo no creerme hombre de consecuencia? Muchos hay en la Corte que con menos motivo se juzgan tales.

Un dia tuve motivo de mayor vanidad. El Rey, á quien el Duque habia hablado muy ventajosamente de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver un rasgo de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, me llevó á presencia del Monarca, y me mandó leyese la primera memoria que habia compilado. Si la presencia del Príncipe me turbó al principio, la del Ministro me sosegó inmediatamente, y leí mi obra que S. M. oyó con gusto: este tuvo la bondad de manifestar que le habia agradado, y aun de encargar á su Ministro cuidase de mi fortuna. Esto nada disminuyó el orgullo que ya tenia, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el Conde de Sumel acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Busqué un dia á este Señor de parte de su tio en el cuarto del Príncipe, y le presenté una carta credencial, por la cual el Duque le aseguraba podia hablarme con satisfaccion, como que estaba enterado del asunto que traian entre manos, y destinado para mensagero de ámbos. El Conde, despues de haberme leído la esquila, me condujo á una sala en donde nos encerrámos solos, y me tuvo este discurso: Pues que vuid. ha logrado la confianza del Duque de Melar, no

dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á vmd. depositario de la mia. Vmd. sabrá pues que las cosas van grandemente: el Príncipe de España me distingue entre todos los Señores que le sirven, y que no piensan mas que en agradarle. Esta mañana he tenido una conversacion particular con S. A., en la cual he observado que está disgustado de verse por la avaricia del Rey sin facultades para seguir los movimientos de su generoso corazon, como ni de hacer aun el gasto conveniente á un Príncipe. Yo he manifestado quanto lo sentia; y habiendome aprovechado de la ocasion, he ofrecido llevarle mañana, cuando se levante, mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré incesantemente: mi promesa le ha dado mucho gusto, y estoy cierto de captar su benevolencia si se la cumplo. Id, añadió, y decid todas estas circunstancias á mi tio, y volved esta tarde á decirme su dictámen.

Luego que concluyó, me despedí del Conde, y pasé á dar parte al Duque de Melar, quien, oido mi recado, hizo al otro Secretario me diese mil doblones, que llevé aquella noche al Conde, diciendo entre mí: Bueno, bueno, ahora considero qual es el medio infalible de que se vale el Ministro para salir con su empresa: pardiez, que tiene razon, y segun todas las apariencias estas prodigalidades no le arruinarán; fácilmente adivino de que cofre sacó estos bellos do-

blones; pero sobretodo, ¿ no es razon que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del Conde de Sumel, me dijo en voz baja: A Dios, nuestro amado confidente; el Príncipe de España tiene alguna inclinacion á las damas, y es necesario que tú y yo tratemos de esto en la primera ocasion. Yo preveo que muy presto necesitare tu asistencia. Me retire reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿ Que diablos es esto? decia yo: véme aquí próximo á ser el Mercurio del heredero de la Monarquía. Yo no examinaba si era bueno ó malo: la calidad del galan aturdia mi conciencia. ¿ Que gloria para mí ser Ministro de los placeres de un gran Príncipe! ¿ O! poco á poco, Señor Gil Blas, se me dirá, vmd. no era mas que un Ministro subalterno: convengo en ello, pero en el fondo estos dos empleos son de un mismo honor; solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantandome mas de dia en dia en la gracia del primer Ministro, y con unas esperanzas tan bellas, ¿ que feliz no habria yo sido, si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya habia mas de dos meses que habia dejado mi aposento magnífico, y que ocupaba un cuarto pequeño en una posada de las mas infelices. Aunque esto me diese pena, lo llevaba con paciencia, porque salia bien de mañana, y no

volvía hasta la hora de acostarme. Todo el día estaba sobre mi teatro, es decir, en casa del Duque, en donde hacia el papel de Señor; pero cuando me retiraba á mi camaranchon, desaparecia lo Señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo, sin tener de que hacerlo. Yo era demasiado vano para descubrir á persona alguna mis necesidades; y ademas á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á llegar, porque habia hecho poco caso de él desde que me metí en la Corte. Me ví precisado á vender mis vestidos pieza á pieza, no habiendo dejado mas que aquellos que precisamente necesitaba. Ya no iba á la hostería por falta de dinero para pagar mi ordinario. ¿Que hacia yo pues para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas se nos traia á nuestras mesas para desayunarnos un panecillo y un dedo de vino; esto era todo lo que nos hacia dar el Ministro. Yo no comia mas en todo el dia, y comunmente me acostaba sin cenar.

Tal era la situacion de un hombre que brillaba en la Corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo no pude resistir á mi miseria, y al fin me determiné á descubrirla diestramente al Duque de Melar, si encontraba ocasion. Felizmente se presentó en el Escorial, á donde el Rey y el Príncipe de España fuéron algunos dias despues.

CAPÍTULO VI.

Como Gil Blas da á conocer su miseria al Duque de Melar, y de que modo le trató el Ministro.

CUANDO el Rey estaba en el Escorial, mantenía á todo el mundo, de modo que allí no sentia yo el peso de la pobreza. Dormia en una recámara cerca del cuarto del Duque. Una mañana habiendose levantado el Ministro, segun su costumbre, al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con una escribanía, y me dijo le siguiese á los jardines de Palacio. Nos sentámos bajo de unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia estábamos ocupados en negocios muy serios, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas.

Ya habia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugeria mi humor jocoso, cuando se plantáron dos grajas sobre los árboles que hacian sombra. Comenzáron á charlar con tanta algazara que nos llamáron la atencion. Estos pájaros, dijo el Duque, parece que riñen: me alegraria saber el asunto de su pendencia. Señor, le dije, vuestra curiosidad

me trae á la memoria una fábula Indiana que leí en Pilpai, ó en otro autor fabulista. El Ministro me preguntó que fábula era esta, y se la conté en estos términos.

En cierto tiempo reinaba en Persia un buen Monarca, que no teniendo bastante capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, encargó este cuidado á su gran Visir. Este Ministro, llamado Atalmuc, tenia un genio superior. Sostenia sin atosigarse el peso de aquella vasta Monarquía, y la mantenía en una paz profunda: tambien poseía el arte de hacer amable la autoridad Real, haciendola respetar; y los vasallos hallaban en aquel fiel Visir un padre que los amaba tiernamente. Atalmuc tenia entre sus secretarios un jóven natural de Cachemira, llamado Zangir, á quien amaba mas que á los otros: gustaba de hablar con él, le llevaba á caza, y le descubria hasta sus mas secretos pensamientos. Un dia que cazaban ámbos en un bosque, habiendo visto el Visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario: Me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua. Señor, le respondió el de Cachemira, vuestros deseos se pueden satisfacer. ¿Y como? dijo Atalmuc. Habis de saber, Señor, que un Dervich cabalista, respondió Zangir, me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oído.

Consintió en ello el Visir, y acercandose el de Cachemira á los cuervos, hizo como que los escuchaba atentamente. Despues de esto volvió á su amo y le dijo : Señor, ¿ creeréis que somos nosotros el asunto de su conversacion ? El Ministro Persiano exclamó que no era posible. ¿ Pues que dicen de nosotros ? Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho : Vé aquí al mismo gran Visir, á esta águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que vela sin cesar en su conservacion. Para desahogarse de sus penosos trabajos, viene á cazar á estos bosques con su fiel Zangir. ¿ Que feliz es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores ! Vamos con tiento, interrumpió el otro cuervo, vamos con tiento : no celebres tanto la felicidad de este Cachemirano. Atalmuc, es cierto que conversa con él familiarmente, que le hace la honra de confiarle sus secretos, y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo considerable; pero entretanto Zangir morirá de necesidad. Este pobre infeliz vive en el camaranchon de una posada, en donde le falta lo mas necesario : en una palabra, lo pasa miserablemente, sin que en la Corte lo perciba nadie. El gran Visir no cuida de saber si se halla bien ó mal, y contentandose con tenerle afecto, le deja abandonado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para mirar al Duque de

Melar, quien me preguntó, sonriendose, que impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si este gran Visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario. No, Señor, le respondí algo turbado de su pregunta: la fábula dice, al contrario, que le colmó de beneficios. Fué fortuna, repitió el Duque con seriedad, porque hay Ministros que no llevarian á bien se les diesen semejantes lecciones. Pero, añadió rompiendo la conversacion y levantandose, creo que el Rey nada tardará en despertar; mi obligacion me llama, y debo acompañarle. Diciendo esto, caminó muy de priesa hácia Palacio sin hablarme mas, y, á lo que percibí, poco contento de mi fábula Indiana.

Seguíle hasta la puerta de la sala de S. M., y despues fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete en donde trabajaban nuestros dos secretarios copistas, que tambien eran del viage. ¿Que tiene vmd., Señor de Santillana, dijeron al verme? vmd. está muy callado. A vmd. le ha sucedido algun lance desagradable.

Como tenia tan oprimido el corazon de lo mal recibido que habia sido mi apólogo, no oculté mi dolor: les dí cuenta de las cosas que habia dicho al Duque, y manifestáron que sentian mi afliccion. Tiene vmd. razon para estar desazonado, me dijo uno de ellos. S. E. algunas veces

toma las cosas á mal. Es muy cierto, dijo el otro. Quiera Dios le suceda á vmd. mejor que á un secretario del Cardenal Espinosa. Este, cansado de no haber recibido nada en quince meses que le tenia empleado Su Eminencia, tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para su subsistencia. Razon es, le dijo el Ministro, que se os pague. Tomad, prosiguió alargandole una libranza de mil ducados, id al tesoro Real á recibir esta suma; pero acordaos al mismo tiempo que estoy reconocido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado, si despues de recibidos los mil ducados le hubiesen dejado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del Cardenal, le prendió un alguacil, y le llevó á la torre de Segovia en donde estuvo mucho tiempo.

Este hecho histórico redobló mi temor de modo que me contemplé perdido; y no pudiendo consolarme, principié á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. ¡ Ay de mi ! decia, ¿ para que me habré yo aventurado á relatar aquella desgraciada fábula que ha desagradado al Ministro? Acaso iria ya á sacarme de mi apuro, y quizá estaba yo en vísperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que espantan á todo el mundo. ¡ Que de riquezas, que de honores pierdo por un desatino! Debia haber reflexionado que hay Grandes

que no gustan se les advierta nada, y que hasta las mas mínimas cosas que tienen precision de dar, quieren que sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado seguir mi dieta, sin haber manifestado nada al Duque, y aun debia haberme dejado morir de hambre, para culparle del todo.

Aunque me hubiera quedado alguna esperanza, mi amo, á quien ví por la siesta, me la habria desvanecido enteramente. S. E. contra su costumbre estuvo muy serio conmigo, y no me habló palabra, lo que en el resto del dia me causó una inquietud mortal. La noche no la pasé mas tranquila. La desazon de ver desvanecerse mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los prisioneros de Estado, solo me permitiéron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fué el dia de crisis. El Duque me hizo llamar por la mañana: entré en su sala mas azorado que un reo á quien se va á juzgar. Santillana, me dijo manifestandome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza..... Esta palabra libranza me estremeció, y dije entre mí: ¡O Cielos! vé aquí al Cardenal Espinosa: el carruage está prevenido para Segovia. El temor que me poseyó en este momento fué tal que interrumpí al Ministro, y arrojandome á sus piés, le dije llorando: Señor, suplico á V. E. muy humildemente me perdone mi



Señor, suplico á V.E. muy humildemente me perdone mi atrevimiento. La necesidad me ha forzado á decir á V.E. mi miseria.

Changuel inv.º del.º

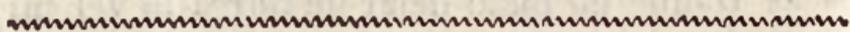
Pauquet sculp.º

atrevimiento. La necesidad me ha forzado á decir á V. E. mi miseria.

El Duque no pudo dejar de reirse al ver mi turbacion. Consuelate, Gil Blas, y escuchame, me respondió: aunque descubriendome tus necesidades, me echas en cara el no haberlas prevenido, no te lo tengo á mal, mi amigo; ántes bien me reprendo á mí mismo de no haberte preguntado de que te mantenias. Pero para empezar á reparar este descuido, te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los cuales á la vista se te darán en la Real tesorería. No para en esto: lo mismo te prometo todos los años, y ademas te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

Con el arrebatamiento de gozo que me causaron estas palabras, besé los piés del Ministro, quien habiendome mandado levantar continuó hablando conmigo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor, pero no me fué posible pasar tan de pronto del dolor á la alegría. Quedé tan turbado como un infeliz que, en el momento que cree va á padecer muerte, oye que está perdonado. Mi amo atribuyó mi agitacion á solo el temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuviese en ello menos parte. S. E. me confesó que habia aparentado tibieza para ver si yo sentia su mudanza; que por mi sen-

timiento habia conocido cuanto le amaba, por lo que él tambien me estimaba mas.



CAPÍTULO VII.

Del buen uso que hizo de sus mil y quinientos ducados : del primer negocio en que se mezcló , y del provecho que sacó de él.

EL Rey, como si hubiera querido sacarme de mi impaciencia, se volvió el dia siguiente á Madrid; fui volando al tesoro Real, en donde tomé inmediatamente la suma contenida en mi libranza. Es de admirar que no se le trastorne el juicio á un mendigo que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo me troqué luego que se mudó mi fortuna : no escuché mas que á mi ambicion y vanidad; dí mi miserable cuarto á los secretarios que todavia no sabian el idioma de los pájaros, y por la segunda vez alquilé mi hermoso aposento que felizmente se encontró desocupado; envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los petimetres : este me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader de donde sacó cinco varas de paño, que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Cinco varas de paño para un vestido á la española ! ¡ Justo Cielo !..... Pero no murmuremos sobre esto. Los sastres de reputacion siempre

piden mas que los otros. Despues compré ropa blanca de que tenia gran necesidad, medias de seda y sombrero de castor bordado.

Despues de esto, no siendome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto, mi huésped, me buscasse uno. La mayor parte de los estrangeros que se alojaban en su casa solian, luego que llegaban á Madrid, recibir criados Españoles; lo que atraia á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una cara tan dulce y tan devota, que no le quise; me parecia ver en él á Ambrosio de Lamela: yo no quiero, dije á Foreto, criados que tengan una fachada tan virtuosa, porque he llevado ya buenos chascos y estoy escarmentado. Apénas despaché á este, cuando llegó otro que parecia muy agudo, mas arriscado que un page de Corte, y algo picarillo. Este me agradó. Le hice algunas preguntas, y me respondió con despejo: conocí que era travieso, y como de molde para mis negocios. Le recibí, y no me pesó de mi eleccion; ántes conocí bien presto que habia hecho un buen hallazgo. Como el Duque me habia permitido le hablase en favor de las personas á quienes quisiese servir, y yo tenia designio de no despreciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza, es decir, de un hombre astuto que tuviese industria, y pudiese escudriñar y traerme gentes

que tuviesen que pedir al primer Ministro. Justamente este era el talento de Scipion , que asi se llamaba mi lacayo : él habia salido de casa de Doña Ana de Guevara , ama de leche del Príncipe de España , en donde lo habia ejercitado , siendo esta Señora de aquellas que viendose con algun crédito en la Corte quieren aprovecharse de él.

Asi que manifesté á Scipion podia obtener gracias del Rey , se puso en campaña , y en el mismo dia me dijo : Señor , he hecho un gran descubrimiento ; acaba de llegar á Madrid un mozo , caballero Granadino , llamado Don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de vmd. para con el Duque de Melar en un negocio de honor , y pagará bien el favor que se le haga : le he hablado , y queria dirigirse al Baron , cuyo poder le han ponderado ; pero se lo he quitado de la cabeza , haciendole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro , en lugar que vmd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento , y que aun haria estas cosas de balde , si la situacion de vmd. le permitiera seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin , le hablé de modo que mañana por la mañana le tendrá vmd. aquí cuando se levante. ; Como pues , le dije , Señor Scipion , vmd. está ya ducho en este asunto ! Conozco que no es principiante en materia de agencias , y me espanto de que vmd. no esté mas rico. Esto

es lo que no debe sorprender á vmd., me respondió: yo no atesoro, quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino Don Rogerio de Rada á mi casa, y le recibí con una cortesía mezclada de altivez. Señor mio, le dije, ántes de tomar cartas por vmd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la Corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar de él al primer Ministro. Hagame vmd. pues, si gusta, una fiel narracion, y esté persuadido que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el Granadino, voy á contar á vmd. mi historia sinceramente; y fué de esta suerte.

CAPÍTULO VIII.

Historia de Don Rogerio de Rada.

Don Anastasio de Rada, hidalgo Granadino, vivia feliz en la ciudad de Antequera con Doña Estefania, su esposa, la que añadía á un genio dulce y estremada hermosura una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, este la queria con pasion. El era naturalmente muy zeloso, y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger, no dejaba de vivir in-

quieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor; y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, sino es de Don Huberto de Hordales, que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía, siendo á la verdad este el único hombre de quien debia desconfiar.

Efectivamente Don Huberto, sin atender á la sangre que los unia, ni á la amistad particular que Don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo atrevimiento de declararla su amor. La Señora, que era prudente, en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió á su pariente con dulzura, representandole el exceso de su delito en querer seducirla y deshorrar á su marido, y le dijo con mucha seriedad que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el cual imaginando que era necesario echar el resto con una muger de este carácter, principió usando con ella de unos modos poco atentos, y un dia tuvo la avilantez de estrecharla á que diese satisfaccion á sus deseos: ella le rechazó con un aire severo, y le amenazó de hacer que Don Anastasio castigase su temeridad. El galan, espantado de la amenaza, ofreció no hablar mas de amor, y en fé de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era muy

malo, no pudo ver su pasión tan mal pagada, sin concebir un cobarde deseo de venganza. Conocía que Don Anastasio era zeloso y susceptible de todas las impresiones que quisiera darle; este conocimiento le bastó para formar el mas horrible designio de que era capaz el hombre mas perverso. Una tarde que se pascaba solo con este débil esposo, le dijo con el aire mas melancólico: Mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubrirnos, si no conociera que os interesa mas vuestro honor que vuestro reposo: la delicadeza de vmd. y la mia en materia de ofensas no me permiten ocultarle lo que pasa en su casa. Preparese vmd. á oír una noticia que le causará tanto dolor como sorpresa, porque voy á herirle por el lado mas sensible.

Os entiendo, interrumpió Don Anastasio todo turbado, vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repuso Hordales con aspecto irritado: la desconozco, es indignado que seais su marido. Esto es demasiado consumirme, exclamó Don Anastasio, hablad: ¿que ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió Don Huberto. Vmd. tiene un rival á quien vé en secreto, cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha ocultado de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña: este es un hecho de que estoy cierto. El interes que debo tomar en este asunto

os asegura la verdad de mi narracion. Cuando me declaro contra Estefanía, es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus discursos hacian el efecto que esperaba, es inútil decirnos mas. Percibo estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza : yo no me opondré á ella. No examineis cual es la víctima que vais á inmolar : mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais sacrificar á vuestro honor.

El traidor animaba de este modo á un esposo muy crédulo contra una muger inocente ; y le pintó con tan vivos colores la infamia de que se cubria, si dejaba la afrenta sin castigo, que le enfureció. Vé aquí á Don Anastasio que pierde el juicio ; parece que las furias le agitaban ; vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa : la encuentra preparada para meterse en la cama ; al pronto se contiene, y espera que los criados se retiren. Entónces sin contenerle el temor de la cólera del Cielo, ni el deshonor que podria recaer sobre una honrada familia, ni aun la piedad natural que debia tener al hijo de seis meses de que su muger estaba embarazada, se acercó á su víctima, y lleno de furor la dijo : Es preciso que mueras, miserable, y solo te queda un momento de vida que mi bondad te deja, para que pidas perdon al

Cielo del ultraje que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido tu honor.

Diciendo esto sacó un puñal : su accion y su discurso espantáron á Estefanía , la que habiendose arrojado á sus piés , le dijo con las manos cruzadas y toda fuera de sí : ¿ Que teneis , Señor ? ¿ que motivo de disgusto os he dado por desgracia mia , para que llegueis á tal extremo ? ¿ por que quereis quitar la vida á vuestra esposa ? Si sospechais que no os ha sido fiel , mirad que os engañais.

No, no, replicó ásperamente el zeloso , estoy muy cierto de vuestra traicion. Las personas que me lo han advertido son personas de crédito. Don Huberto.... ; Ah ! Señor , interrumpió ella con precipitacion : vmd. no debe fiarse de Don Huberto. El no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud , no lo creais. Callad , infame , replicó Don Anastasio : vos misma justificais mis sospechas , queriendo prevenirme contra Hordales ; no penseis desvanecerlas : si me lo quereis hacer sospechoso , es porque está instruido de vuestra mala conducta. Quisiérais hacer su testimonio insuficiente ; pero este artificio es inútil , y redobla el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio , repitió la inocente Estefanía llorando amargamente , temed vuestra ciega cólera : si seguis sus movimientos , cometeréis una accion de que no podréis consolaros cuando

reconozcais su injusticia. Por amor de Dios calmad vuestro arrebató; á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entónces haréis mas justicia á una muger que en nada es reprehensible.

A otro que á Don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras, y todavía mas se hubiera conmovido con la afliccion de la que las pronunciaba; pero el cruel marido, lejos de enter necerse, la dijo segunda vez que se encomendara á Dios, y levantó el brazo para hierla. Detente, bárbaro, gritó: si el amor que me has tenido se ha estinguido enteramente, si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria, si mis lágrimas no pueden apartarte de tu execrable desiguio, respeta á lo menos tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que todavía no ha visto la luz. Tú no puedes ser su verdugo sin ofender al Cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca, te perdono mi muerte; pero, no lo dudes, la suya pedirá justicia de un crimen tan horrible.

Por muy determinado que estuviese Don Anastasio á no hacer caso de las disculpas de Estefanía, las imágenes espantosas que presentáron á su espíritu estas últimas palabras, no dejáron de enmudecerle. Por tanto, como si hubiese temido que esta emocion suspendiese su resentimiento, se aprovechó á toda priesa del furor que le quedaba, y descargó el golpe entrando el

puñal por el costado derecho de su muger , que cayó en el mismo momento , y la creyó muerta. Salió prontamente de su casa , y desapareció de Antequera.

Entretanto esta desgraciada esposa , aturdida del golpe que habia recibido , quedó algunos instantes en tierra como muerta. Despues habiendo recobrado sus espíritus , empezó á quejarse y gemir , lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso , dió tales gritos que despertó á los otros criados y á los mas próximos vecinos , de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamáron cirujanos ; registráron la herida , no les pareció peligrosa , y no erráron en su concepto. Curáron en muy poco tiempo á Estefanía , quien dió felizmente á luz un hijo tres meses despues de esta cruel aventura ; y yo , Señor Gil Blas , soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres , respetó no obstante la de mi madre ; y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como esceso de un marido zeloso. Es verdad que mi padre era tenido por un hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia turbado el espíritu de Don Anastasio ; y satisfecho de haberse á lo menos medio vengado , cesó de verla. Por

no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que se me dió. Solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á cuidar me enseñasen el arte de la esgrima , y que me exercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Sevilla. Esperaba con impaciencia que tuviese edad para medir mi espada con la de Don Huberto , é instruirme entónces del motivo que tenia para quejarse de él ; y viendome en fin de diez y ocho años , me lo descubrió derramando abundantes lágrimas , y penetrada de un vivo dolor. ; Que impresion no hace á un hijo que tiene valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado ! Busqué prontamente á Hordales , le conduje á un sitio oculto , en donde despues de un largo combate le dí tres estocadas con que cayó en tierra.

Sintiendose Don Huberto mortalmente herido , puso en mí sus últimas miradas , y me dijo que recibia la muerte de mi mano como un justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Me confesó que por vengarse del rigor con que le habia despreciado , tomó la resolucion de perderla ; y luego espiró pidiendo perdon de su culpa al Cielo , á Don Anastasio , á Estefanía , y á mí. No juzgué acertado volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento , cuyo cuidado remití á la fama. Pasé la sierra , y llegué á la ciudad de Málaga , en donde me embarqué con un corsa-

rió que salia del puerto. Le pareció que no me faltaba corazon, y consintió gustoso me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardámos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanías de las Islas de Albaran encontrámos un corsario de Melilla, que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion Española ricamente cargada, que habia apresado á la altura de Cartagena. Acometimos intrépidamente al Africano, y nos apoderámos de sus dos bajeles, en los cuales iban ochenta cristianos que llevaba esclavos á Berbería; y aprovechandonos de un viento que se levantó, y nos era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegámos en poco tiempo á punta de Helena.

Preguntámos á los cautivos que habíamos librado, por su pais, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buena cara, y que podia tener cincuenta años bien hechos. Respondióme suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por que, y yo tambien advertí que se turbaba. Dijele: Yo soy paisano vuestro, ¿podrémos saber vuestra familia? ; Ah! me dijo, no me estrecheis para que satisfaga vuestra curiosidad, si no quereis renovar mi dolor. Ya hace diez y ocho años que dejé á Antequera, en donde no se deben acordar de mí sin horror. Vmd. acaso habrá oido muchas veces mi historia. Me llamo Don Anastasio de Rada.

★

¡ Valgame Dios ! exclamé : ¿ debo creer lo que oigo ? ¿ con que vmd. es Don Anastasio ? ¿ Es pues mi padre el que veo ? ¡ Que decis , jóven ! exclamó mirandome con sorpresa. ¿ Será posible que seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre cuando la sacrificué á mi furor ? Sí , padre mio , le dije , yo soy el que parió la virtuosa Estefanía tres meses despues de la funesta noche que la dejásteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que hubiese acabado estas palabras para arrojarse á mi cuello. Me abrazó estrechamente , y en un cuarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos entregado á los movimientos tiernos que semejante encuentro debia escitar , mi padre levantó los ojos al Cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía ; pero un momento despues , como si temiese darselas fuera de tiempo , se dirigió á mí , y me preguntó de que manera se habia reconocido la inocencia de su muger. Señor , le respondí , nadie ha dudado jamas de ella , sino vmd. La conducta de su esposa ha sido siempre irreprehensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que Don Huberto fué quien os engañó. Entónces le conté toda la perfidia de este pariente , como me habia vengado de él , y lo que me habia confesado al morir.

Mi padre fué menos sensible al gusto de haber

recobrado la libertad, que al de oír las nuevas que le anunciaba. Volvió á abrazarme enagenado de alegría: no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos, hijo mio, me dijo, tomemos presto el camino de Antequera. Estoy impaciente hasta arrojarme á los piés de una esposa á quien tan indignamente he tratado. Conocida mi injusticia, se despedaza mi corazon con crueles remordimientos. Deseando yo reunir estas dos personas que me eran tan amables, no quise se retardase tan dulce momento. Dejé al corsario; y como mi padre no queria esponerse á los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que me tocó de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que yo escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el Príncipe de Itaca á la narracion de las del Rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegámos al pié del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperámos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

Imagine vmd. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre; y todavía la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse se la habia restituido. Pidióla mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vivas de arrepentimiento, que enterrecida mi madre, en lugar de mirarle como á un

asesino, vió en él un hombre á quien el Cielo la habia sometido : tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió mucho mi huida, y tuvo mucho gusto al verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte que mi madre estaba inquieta viendome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó desde la misma noche á partir para la Corte, á donde vengo, Señor, á solicitar mi gracia, la que espero obtener, puesto que vmd. quiere hablar á mi favor al primer Ministro, y apoyarme con todo su crédito.

El valiente hijo de Don Anastasio acabó aquí su narracion, y yo le dije con mucha gravedad: Basta, Señor Don Rogerio, el caso me parece graciable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el Granadino dió muchos agradecimientos que por un oido se me hubieran entrado, y por otro salido, á no haberme asegurado que se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que hubo tocado esta cuerda, me puse en movimiento. Desde el mismo dia conté esta historia al Duque, quien habiendome permitido le presentara el caballero, le dijo: Don Rogerio, estoy instruido del lance de honor que os trae á la

Corte ; Santillana me ha dicho todas sus circunstancias : sosieguese vmd. Vuestra accion es disculpable, y S. M. gusta de hacer gracia á los Nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por ceremonia os pongais preso ; pero vivid seguro de que no lo estaréis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demas ; él apresurará vuestra libertad.

Don Rogerio hizo una profunda reverencia al Ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Sus cartas de perdou fuéron espedidas inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telémaco con su Ulises y con su Penelope ; en lugar que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones : no fué este lance muy provechoso, pero yo no era todavía un Baron de Roncal para despreciarlo.

CAPÍTULO IX.

Por que medios hizo Gil Blas en poco tiempo una fortuna considerable, y de como tomó el aire de persona de importancia.

ESTE negocio me engolosinó, y diez doblones que dí á Scipion por su corretage le animáron á

hacer nuevas pesquisas. Ya he celebrado sus talentos sobre esto, por los que se le podia dar el titulo del grande Scipion. El segundo penitente que me llevó, fué un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á despecho de la razon y juicio. Este impresor habia contrahecho una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trecientos ducados le desembargué sus ejemplares, y le salvé de una gruesa multa. Aunque esto no fuese de la inspeccion del primer Ministro, S. E. quiso por mi súplica interponer su autoridad. Despues del impresor me vino á las manos un mercader, y he aquí su negocio: un navío Portugués habia sido apresado por un corsario Berberisco, y represado por otro de Cadiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado, pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiendolas reclamado inútilmente, venia á la Corte de España á buscar un protector que tuviese bastante crédito para hacerselas entregar. Tuvo la fortuna de encontrarle en mí. Me empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones.

Me parece que oigo al lector gritar en este punto: Animo, Señor de Santillana, calcese vmd. las botas, pues lleva gran camino para adelantar su fortuna. No, no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo quidam que acaba de agarrar. Justa-

mente es Scipion. Escuchemosle. Señor, me dice, permitame vmd. le presente á este famoso Em-pírico , quien pide un privilegio para vender sus drogas por espacio de diez años en todas las ciudades de la Monarquía de España , con esclusión de cualesquiera otros , es decir , que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de reconocimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatan haciendo del protector : Id , amigo mio , vuestro negocio corre de mi cuenta. En efecto , pocos dias despues le saqué patentes que le permitian engañar á todo el mundo exclusivamente en todos los reinos de España.

Yo probé la verdad de aquel proverbio que dice que el comer y el rascar , todo es empezar ; pero ademas de que me sentia mas codicioso á medida que me iba haciendo rico , habia obtenido con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar , que no balanceé en pedir á S. E. la quinta. Esta era el Gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava , que me ofrecia mil doblones. El Ministro se echó á reir viendome caminar tan de priesa. Vive Dios , amigo Gil Blas , me dijo : ; como aprietas ! Deseas con furor hacer bien al prójimo. Oye : cuando no se trate mas que de bagatelas , no haré juicio de ello ; pero cuando me pidas Gobiernos ú otras cosas con-

siderables, si os parece, os quedaréis con la mitad de la utilidad, y á mí me daréis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni cuantos arbitrios necesito para sostener la dignidad de mi empleo, porque, á pesar del desinterés que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera no cuidar de mi casa. Sirvate esto de regla.

Con este discurso me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me escitó á que continuase con mas empeño, y yo me senti mas hambriento de riquezas que ántes. Voluntariamente hubiera yo entónces hecho fijar un cartel que dijese que todos aquellos que quisieran obtener gracias en la Corte no tenian mas que dirigirse á mí: yo iba por un lado, Scipion por el otro, buscando ocasiones de servir por el dinero. Mi caballero de Calatrava tuvo el Gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un Caballero de Santiago: no me contenté con hacer Gobernadores, dí Ordenes de Caballería, convertí algunos buenos plebeyos en malos hidalgos, con escelentes títulos de nobleza: quise tambien que la Clerecía percibiese mis beneficios; conferí pequeños Curatos, Canongías y algunas Dignidades Eclesiásticas. En órden á los Obispados y Arzobispados, era el colator de ellos el Baron de Roncal, y ademas nombraba los Magistrados,

Encomiendas y Vireinatos; lo que prueba que no se proveían los empleos grandes mejor que los pequeños, porque los sujetos á quienes nosotros elegíamos para ocupar los puestos, de que hacíamos un tan honroso tráfico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas arreglados. Sabíamos muy bien que los burlones de Madrid se divertían en este punto á espensas nuestras; pero nos parecíamos á los avaros que se consueñan de las murmuraciones del pueblo repasando su dinero.

Razon tiene Isocrates de llamar la intemperancia y la locura compañeras inseparables de los ricos. Cuando me ví dueño de treinta mil ducados, y acaso en estado de ganar diez tantos mas, juzgué me tocaba hacer una figura digna de un confidente del primer Ministro: alquilé una casa entera, que hice aderezar curiosamente; compré el coche de un Escribano, que lo habia echado por ostentacion, y que procuraba deshacerse de él por consejo de su panadero. Recibí cochero, tres lacayos; y como es regular ascender á los antiguos criados, elevé á Scipion al triple honor de ayuda de cámara, secretario y mayordomo; pero lo que acabó de colmar mi orgullo fué que el Ministro llevase á bien que mis gentes trajeran su librea: aquí perdí lo que me quedaba de juicio: no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, que, cuando á fuerza de haber bebido agua de

cominos se pusieron tan pálidos como su maestro, se creían tan sabios como él; poco me faltaba para juzgarme pariente del Duque de Melar. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, ó quizá por un hijo bastardo suyo; cosa que me lisonjeaba infinitamente.

Añadid á esto, que quise como S. E. tener mesa de estado, y para este efecto encargué á Scipion me buscase un cocinero, y me trajo uno que era casi comparable al del Romano Nomentano de golosa memoria: llené mi bodega de vinos deliciosos; y despues de haber hecho las demas provisiones necesarias, principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas de las oficinas del Ministro, los cuales se apropiaban con vanidad la calidad de secretarios de Estado. Les disponia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Scipion por su parte, porque tal amo tal criado, tambien tenia su mesa en la despensa, en donde á costa mia regalaba á las personas de su conocimiento. Pero ademas de que yo queria á este mozo, como él contribuía á hacerme ganar dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo. Fuera de que yo miraba estas disipaciones como un jóven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas, habia otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y

empleos no cesaban de traer agua al molino , con lo que mi caudal se aumentaba cada dia , y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habria vuelto de Andalucía , quise tener el gusto de sorprenderle ; á este fin le envié un papel anónimo , en el cual le decia que un Señor Siciliano , amigo suyo , le esperaba á cenar : le señalaba el dia , la hora y el lugar en donde debia encontrarse : la cita era en mi casa. Nuñez viuo á ella , y se espantó estraordinariamente cuando supo que yo era el Señor estrangero que le habia convidado. Sí , le dije , amigo mio , yo soy el dueño de esta casa. Tengo un buen equipage , buena mesa , y sobretodo un gran caudal. ¡Es posible , exclamó con vivacidad , que te encuentre nadando en la opulencia ! ; Cuanto me alegro de haberte colocado con el Conde Galiano ! Bien te decia yo que aquel Señor era generoso , y que no tardaria en acomodarte. Sin duda , añadió , que habrás seguido el sabio consejo que te dí de aflojar algo la rienda al mayordomo ; sea enhorabuena : con esa prudente conducta se hacen poderosos los mayordomos de las casas grandes.

Dejé á Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado á casa del Conde Galiano. Después de lo cual , para moderar la alegría que manifestaba de haberme procurado tan buen

puesto, le dije con todas sus circunstancias las señales de agradecimiento con que este Señor habia pagado mis servicios ; pero percibiendo que mi poeta cantaba entre sí la palinodia, le dije : Yo perdono al Siciliano su ingratitude. Hablando aquí entre los dos, mas motivo tengo de felicitar me que de quejarme. Si el Conde no lo hubiera hecho mal conmigo, le habria seguido á Sicilia, en donde todavía le estaria sirviendo, esperando de un establecimiento incierto. En una palabra, no seria confidente del Duque de Melar.

Estas últimas palabras sorprendieron tan vivamente á Nuñez, que en algunos instantes no pudo proferir una palabra. Despues rompiendo de golpe el silencio, me dijo : ¿ Es verdad lo que oigo ? ; que, teneis la confianza del primer Ministro ! La parto, le respondí, con el Baron de Roncal, y segun todas las apariencias yo pasará adelante. En verdad, Señor de Santillana, replicó, que os admiro. Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos. ; Que talentos se unen en vos ! ó mas bien, para servir me de una espression á nuestro modo, poseeis un talento universal, es decir, que para todo sois adecuado. En cuanto á lo demas, Señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. ; O ! que diablos, interrumpí, Señor Nuñez, no tratemos de Señor ni señoría. Desterremos estos términos, y vivamos siempre con familiaridad.

Tienes razon , repitió ; aunque te hayas enriquecido , no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero , añadió , te confieso mi flaqueza , al oír tu fortuna me ofusqué : gracias á Dios , pasado mi alucinamiento , no veo en tí mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por cuatro ó cinco covachuelistas que llegaron : Señores , les dije , mostrandoles á Nuñez , vmds. cenarán con el Señor Don Fabricio , que hace versos dignos del Rey Numa , y que escribe en prosa inimitablemente. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía , que pusieron amarillo al poeta : apenas se dignaron mirarle ; por mas que dijo cosas muy delicadas para atraerse su atencion , no le escucharon : lo que le picó tanto , que tomando un permiso poético , se escurrió sutilmente de entre todos , y desapareció. Nuestros covachuelistas no percibieron su retiro , y se sentaron á la mesa sin preguntar por él.

Al otro dia por la mañana , cuando me acababa de vestir y me preparaba para salir , el poeta de las Asturias entró en mi sala : Perdone , amigo mio , me dijo , si he ofendido á tus covachuelistas ; pero , hablando con franqueza , me encontré tan desairado entre ellos , que no pude resistir. Me son muy fastidiosos personajes tan presumidos y almidonados. No com-

prendo como tú, que tienes un entendimiento tan delicado, puedes acomodarte á unos convidados tan groseros. Yo quiero desde hoy traerte otros mas vivos. Me darás, le dije, mucha satisfaccion, y sobre este punto puedo fiar en tu gusto. Con razon, me respondió; yo te prometo genios superiores y mas entretenidos. De paso llegaré á una botillería, en donde se juntarán en un instante; los apalabraré para que no se contraigan, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Dicho esto, me dejó; y á la hora de cenar volvió acompañado de solo seis autores que me presentó el uno despues del otro, haciendome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos bellos ingenios sobrepujaban á los de la Grecia é Italia; y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí á estos Señores muy políticamente, aun les hice mil cumplimientos, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Cuando no hubiera encargado á Scipion que la cena fuese abundante, como sabia la clase de gentes que debia regalar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin nos sentámos á la mesa muy alegremente. Mis poetas principiáron á hablar de sí mismos y á alabarse. El uno citaba con vanidad los Grandes y las Señoras á quienes agradaba su musa: el otro, vituperando la eleccion que

una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demas discurrían con la misma presuncion. Mientras comía, me asesinaron con versos y prosa; cada uno de ellos recitaba por turno algun trozo de sus escritos: uno lee un soneto, el otro declama una escena trágica, otro lee la crítica de una comedia, y el cuarto, queriendo á su vez leer una oda de Anacreonte traducida en malos versos Españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de un término impropio. El autor de la traduccion defiende lo contrario: de aquí nace una disputa en la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones se dividen, los disputantes se acaloran y llegan á las injurias. Sin embargo pase; pero estos furiosos se levantan de la mesa y se dan de puñadas. Fabricio, Scipion, mi cochero, mis lacayos y yo, ¿en que nos vimos para ponerlos en paz? Cuando se viéron separados, saliéron de mi casa como de una taberna, sin darme la menor excusa de su impolítica.

Nuñez, en la suposicion de que yo me habia formado una idea agradable de esta comida, quedó muy aturdido de la aventura: Y bien, le dije, mi amigo, ¿me celebraréis todavía á vuestros convidados? A fé mia, que me habeis traído unas gentes bien groseras. Atengome á mis covachuelistas; no me habéis mas de au-

tores. Yo no pienso , me respondió , presentarte otros : estos son los mas razonables.

CAPÍTULO X.

Corrompense enteramente las costumbres de Gil Blas en la Corte : de la comision que le confió el Conde de Sumel , y del lance en el cual este Señor y él se metiéron.

LUEGO que se supo que el Duque de Melar me amaba , tuve mi antesala. Todas las mañanas se encontraba llena de gente á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas , unas interesandome con dinero para que pidiese alguna gracia al Ministro , y otras á moverme con súplicas á conseguirles *gratis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas. En órden á las segundas , me desembarazaba prontamente con excusas , ó las entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la Corte , era yo naturalmente piadoso y caritativo ; pero como en ella no hay esta debilidad , me hice mas duro que un pedernal. De consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos , y me despojé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad , voy á

contar del modo como traté en una ocasion á Josef Navarro.

Este al que tanto tenia que agradecer, y quien, para decirlo de una vez, era la causa primera de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostumbraba siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al Duque de Melar cierto empleo para uno de sus amigos, diciendome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable y de un gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió Josef, que siendo vmd. tan bueno, y amigo de hacer un gusto, lo tendréis en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de vmd. Tengo la seguridad de que me daréis las gracias, porque os busco ocasion de ejercer vuestro humor caritativo. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar tendria gusto en servirle. Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á vmd. el vivo agradecimiento de cuanto vmd. ha hecho por mí: me basta que vmd. se interese para servirle. Su amigo tendrá el empleo que desea: cuente vmd. con ello. Este es asunto mio, y no de vmd.

Con estas espresiones Josef se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, se quedó sin

el mencionado empleo, y lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi cofre. Preferí tomar este dinero á los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero, á quien con un modo pesaroso dije, cuando nos volvimos á ver : ¡ Ah ! mi amado Navarro, vmd. me habló tarde. El Baron de Roncal se ha anticipado, y ha hecho dar á otro el empleo que vmd. sabe. Siento en extremo no darle mejor noticia.

Josef me creyó de buena fé, y nos separámos mas amigos que nunca ; pero creo que presto descubrió la verdad, porque no volvió á mi casa. En lugar de tener algunos remordimientos por haberme portado tan mal con un amigo verdadero, y á quien tanto debia, quedé muy contento. Ademas de que ya me pesaban los favores que me hizo, no me parecia conveniente tratar con mayordomos en el estado en que me hallaba en la Corte.

Volvamos al Conde de Sumel, de quien hace tiempo no hemos hablado, y á quien visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavia le llevé otros mil por órden del Duque su tio, del dinero que yo reservaba para S. E. En este dia quiso el Conde tener una larga conversacion conmigo ; me dijo que al fin habia conseguido su intento, y que enteramente poseia el favor del Príncipe, de quien era el único confidente. Despues me dió una comision muy honrosa, de la cual me habia

ya hablado. Amigo Santillana, me dijo, vamos, manos á la obra. No dejeis de hacer cuanto podais para descubrir alguna buena moza, digna de divertir á este bizarro Principe. Entendimiento teneis; nada mas os digo. Id, corred, buscad, y luego que hayais descubierto cosa buena, decidmelo. Ofrecí al Conde no omitir diligencia para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejercicio no debe de ser muy difícil, pues que hay tantas gentes que lo toman.

A esta suerte de pesquisas no estaba yo muy acostumbrado; pero creí que Scipion seria tambien admirable para el caso. Habiendo llegado á casa, le llamé, y le dije á solas: Hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante. Ya sabes que en medio de tanto como me favorece la fortuna, no deja de faltarme alguna cosa. Fácilmente adivino la que es, interrumpió sin dejarme acabar; vmd. necesita una ninfa agradable, que le disipe un poco y le divierta; y en efecto es de maravillar que vmd. en la primavera de sus dias no la tenga, cuando viejos barbones no pueden estar sin ella. Admiro tu penetracion, le dije sonriendome. Sí, amigo mio, una dama necesito, y elegida por tí; pero advierte que soy muy delicado en la materia: yo quiero una persona bonita, y que no tenga malas costumbres. Lo que vmd. desca, repitió Scipion sonriendose, es algo raro; no obstante

estamos, á Dios gracias, en una tierra en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que vmd. pretende.

Efectivamente, á los tres dias me dijo : He descubierto un tesoro, una señorita llamada Catalina, de buena familia, y de una hermosura asombrosa, que vive con una tia suya muy decentemente con sus cortos bienes. La criada que la sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que, aunque su puerta está cerrada á todo el mundo, no seria difícil se abriese á un galan liberal y rico, con tal que para no escandalizar entrase en su casa solo de noche, y con todo sigilo. En esta inteligencia le he pintado á vmd. como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado á la criada se lo proponga á las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á darme la respuesta. Bravo va el negocio, le respondí; pero temo te engañe la criada. No, no, replicó, esa no es conmigo, á mí no se me engaña : he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he sacado que la Señora Catalina es tal como vmd. la puede desear, es decir, una Danae con quien vmd. podrá hacer el Jupiter á favor de una lluvia de doblones que dejará caer.

Aunque estaba bien prevenido contra esta clase de fortunas, no dejé de entrar en esta. La criada avisó á Scipion que podia presentarme

aquella misma noche ; y á las once me entré en la casa con mucho sigilo. La criada me recibió sin luz , me tomó de la mano y llevó á una buena sala , en donde encontré á las dos señoras gallardamente vestidas , y sentadas en unas almohadas de terciopelo. Luego que me viéron , se pusieron en pié , y me saludáron con tal aire de señorío , que me parecieron pereonas distinguidas. La tia , que se llamaba la señora Mencía , aunque todavía hermosa , no atrajo mi atencion. Es verdad que toda se la llevaba la sobrina , quien me pareció una diosa ; y aunque examinada rigurosamente , podia decirse que no era una hermosura perfecta , tenia sin embargo gracias que con un rostro atractivo y voluptuoso ofuscaban , haciendo imperceptibles sus defectos.

Al verla perdí la tramontana : olvidé que iba como procurador , hablé en mi propio y privado nombre , y me manifesté apasionado. La señorita , á quien juzgué de mas entendimiento que el que tenia (tal era lo bien que me habia parecido) , acabó de encantarme con sus agudas respuestas. Ya principiaba yo á perder el seso , cuando la tia para moderar mis impulsos me habló de este modo : Señor de Santillana , voy á esplicarme francamente con V. S. Por el elogio que se me ha hecho de V. S. le he permitido entrar en mi casa , sin ponderarle el gran favor que le hago en ello ; pero no penseis por esto

que estais adelantado : hasta aquí he criado á mi sobrina con recogimiento , y vos sois , digamoslo asi , el primer caballero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa , tendré el mayor gusto en que ella logre este honor : ved si á este precio os conviene , pues de otro modo no es posible.

Este tiro á quemarropa ahuyentó el amor que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora , un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo , y convirtiendome en un instante en fiel agente del Conde de Sumel , mudé de tono , y respondí á la Señora Mencía : Señora , vuestra franqueza me agrada , y por tanto quiero imitarla. La figura que hago en Madrid no basta para merecer á la incomparable Catalina ; la tengo reservado un partido mas brillante : la destino al Príncipe. Me parece , respondió la tia friamente , que bastaba despreciar á mi sobrina , y que no era necesario acompañar el desprecio con la burla. No me burlo , Señora , proseguí , hablo seriamente ; tengo orden de buscar una persona de mérito á quien pueda visitar secretamente el Príncipe , y en casa de vmd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la Señora Mencía , á quien percibí no la habia desagradado ; sin embargo , creyendo que debia hacer la reservada , me replicó en estos términos : Aun cuando tomara al pié de la letra lo

que vmd. me dice, ha de saber que no tengo genio de hacer vanidad del infame honor que resultaria á mi sobrina siendo dama de un Príncipe; pues el pensarlo horroriza á mi virtud.... ; Que sandia es vmd. con su virtud ! vmd. piensa como una simple aldeana. Se burla si mira estas cosas con tanto escrúpulo, eso es quitarlas lo que tienen de bueno; es necesario mirarlas con ojos gustosos. Considerad á los piés de la dichosa Catalina al heredero de la Monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un héroe que haga inmortal el nombre de su madre.

Fingió la tia no resolverse, aunque estaba determinada á aceptar mi proposicion; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al Príncipe, afectó una grande indiferencia; por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la Señora Mencía, viendome ya cansado y dispuesto á levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustámos una capitulacion que contenia los artículos siguientes: el primero, que si por los informes que diese yo al Príncipe de las gracias de Catalina, se agradaba de ella y se determinaba á hacerla una visita nocturna, seria de mi cargo advertir de ella á las Señoras, y de la noche que eligiese para este efecto. El segundo, que el Príncipe habia de entrar en casa de las dichas Señoras como un galan ordinario,

y solamente acompañado de mí y de su principal confidente.

Hecho este convenio, me hicieron mil favores la tia y la sobrina; me trataron familiarmente, con lo que aventuré algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y cuando nos separáramos, me abrazaron de su propio motivo, haciendome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se traba amistad entre los alcahetes y las mugeres que los necesitan; al verme salir tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo era mas dichoso de lo que era en realidad.

El Conde de Sumel tuvo una alegría extrema cuando le dije que habia hecho un descubrimiento cual podia desearlo. En tales términos le hablé de Catalina, que le escité el deseo de verla. Habiendole llevado la noche siguiente á su casa, me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Dijo á las Señoras no dudaba que el Príncipe quedase gustosísimo con la dama que yo le habia elegido, y que esta por su parte no dejaria de estar contenta con tal amante, por ser el Príncipe generoso, afable, y lleno de bondad. En fin, las ofreció llevarle dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este Señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche en que ámbos habíamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó

á mi casa, y me encargó enterase el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al dia siguiente fui á dar exacta cuenta de todo lo que habia pasado al Duque de Melar, á quien no obstante le oculté lo de Scipion, atribuyendome á mí el descubrimiento de Catalina; porque para con los Grandes, de todo hace uno mérito.

Y asi fué que se me diéron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dijo el Ministro con aire burlon, me alegro que vmd. una á sus demas talentos el de descubrir las mejores hermosuras, y no estrañará que cuando necesite algunas, me dirija á vmd. Señor, le respondí con el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permitaseme que diga que escrupulizaria, si procurase esta suerte de placeres á V. E. Está en posesion de este empleo, tanto tiempo hace, el Baron de Roncal, que seria una injusticia despojarle de él. El Duque se sonrió de mi respuesta, y mudando de discurso me preguntó si su sobrino no pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dije, suplica á V. E. le envíe mil doblones. Está bien, respondió el Ministro, llevaselos; dile que no los escasee, y que apoye todos los gastos que el Príncipe quiera hacer.

CAPÍTULO XI.

De la visita secreta y de los regalos que hizo el Príncipe á Catalina.

EN la misma hora llevé los mil doblones al Conde de Sumel. No podias venir mas á tiempo, me dijo este Señor. He hablado al Príncipe; ha caido en el lazo, y se abrasa de impaciencia por ver á Catalina: se ha resuelto que esta misma noche se ha de escapar secretamente de Palacio para ir á su casa. Las medidas estan ya tomadas. Informa de esto á las Señoras, y dalas el dinero que me traes: es necesario manifestarlas que el que van á recibir no es un amante ordinario; ademas de que los regalos de los Príncipes deben preceder á sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar conmigo, procura estar esta noche en Palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche (porque me parece conveniente servirnos de él) nos espere á media noche cerca de Palacio.

Inmediatamente fuí á casa de las Señoras, en donde no ví á Catalina, por estar, segun se me dijo, acostada, y solo hablé con la Señora Mencía. Perdone vmd., Señora, la dije, si vengo de dia; no puede ser otra cosa: es preciso avisar á vmd. que el Príncipe vendrá esta noche; y vea vmd. aquí, añadí alargandola el saco en donde llevaba el dinero, vea vmd. aquí una dádiva que

envia al templo de Citera, para hacerse propicias las deidades. Ya vé vmd. que no las he medido en un paso inútil. Doy á vmd. las gracias, me respondió; pero dígame, Señor de Santillana, si el Príncipe gusta de música. Locamente, la respondí: ninguna cosa puede divertirle tanto como una buena voz acompañada de un instrumento tocado delicadamente. Mucho mejor, exclamó ella enagenada de alegría; lo que vmd. dice me llena de gozo, porque mi sobrina canta como un ruiseñor, toca maravillosamente una guitarra, y también baila á la perfeccion. ¡Vive Dios! exclamé, estas son muchas perfecciones, tia mia. No necesita tanto una señorita para hacer fortuna: una de estas habilidades la basta.

Preparadas así las cosas, esperé la hora en que el Príncipe solia acostarse. Llegada esta, dí mi orden al cochero, y busqué al Conde de Sumel, quien me dijo que el Príncipe para quedarse solo ántes de tiempo, iba á fingir una leve indisposicion, y acostarse, á fin de persuadir mejor que estaba malo; pero que de allí á una hora se volveria á levantar, y por una puerta falsa tomaria una escalera escusada que caia á los patios. Luego que me enteró de lo que ámbos habian concertado, me apostó en un sitio por donde me aseguró que habian de pasar. Duró tanto el poste, que discurrí habria tomado nuestro galan otro camino, ó perdido el deseo

de ver á Catalina , como si los Príncipes abandonaran estos antojos sin satisfacerlos. En fin , cuando creia me habian olvidado , se llegaron á mí dos hombres , á quienes conocí ser los que esperaba , y llevé á mi coche , en el cual montáron ámbos. Yo iba cerca del cochero para guiarle , y le hice parar á cincuenta pasos de la casa de las Señoras. Dí la mano al Príncipe y á su compañero para ayudarlos á bajar , y marchámos hácia la casa á donde queríamos entrar. Al acercarnos se abrió la puerta , é inmediatamente que entrámos se volvió á cerrar.

Al principio nos encontrámos en las mismas tinieblas que yo me ví la primera vez , aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla , cuya luz era tan escasa que solamente la percibíamos , sin que ella nos alumbrara. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe , el cual quedó vivamente sorprendido á vista de las Señoras , que le recibieron en la sala , en donde la claridad de un sin número de bugías recompensó la oscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se dejáron ver en el desabillé mas primoroso , con un aire tan atractivo que no se podia mirar sin agrado. Nuestro Príncipe , si no hubiese tenido que escoger , se hubiera contentado muy bien con la Señora Mencía ; pero tuviéron la preferencia , como era razon , las gracias de la jóven Catalina.

Y pues, Príncipe mio, le dijo el Conde, ¿podíamos haber procurado á V. A. el gusto de ver á dos personas mas bonitas? Ambas me embellean, respondió el Príncipe: no pienso sacar libre de aquí mi corazón, pues si faltara la sobrina, no se escaparía de la tia.

Después de un cumplimiento tan gracioso para una tia, dijo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que esta respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las gentes honradas que hacen el personage que yo en esta ocasion, mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades, y la suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias; y tomando una vihuela bien templada, tocó sonatas tiernas, y cantó de un modo tan espresivo, que el Príncipe se dejó caer á sus rodillas poseido de amor y contento. Pero acabemos esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia abismado el heredero de la Monarquía, hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa, cuando ya se acercaba el dia. Los señores agentes le llevaron prontamente á Palacio, y le dejaron en su aposento. Después se volviéron á su casa tan contentos de haberle unido con una aventurera,

como si hubiesen hecho su casamiento con una Princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al Duque, porque todo lo queria saber, y al concluir mi narracion llegó el Conde de Sumel, y nos dijo: El Príncipe está tan prendado de Catalina, y le ha gustado tanto, que piensa ir á verla con frecuencia y fijarse allí; quisiera enviarla hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Se ha dirigido á mí y me ha dicho: Mi amado Sumel, es preciso me busques en la hora esta cantidad. Sé que te incomodo, que agoto tu bolsillo, y por tanto te tengo en mi corazon: si alguna vez me hallo en estado de serte reconocido en otros términos, no te arrepentirás de haberme servido. Yo le respondí, apartandome de él: Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es difícil satisfacerle, dijo entónces el Duque á su sobrino. Santillana va á llevaros ese dinero, ó si quereis, él mismo comprará las joyas, porque es muy inteligente en pedrerías, y sobretodo en rubies. ¿No es verdad, Gil Blas, añadió mirandome con un aire taimado? ¿Que malicioso sois, Señor? le respondí; veo que V. E. quiere hacer reir á costa mia al Señor Conde, y asi fué. El sobrino preguntó que misterio encerraba aquello. No es cosa, replicó el tio riyendose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque ni le fué de honor ni de provecho.

Habria salido ventajoso, si el Ministro no hubiera dicho mas; pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y Don Rafael me habian jugado en la posada, y se estendió particularmente en las circunstancias que mas me mortificaban. Despues de haberse divertido bien, me mandó S. E. acompañar al Conde de Sumel, el que me llevó á casa de un platero en donde escogimos las joyas que llevámos al Príncipe, las cuales se me confiáron para que las diese á Catalina; y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del Duque, para ir las á pagar.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente fuí recibido de las Señoras con agrado, cuando las presenté los regalos de mi embajada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes para la tia, y unos pendientes para la sobrina. Encantadas una y otra de las demostraciones de amor y generosidad del Principe, principiáron á charlar como dos comadres, y á darme gracias porque las habia agenciado tan buen conocimiento, y con el exceso de su alegría se olvidáron de su ficcion. Se les escapáron algunas palabras que me hiciéron sospechar que yo habia facilitado una bribona al hijo de nuestro gran Monarca. Para saber ciertamente si yo habia conseguido tan excelente empresa, me retiré con intento de instruirme de Scipion.

CAPÍTULO XII.

Quien era Catalina ; perplejidad de Gil Blas ; su inquietud , y la precaucion que tomó para sosegar-se.

AL entrar en mi casa ví un gran trastorno , y preguntada la causa , se me dijo que Scipion daba aquella noche de cenar á seis amigos suyos. Cantaban á gritos , y reian á carcajadas. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete Sabios.

El que la daba , luego que supo mi llegada , dijo á sus convidados : Señores , no es nada , es el ano que ha vuelto : no os inquieteis , continuad divirtiendooos. Voy á decirle dos palabras , é inmediatamente vuelvo. Vino pues á mí : ¿ Que gritería es esa ? le dije ; ¿ que casta de gentes son las que regalas allá bajo ? ¿ son poetas ? Perdone vmd. , me respondió : seria lástima dar vuestro vino á semejantes gentes ; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que pretende un empleo por vuestra mediacion y su dinero , y por él se hace la fiesta. A cada trago aumenta diez doblones á lo que se ha de dar , y ha de seguir bebiendo hasta el amanecer. Siendo asi , le respondí , vuelvete á la mesa , y no escases el vino.

No juzgué á propósito hablarle entónces de

Catalina, dejandolo para por la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte: Amigo Scipion, tú sabes del modo que los dos vivimos; yo te trato mas como á compañero que como á criado, y por consiguiente harás muy mal en engañarme, como haceis con los amos. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás que piensas de las dos mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion, sospecho que son dos taimadas, tanto mas refinadas quanto afectan mas sencillez. Si las hago justicia, no tiene el Príncipe gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Scipion, debo mucho á vmd., y no puedo dejar de decirle la verdad. Ayer tuve una conversacion con la criada de estas dos niñas, y me contó su historia, que me ha parecido divertida. Voy á referirla sucintamente, y aseguro que no le ha de desagradar.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo Aragonés. Habiendose encontrado de quince años huérfana, y tan pobre como bonita, se casó con un Caballero del Hábito, anciano, que la llevó á Toledo; y habiendola servido mas de padre que de esposo, murió á los seis meses. Ella recogió su herencia, que consistia en algunas ropas, y en trecientos doblones en dinero contante; des-

pues se juntó con la Señora Mencía quien todavía se mantenía de buen ver, y fresca, aunque ya iba cuesta abajo. Estas dos buenas amigas vivieron juntas, y principiaron á observar una conducta de que la Justicia quiso tomar conocimiento. Desagradadas de esto, ó despechadas de otra cosa, dejaron con aceleracion á Toledo para venir á establecerse en Madrid, en donde viven cerca de dos años hace, sin tratar con ninguna señora de la vecindad. Pero oiga vmd. lo mejor: han alquilado dos pequeñas casas separadas solamente por un tabique, cuya comunicacion la tienen por una escalera que hay en la cueva. La Señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del Comendador ocupa la otra con una dueña vieja, á quien hace pasar por su abuela: de modo que nuestra Aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tia, como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina, se llama Catalina; y cuando de nieta, Sirena.

Al oír el nombre de Sirena, interrumpí todo asustado á Scipion: ¿Que me dices? me haces temblar. ¡Ay de mí! me temo que esta maldita Aragonesa es la dama de Roncal. Asi es cabalmente, respondió, es ella misma. Yo creía dar á vmd. un gran gusto, participandole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No percibes tú las consecuencias? A la verdad que no, dijo Scipion.

¿ Que mal puede suceder ? No ha de descubrir el Baron precisamente lo que pasa ; y si vmd. teme que se lo digan , prevengaselo al primer Ministro , contandole el caso naturalmente. El conocerá la buena fé de vmd. ; y si despues quisiese el Baron hacerle algun daño , S. E. verá que su venganza es quien le escita á ello.

Con este discurso me quitó Scipion el miedo. Seguí su consejo , y dí parte al Duque de Melar de este fatal descubrimiento ; tambien afecté contarselo con aire triste , para persuadirle á que sentia haber inocentemente dado al Príncipe la dama de Roncal ; pero el Ministro , lejos de compadecerse de su favorito , hizo de ello burla. Despues me dijo que siguiera en mi oficio , y que sobretodo era de mucha gloria al Baron amar á la misma dama que el Príncipe , y recibir el mismo trato que él. Instruí en los mismos términos al Conde de Sumel , quien me aseguró su proteccion , si el primer Secretario descubria la trama y queria ponerme mal con el Duque.

Con esta maniobra creí haber libertado la embarcacion de mi fortuna del peligro de encallar , y nada mas temí. Seguí acompañando al Príncipe á casa de Catalina , por otro nombre la bella Sirena , que tenia la habilidad de encontrar pretextos para apartar de su casa al Baron las noches que habia de hablar con su ilustre rival,

CAPÍTULO XIII.

Sigue Gil Blas haciendo el papel de Señor; tiene noticias de su familia; que impresion le hacen; marañase con Fabricio.

YA tengo dicho que por las mañanas tenia en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme varios asuntos; mas yo no queria que me los dijesen de viva voz. Siguiendo el estilo de la Corte, ó mas bien para hacerme de mas valer, decia á cada pretendiente: Déme vmd. un memorial. Tanto me habia acostumbrado á esto, que un dia lo respondí asi al dueño de mi casa, que vino á decirme le debia un año de alquiler. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy exactos en traerlos todos los meses. Scipion, que era una copia mia, se portaba del mismo modo con los que se le dirigian para que me interesara en su servicio.

Yo tenia otra ridiculez de que no pienso escusarme; era tan fatuo, que hablaba de los Grandes Señores, como si fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al Duque de Alba, al Duque de Osuna, ó al de Medinaceli, decia sin cortesía, Alba, Osuna y Medi-

nasidonia. En una palabra, me habia vuelto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡ Ah, pobre dueña y pobre escudero ! ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra situacion. La Corte tiene la virtud del rio Leteo para hacernos olvidar de nuestros parientes y amigos, si se hallan en infeliz estado.

Cuando mas olvidada tenia á mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo que me dijo tenia que hablar conmigo un momento á solas : le hice entrar en mi gabinete, en donde sin ofrecerle una silla, por parecerme hombre ordinario, le pregunté para que me queria. Señor Gil Blas, me dijo, ¿ pues que no me conoce vmd. ? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que no caia en quien era. Yo soy, me replicó, uno de vuestros compañeros, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada, el especiero, vecino de vuestro tio. Yo os conozco muy bien. Mil veces hemos jugado los dos á la gallineta ciega.

De los entretenimientos de mi niñez, le respondí, solo tengo una idea confusa ; los cuidados que me han ocupado despues me los han borrado de la memoria. He venido á Madrid, me dijo, en confianza del corresponsal de mi padre. He oido hablar de vmd., y me han dicho que está sobre un buen pié en la Corte, y rico como un judío, de lo que doy á vmd. la enhorabuena,

y ofrezco á mi vuelta llenar de gozo á su familia, dandoles una nueva tan agradable.

Aunque fuera por cumplimiento, no podía dejar de preguntar el estado de mis padres y mi tío; pero lo hice con tanta frialdad, que no dí motivo á mi especiero para que admirara la fuerza de la sangre, lo cual me hizo conocer muy bien: se manifestó picado de mi indiferencia con unas personas que me debian ser tan amadas; y como este mozo era franco y grosero, me dijo ásperamente: Yo creia que tuviéseis mas amor y aficion á vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado, segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿Vmd. ignora su situacion? Sepa que su padre y su madre todavía estan sirviendo, y que el buen Canónigo Gil Perez, oprimido con la edad y las enfermedades, está en sus últimos vales. Debe vmd. escuchar á la naturaleza; y pues que tiene proporcion de socorrer á sus padres, le aconsejo como amigo les envie todos los años doscientos doblones. Este socorro sin incomodar á vmd. les procurará una vida dulce y feliz.

En lugar de ablandarme la pintura que hacia de mi familia, me picó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se la diese; quizá con mas maña me hubiera persuadido, pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Mi silencio se lo dió á entender; y continuando su exhortacion con mas malicia que caridad,

me impacientó. ¡O ! basta , basta , respondí lleno de cólera. Vaya vmd. , Señor de Moscada , no se meta en negocios ajenos. Vaya , y busque al corresponsal de su padre , y cuente con él. ¿ Tiene vmd. acaso obligacion de enseñarme lo que debo hacer ? Sé mejor que vmd. lo que he de practicar en este caso. Dicho esto , eché de mi gabinete al especiero , y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

Lo que acababa de decirme no dejó de ofrecerse á mi imaginacion ; y echandome en cara á mí mismo que era un hijo desnaturalizado , me enternecí. Traje á la memoria los cuidados que habian tenido de mi niñez y educacion. Me representé lo que debia á mis padres , y mis reflexiones fuéron acompañadas de algunos impulsos de reconocimiento , que no obstante para nada contribuyéron. Mi ingratitude ahogó bien presto estos sentimientos , á los que se siguió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion que me poseian mudáron del todo mi humor. Perdí toda mi alegría , y andaba siempre distraido y pensativo ; en una palabra , un bruto. Viendome Fabricio tan sacrificado á la fortuna , y tan indiferente con él , venia á mi casa ; pero no pudo dejar de decirme un dia : En verdad , Gil Blas , que no te conozco. Antes de venir á la Corte , siempre tenias al ánimo tranquilo ; ahora te veo sin cesar

agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte; y cuanto mas tienes, mas quieres. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? ya no tienes conmigo aquellas confianzas, aquellas familiaridades que hacen las delicias de las amistades; ántes por el contrario me tratas con reserva, y ocultas lo interior de tu alma. Tambien observo que eres contenido en las atenciones de que usas conmigo. En fin, este Gil Blas no es el mismo que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad. Yo ninguna mudanza percibo en mí. Tus ojos estan fascinados, replicó, y no debes consultarlos. Creeme, eres otro del que eras. Habla, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi durmiendo, y yo entraba en tu cuarto sin ceremonia. Pero hoy, ¿que diferencia! tienes lacayos, se me hace esperar en tu antesala mientras dan recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿como me recibes? con una fria política, y haciendo de Señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no; de ningun modo me conviene. A Dios, separemonos amigablemente. Deshagamonos ámbos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se olvida de sí mismo.

Yo me sentí mas exasperado que movido de sus reprensiones , y le dejé retirarse sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa , que debiese afligirme su pérdida en el estado en que me hallaba ; ademas , fácilmente hallé consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio , con quienes por la semejanza de humor habia poco tenia amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos cuya mayor parte venian de no sé donde , y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados ; y atribuyendo estos miserables á su mérito los beneficios que la bondad del Rey les habia conferido , se olvidaban como yo de sí mismos , y nos creíamos personajes respetables. ; O fortuna ! vé aquí como dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoico Epicteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á los criados.

FIN DEL LIBRO VIII.

LIBRO NONO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Scipion quiere casar á Gil Blas , y le propone la hija de un rico y famoso platero : de los pasos que se diéron para este fin.

UNA noche despues de haber despedido la compañía que habia venido á cenar conmigo , pregunté á Scipion que habia hecho en aquel dia. Una accion de padre de familia , me respondió. Buscar á vmd. un rico establecimiento ; pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ; Hija de un platero ! exclamé con aire desdeñoso : ¿ has perdido el juicio ? Teniendo tal cual mérito , y estando en la Corte sobre cierto pié , me parece se debe tener ideas mas elevadas. ; Ay ! Señor , repitió Scipion , no penseis asi. Pensad que el varon es quien ennoblece ; no querais ser mas delicado que mil Señores que pudiera citaros. ; Sabe vmd. que la heredera de quien se trata es un partido de cien mil ducados por lo menos ? ; No es este un buen pedazo de platería ? Cuando oí hablar de una suma tan grande , me suavicé. Desde luego cedo

al dictámen de mi secretario; la dote me determina. ¿Cuándo quieres tú que la reciba? Despacio, Señor, me respondió, un poco de paciencia. Es menester que comunique yo ántes la cosa con el padre, y que venga en ello. Bueno, respondí dando una gran carcajada, ¿todavía estás ahí? Por cierto que el casamiento está adelantado. Mas de lo que vmd. piensa, replicó: con sola una hora de conversacion con el platero, salgo por fiador de su consentimiento; pero primero capitulemos si vmd. gusta. Supongamos que yo haga dar á vmd. cien mil ducados, ¿y á mí que me ha de tocar? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dijo: yo limito vuestro agradecimiento á diez mil. Vmd. es mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana entraré en esta negociacion, y cuente vmd. con que se conseguirá, ó yo soy un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dijo: He hablado con el Señor Gabriel Salero (que este era el nombre del padre de la niña). y tanto le he celebrado vuestro valimiento y mérito, que ha oido con gusto la proposicion. Será vuestra su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver claramente que sois favorecido del Ministro. Si en eso consiste, dije entónces á Scipion, presto estaré casado. Pero tratemos de la muchacha: ¿la has visto? ¿es buena moza? Menos bella que la dote, respondió. Hablando aquí para los dos, esta rica heredera no es muy

bonita ; pero á Dios gracias , á vmd. nada se le da. No , á fé mia. Los cortesanos nos casamos solamente por casarnos , y la hermosura la buscamos en las mugeres de los amigos ; y si por acaso la hay en las nuestras , hacemos tan poco caso de ella , que es bien merecido que nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo , repitió Scipion ; el Señor Gabriel convida á vmd. á cenar esta noche. Hemos quedado en que no le ha de hablar vmd. del casamiento. Tiene convidados muchos mercaderes amigos suyos ; no ha de hacer vmd. otro papel que el de uno de tantos , y él vendrá á cenar á casa del mismo modo : en esto conocerá vmd. que este hombre quiere tantearle ántes de pasar adelante. Convendrá que vmd. se contenga un poco delante de él. ¡ O ! pardiez , interrumpí con un aire confiado , aunque examine lo que quiera , siempre he de salir ganancioso.

Todo se ejecutó puntualmente ; hice me llevaran á casa del platero , quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era una buena pasta de hombre , como decimos , y cortés en demasía. Me presentó la Señora Eugenia , su muger , y la jóven Gabriela , su hija : yo las hice vivísimos cumplimientos sin contravenir á lo tratado , y las dije mil vaciedades en bellos términos y frases políticas.

Gabriela , á pesar del dictámen de mi secretario , no me pareció fea , ya fuese porque estaba perfectamente adornada , ó ya porque la mirase al traves del dote. ; Que gran casa la del Señor Gabriel ! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Se veia convertido este metal en mil formas diferentes. Cada sala , y particularmente la de la cena , era un tesoro. ; Que espectáculo para los ojos de un yerno ! El suegro , para hacer mas lucido el convite , habia convidado cinco ó seis mercaderes , todos personas graves y enfadosas , que solo habláron de comercio ; de modo que su conversacion mas bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente llevé al platero á mi casa , y como no podia deslumbrarle con mi vajilla , recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á los amigos que hacian mayor figura en la Corte , y cuya ambicion no tenia límites. No habláron de otra cosa que de grandezas , empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban , lo cual surtió su efecto. Aturdido el buen Gabriel con sus grandes ideas , se tenia , á pesar de su riqueza , por un mísero mortal en comparacion de aquellos Señores. Por mi parte , haciendo del moderado , dije me contentaria con una mediana fortuna , como de veinte mil ducados de renta ; con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas exclamáron diciendo que hacia mal , y

que siendo tan querido del primer Ministro, no debia contentarme con tan poco. Nada de esto se le escapó al suegro, y cuando se retiró, creo que iba muy pagado de mí.

Scipion no dejó el dia siguiente por la mañana de ir á verle, para preguntarle si yo le habia gustado. He quedado muy prendado, le respondió, tanto que este mozo me ha robado el corazon. Pero, Señor Scipion, añadió, suplico á vmd. por nuestra antigua amistad, que me hable sinceramente. Todos, como vmd. sabe, tenemos nuestro flaco: digame vmd. cual es el del Señor Santillana. ¿Es jugador? ¿es cortejante? ¿cual es su inclinacion viciosa? Suplico á vmd. no me la oculte. Vmd. me ofende, Señor Gabriel, en preguntarme semejante cosa, repitió el medianero. ¿No sabe que yo me intereso mas por vmd. que por mi amo, y que si tuviera algun vicio capaz de hacer á su hija desgraciada, no se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no: yo soy muy servidor de vmd., pero en satisfaccion el único defecto que le encuentro, es no tener ninguno. Para jóven es muy juicioso. Otro tanto oro, respondió el platero; eso me agrada. Vaya vmd., amigo mio, y asegurele que logrará la mano de mi hija, y que aun cuando no fuera querido del Ministro, sucederia lo mismo.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion, fuí á casa de Salero á darle

gracias del favor que me hacia. A este tiempo ya se habia declarado con su muger é hija, quienes por el modo con que me recibieron, me hicieron ver que se sometian sin repugnancia á su voluntad. Despues de haber prevenido la noche ántes al Duque de Melar, le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agrado, y le manifestó el gusto que tenia en que hubiese elegido para yerno á un hombre á quien estimaba mucho, y á quien queria ascender. Despues siguió hablando de mis buenas prendas, y dijo tanto bien de mí, que el buen Gabriel creyó que su hija habia encontrado en mi señoria el mejor partido de España. Tal era su gozo que lloraba, y apretandome entre sus brazos me dijo: Hijo mio, estaré impaciente hasta veros esposo de Gabriela; dejad que de aquí á ocho dias lo mas tarde lo seréis.

CAPÍTULO II.

Con que casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leyva, y del servicio que le hizo.

DEJEMOS por un tanto mi casamiento. El orden de mi historia lo exige, y pide que cuente el servicio que hice á Don Alfonso mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y vé aquí por que causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el Gobierno de Valencia, y habiendolo sabido, pensé en que se diese á Don Alfonso de Leyva. Hice reflexion de que este empleo le convendria pasmosamente; y quizá no tanto por amistad como por ostentacion resolví pretenderlo para él, haciendome cargo de que si lo obtenia, me haria este paso una honra infinita. Me dirigí pues al Duque de Melar, y le dije que habia sido mayordomo de Don Cesar de Leyva y su hijo, y que teniendo todo motivo de serles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese al uno ó al otro el Gobierno de Valencia. El Ministro me respondió : Con mucho gusto, Gil Blas, yo me alegro de que seas generoso y agradecido. Por otra parte yo estimo á esa familia de quien me hablas. Los Leyvas son buenos vasallos y merecen el empleo. Haz lo que quieras, yo te lo doy por regalo de la boda.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fui sin pérdida de tiempo á casa del Baron á estender las patentes para Don Alfonso. Habia un gran número de personas que con un silencio respetuoso esperaban les diese audiencia el Señor de Roncal. Habiendo atravesado por entre aquella gente, me presenté á la puerta del gabinete, en donde encontré no sé cuantos Caballeros, Comendadores, y otros sugetos de calidad, á quienes el Baron de Roncal oia por su orden. Era cosa de admirar el diferente modo con que los

recibia. Se contentaba con hacerles á lo mas una ligera inclinacion de cabeza ; á los otros hourandolos con una reverencia , los conducia hasta la puerta de su gabinete , poniendo ciertos grados de consideracion en los cumplimientos que hacia. Por otra parte , se conocia que algunos de aquellos sugetos , ofendidos del poco caso que hacia de ellos , maldecian en lo interior de su alma la necesidad que les obligaba á humillarse delante de aquella figura. Otros ví que por el contrario se reian interiormente de su aire fatuo y presumido. Por mas que yo observase estas cosas , nunca fuí capaz de aprovecharme de ellas. Tenia el mismo porte en mi casa , y se me daba poco se aprobasen ó vituperasen mis modos orgullosos , siempre que fuesen respetados.

El Barou habiendo por acaso puesto los ojos en mi , dejó con precipitacion á un hidalgo que le hablaba , y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendiéron. ¡ Ah ! amado compañero mio , exclamó , ¿ que negocio me facilita el gusto de ver á vmd. aquí ? ¿ en que puedo servir á vmd. ? Dijele el asunto á que iba , y en su consecuencia me aseguró en los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se despacharia mi pretension. Su atencion no paró aquí ; me acompañó hasta la puerta de su antesala , lo que jamas hacia sino con Señores Grandes , y allí me volvió á abrazar. ¿ Que significan estos obsequios ? decia yo en el camino :

*

¿ que me anuncian ? ¿ Podrá ser que este hombre medite mi pérdida , ó presagiando que declina su favor , quiera ganar mi amistad y tenerme de su parte , con la mira de que interceda por él con el amo ? No sabia en cual de estas conjeturas fijarme. Cuando volví el dia siguiente , me trató del mismo modo , llenandome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó con el recibimiento que hizo á otras personas que se le presentáron. Trató mal de palabras á unos , á otros los echó con frialdad , de modo que á casi todo el mundo disgustó ; pero se vengáron todos á satisfaccion con una aventura que sucedió , la cual no debo dejar en silencio , siendo un aviso al lector , á los covachuelistas y secretarios que lo lean.

Habiendose acercado al Baron un hombre vestido llanamente , y que no aparentaba lo que era , le habló de un cierto memorial que decia haber presentado al Duque de Melar. El Baron no solo no miró al caballero , sino que le dijo con tono áspero : ¿ Como se llama vmd. , amigo ? En mi niñez me llamaban Frasquito , le respondió á sangre fria el tal , despues me han llamado Don Francisco de Zúñiga , y hoy me llamo el Conde de Pedrosa. El Baron espantado de esto , y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion , quiso escusarse , y dijo : Señor , perdone V. E. si no conociendole.... Yo no quiero tus escusas , interrumpió con altivez Frasquito ;

tanto las desprecio como sus impopularidades. Sabe que el Secretario de un Ministro debe recibir cortesmente á toda clase de personas. Sé muy en hora buena tan fantástico que te mires como el sustituto de tu amo, pero no te olvides de que eres su criado.

Este incidente mortificó mucho al soberbio Baron, y no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Resolví cuidar de saber con quien hablaba en mis audiencias, y de no ser insolente sino con los mudos. Como las patentes de Don Alfonso estaban espedidas, las envié con un correo extraordinario á este Señor con carta del Duque de Medinaceli, en que le avisaba S. E. que el Rey le habia nombrado para el Gobierno de Valencia. No le dí parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle, porque tenia gusto de decírselo de boca, y de causarle esta agradable sorpresa cuando viniese á la Corte á prestar el juramento.



CAPÍTULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas , y del grande acontecimiento que los inutilizó.

VOLVAMOS á mi bella Gabriela : dentro de ocho dias me habia de casar con ella. Por ámbas partes se preparaba esta ceremonia. Salero compró vestidos ricos para la novia , y yo la busqué una doncella de labor , un lacayo y un viejo escudero , todo lo cual se eligió por Scipion , que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que debian entregarme la dote.

La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con toda la parentela. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita. Hice mil favores al platero y su muger. Me fingí apasionado de Gabriela , agasajé á toda la familia , á quien escuché sin impacientarme sus discursos bajos y razonamientos aldeanos; y asi en precio de mi paciencia tuve la fortuna de agradar á todos los parientes. Ni uno hubo que no se alegrase de mi alianza.

Acabada la comida pasáron los convidados á una gran sala , en donde habia dispuesto un concierto de voces é instrumentos que no lo hicieron mal , aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid. Habiendo cantado

muchas arias alegres , nos pusimos de tan bello humor , que empezámos á bailar. Dios sabe lo bien que lo hicimos , pues pasé por discípulo de Terpsicore , aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa del Marques de Chaves me habia dado un maestrillo de danza que iba á enseñar á los pages. Despues de habernos divertido bien , pensámos en retirarnos , en cuya ocasion prodigué las reverencias y espresiones. A Dios , mi amado hijo , me dijo Salero abrazandome : mañana por la mañana iré á tu casa á llevar la dote en buenas monedas de oro. Será vmd. bien recibido , respondí , amado padre mio. Luego habiendome despedido de la familia , monté en mi coche que me esperaba á la puerta , y tomé el camino de mi casa.

No bien habia andado doscientos pasos , cuando quince ó veinte hombres , unos á pié y otros á caballo , armados todos de espadas y carabinas , rodeáron mi coche , y lo detuviéron gritando : Favor al Rey. Me hiciéron bajar aceleradamente , y me pusieron en una silla volante , en donde el principal de estos personajes subió conmigo , y dijo al cochero caminase hácia Segovia. Con razon juzgué que el que iba á mi lado era algun hourado alguacil ; y habiendole preguatado el motivo de mi prision , me respondió del modo que acostumbraen estos Señores , quiero decir , brutalmente , que no tenia

necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije, quizá vmd. se ha engañado. No, no, respondió, sé que no he errado el golpe. Vmd. es el Señor de Santillana, á vmd. es á quien tengo órden de conducir. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminámos á la orilla del rio Manzanares con un profundo silencio. En Guadarrama mudámos de mulas, y llegámos de noche á Segovia, en donde me encerráron en la torre.

CAPÍTULO IV.

De que modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia, y de como supo la causa de su prision.

Lo primero fué meterme en un calabozo sin mas cama que un jergon de paja, como si fuese un reo digno del mayor suplicio. Pasé la noche, no en la mayor desolacion, porque todavía ignoraba todo mi daño, sino repasando en mi mente que scria lo que habria causado mi desgracia. No dudaba fuese obra del Baron; sin embargo, por mas que lo sospechase, no concebía como hubiese podido conseguir que el Duque de Melar me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba me habian preso á hurtadillas de S. E.; y otras, que este Señor mismo me habia

hecho prender por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los Ministros con sus favoritos.

Agitado con estas conjeturas, á favor de una luz que entraba por una pequeña reja, ví todo el horror del lugar en donde me hallaba. Me afligi entónces sin moderacion, y mis ojos se hicieron dos manantiales de lágrimas, que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Cuando estaba en la mayor afliccion, entró en el calabozo un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que el rostro lo tenia bañado en lágrimas, aunque carcelero, se movió á piedad, y me dijo: Señor prisionero, no desespere vmd. Las desgracias de la vida se han de sufrir con constancia. Vmd. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entretanto coma vmd. con gusto el pan del Rey.

Diciendo esto, se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en hacer uso de mis provisiones, que en el estado en que me hallaba, mas me parecian un efecto de la cólera del Rey, que una espresion de su bondad, pues servian mas para prolongar que para mitigar la pena de los desgraciados.

En esto llegó la noche, y al instante oi un gran ruido de llaves que atrajo mi atencion. Se abrió la puerta del calabozo, y entró un hom-

bre con una bugía en la mano, el que se acercó y me dijo : Señor Gil Blas, vea vmd. á uno de sus antiguos amigos. Yo soy aquel Don Andres de Tordesillas que vivia en Granada, y era Gentilhombre del Arzobispo cuando vmd. poseia el favor de aquel Prelado. Vmd. le pidió, si hace memoria, un empleo en Méjico, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del Capitan del Castillo, y por una serie de aventuras que contaré á vmd. luego, he venido á ser Alcaide de la torre de Segovia. Vmd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para mitigar el rigor de su prision. Se me ha ordenado espresamente que no deje á vmd. hablar con nadie, que le haga acostar en el suelo, y que no le dé otra comida que pan y agua; pero ademas de que soy caritativo, y no habia de dejar de compadecerme de sus males, vmd. me ha servido, y mi reconocimiento es ántes que las órdenes recibidas. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con vmd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levantese vmd., y venga conmigo.

Mi ánimo estaba tan perturbado, que no pude responder una sola palabra al Señor Alcaide, aunque sus espresiones merecian muchos agradecimientos. Le seguí, me hizo atravesar un

patio, y subir por una escalera muy estrecha á una salita que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella, me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en dos candeleros de cobre, y dos cubiertos muy curiosos : Inmediatamente, me dijo Tordesillas, se os va á traer de comer; ámbos cenaremos aquí. Este cuartito le he destinado para su habitacion; aquí estará vmd. mejor que en el calabozo. Vmd. verá desde su ventana las floridas orillas del Eresma, y el valle delicioso que desde el pié de las montañas que separan las dos Castillas se estiende hasta Coca. Conozco que al principio no le admirará una vista tan bella; pero cuando á lo amargo de su dolor haga el tiempo que siga una dulce melancolía, tendrá gusto de divertir sus miradas con unos objetos tan agradables. Ademas de esto cuenta vmd. con que no le faltará ropa blanca, y las demas cosas necesarias para un hombre curioso. Sobretudo tendrá vmd. buena cama, estará bien mantenido, y le daré los libros que quiera : en una palabra, todos los alivios que pueden darse á un prisionero.

Con unas ofertas tan corteses me sentí un poco sosegado, cobré ánimo, y dí mil gracias al Alcaide. Le dije que su proceder generoso me restituia la vida, y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi reconocimiento. ; He ! ; por que no lo estará vmd. ? me respondió :

¿ cree vmd. haber perdido la libertad para siempre? Se engaña si lo juzga así : me atrevo á asegurarle que con algunos meses de prision hará vmd. pago. ¿ Que dice vmd. , Señor Don Andres? exclamé : parece que sabe el asunto de mi infortunio. Confieso, me dijo, que no lo ignoro. El alguacil que ha traído á vmd. aquí me ha confiado el secreto , y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que el Rey informado de que vmd. y el Conde de Sumel han llevado de noche al Príncipe á casa de una dama sospechosa , había desterrado al Conde , y á vmd. le enviaba á la torre de Segovia , para tratarle aquí con todo el rigor que ha visto desde que vino. ¿ Como pues , le dije , ha sabido esto el Rey? esta circunstancia quisiera yo saber particularmente. Y esto es , respondió , lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil , y lo que tampoco sabe.

Estando en esto entraron muchos criados que traían la cena. Pusieron en la mesa pan , dos escudillas , dos botellas y tres fuentes , en la una de las cuales venia un guisado de liebre con mucha cebolla , aceite y azafran ; en la otra una olla podrida , y en la tercera un pavipollo sobre un cuajado de berengena. Luego que vió Tordesillas que se nos habia servido lo necesario , despachó sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta , y nos sentámcos el uno enfrente del otro. Empezamos , me dijo , por lo mas urgente ; vmd. con dos dias de

dieta debe tener buen apetito; y diciendo esto llenó mi plato de comida. Creia servir á un hambriento, y efectivamente tenia motivo de pensar que yo me embutiria de sus manjares. No obstante engañé su presuncion. Por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos : tan afligido estaba mi corazon del estado presente. Por mas que mi Alcaide, para apartar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian, me escitase á beber, y celebrase lo escelente de su vino, aun cuando me hubiera dado néctar, lo habria bebido sin gusto. El lo conoció, y tomando otro rumbo principió á contarme con un estilo alegre la historia de su casamiento; pero todavía consiguió menos el fin. La oí tan distraido, que cuando la acabó no hubiera podido dar fé de lo que me habia contado. Juzgó que era mucha empresa querer divertirme por aquella noche. Despues de concluida la cena, se levantó de la mesa, y me dijo : Señor de Santillana, voy á dejar á vmd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El Rey es naturalmente bueno; y cuando se le haya pasado su cólera, y considere la deplorable situacion en que creará á vmd., le parecerá bastante castigo. Dicho esto, el Señor Alcaide bajó, é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa. Se llevaron hasta los candeleros, y yo me

acosté á la sombría luz de una lámpara colgada en la pared.

CAPÍTULO V.

*De lo que reflexionó antes de dormirse ,
y del ruido que le despertó.*

Dos horas por lo menos se me pasaron reflexionando sobre lo que me habia dicho Torde-sillas. Aquí estoy , decia , por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡ Que imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un Príncipe tan jóven ! Pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el Rey , en lugar de haberse irritado tanto , se hubiera reido si fuera de mas edad. ¡ Pero quien puede haber dado semejante aviso al Monarca , sin haber temido el resentimiento del Príncipe y del Duque de Melar ? Sin duda este querrá vengar al Conde de Sumel su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender , es el como el Rey ha podido descubrirlo.

Siempre venia á parar en esto. Sin embargo , la idea que mas me afligia , que mas me desesperaba , y la que no podia desechár de mi imaginacion , era el saqueo que temia habian padecido todos mis efectos. ¡ Cofre mio ! exclamé : ¿ donde estas ? Amadas riquezas mias , ¿ que ha venido á ser de vosotras ? ¿ en que manos habeis

caído? ; Ay de mí ! os he perdido en menos tiempo que os gané. Me pintaba el desorden que habria en mi casa , y sobre esto hacia reflexiones muy tristes. La confusion de tantos pensamientos diferentes me sumergió en una tristeza que vino á serme favorable , pues logré el sueño que la noche ántes no habia podido reconciliar. Tambien contribuyéron á ello la buena cama , la fatiga que habia sufrido , los vapores del vino y de la cena. Me dormí profundamente , y segun las apariencias me hubiera amanecido asi , á no haberme despertado prontamente un ruido muy extraordinario para una cárcel. Oí tocar una guitarra , y á un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atencion , pero nada entendí. Creí que era un sueño , pero de allí á un instante volví á oír el mismo instrumento y voz que cantaba los versos siguientes :

¡ Ay de mí ! un año felice
Parece un soplo ligero ;
Pero sin dicha un instante
Es un siglo de tormento.

Esta copla , que parecia hecha espresamente para mí , irritó mis sentimientos. La verdad de estas palabras , me decia yo , la pruebo demasiadamente. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado corriendo , y que hay un siglo que estoy preso. Volví á abismarme en un terrible desvarío , y como si ántes hubiese estado

gustoso, principié á desconsolarme. Mis lamentos diéron fin con la noche, y los primeros rayos del sol que ilumináron la sala calnáron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré el campo, cuya vista me trajo á la memoria la bella descripcion que el Señor Alcaide me habia hecho de él; pero no encontré con que justificar lo que me habia dicho. El Eresma, que creia yo á lo menos igual al Tajo, solo me pareció un arroyo. La ortiga y el cardo eran el solo adorno de sus riberas floridas, y el pretendido valle delicioso no ofreció á mi vista sino tierras cuya mayor parte estaban incultas. Al parecer, todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia presentarme las cosas de otro modo de como las veia.

Estaba á medio vestir, cuando llegó Tordesillas seguido de una criada anciana que me traia camisas y toallas. Señor Gil Blas, me dijo, aquí tiene vmd. ropa blanca. No la escasee vmd., yo cuidaré de que no le falte; y pues, añadió, ¿como ha pasado vmd. la noche? ¿ha mitigado el sueño sus penas por algunos instantes? Puede ser que durmiera todavía, si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El que ha turbado su reposo, respondió, es un prisionero de Estado, que tiene su cuarto al lado del de vmd. Es caballero del Orden de Calatrava, y es de una figura amable: se llama Don

Gaston de Cogollos. Si vñds. quieren, pueden verse y comer juntos, y asi en sus conversaciones se consolarán mutuamente, y para ámbos será de una grande complacencia. Manifesté á Don Andres que agradecia mucho la permission que me daba de que uniese mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender mi vivo deseo de conocer á aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés Alcaide desde aquel mismo dia me procuró esta satisfaccion. Comí con Don Gaston, cuya buena cara y hermosura me cautiváron. Cual seria este hombre, pues ofuscó mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas brillante de la Corte. Imaginaos un hombre que parecia una pintura, uno de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las Princesas no necesitaban mas que presentarse. Añádese á esto que la naturaleza, que comunmente mezcla los dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento; en una palabra, era un caballero perfecto.

Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque mas le supliqué no dejase de cantar por mí, temiendo incomodarme, nunca mas lo hizo de noche. Dos personas igualmente oprimidas se unen con mucha facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teníamos de hablar cuando queríamos, nos fué muy útil, pues

en nuestras conversaciones recíprocamente nos ayudábamos á tener paciencia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oírle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama : tocó un son muy tierno, y cantó despues unos versos que esplicaban la desesperacion á que reducía á un amante la crueldad de su dama. Asi que acabó, le dije sonriendome : Señor, nunca empleará vmd. tales versos en sus galanterias, porque su persona no encontrará mugeres crueles. Vmd. me favorece, respondió : los versos que vmd. acaba de oír, los compuse para ablandar un corazon que yo creia de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor extremo; y pues es preciso contar á vmd. mi historia, al mismo tiempo sabrá vmd. la de mis desgracias.

CAPÍTULO VI.

Historia de Don Gaston de Cogollos, y de Doña Elena de Galisteo.

PRESTO hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia Doña Leonor de Lajarilla, viuda de las mas ricas de Castilla la Vieja, y de quien soy el único heredero. Apenas llegué á su casa, cuando el amor vino á turbar mi re-

poso. Me dió un aposento cuyas ventanas estaban enfrente de las celosías de una Señora á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina que me encantó. Se lo manifesté inmediatamente con miradas tan vivas que no podian equivocarse: ella lo conoció, pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavía menos correspondió á mis gestos.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona que tan prontamente turbaba los corazones, y supe se llamaba Doña Elena, que era hija única de Don Jorge de Galisteo, y que poseia á algunas leguas de Coria un señorío de renta considerable; que se la presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con Don Agustin de Oliguera, su sobrino, el que con la esperanza de este casamiento tenia libertad de ver y hablar todos los dias á su prima. Por eso no me desanimé, ántes bien me hice mas enamorado; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado quizá me escitó mas que mi afecto á llevar adelante mi empresa. Continué pues mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien medianeros á Felicia su criada, para implorar su asistencia. Tambien la regalé; pero estas galanterías fuéron inútiles. La misma res-

puesta tuve de la criada que del ama. Ambas se mostraron crueles é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al language de mis ojos , recurrí á otros intérpretes : puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad , y llegué á saber que su mayor amiga era una Señora anciana , llamada Teodora , y que se visitaban con frecuencia. Alegre con este descubrimiento , busqué á Teodora , á quien obligué con dádivas á servirme. Se interesó por mí , y me ofreció facilitarme en su casa una conversacion secreta con su amiga ; y al dia siguiente cumplió su promesa.

Ya dejo de ser desgraciado , la dije á Felicia , pues mis penas han escitado tu piedad. ¿ Que no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me des la satisfaccion de hablarte ? Señor , me respondió , Teodora es dueña de mi voluntad. Me ha hablado por vmd. , y si pudiera yo hacerle feliz , bien presto conseguiria sus deseos ; pero con toda esta buena voluntad no sé si podré seros de gran provecho. No lisonjemos á vmd. : su empresa es muy difícil. Vmd. ama á una Señora cuyo corazon es de otro : ; y que Señora ! Es tan disimulada y orgullosa , que si vmd. por su constancia y obsequios consigue merecerla algunos suspiros , no piense que su alterneria le dé el gusto de manifestarselo. ; Ah ! mi amada Felicia , exclamé con dolor , ¿ para que

me espresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el alma. Engañame y no me desesperes. Dicho esto, cogíla una mano, y se la apreté entre las mias, poniendola un diamante de trecientos doblones, y diciendola al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

Tanto la conmovió mi discurso, y tan contenta quedó con mi generosidad, que no quiso dejarme sin consuelo; y allanando un poco las dificultades, me dijo: Señor, lo que acabo de decir á vmd. no debe quitarle toda la esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á casa á ver con libertad á su prima, la habla cuando quiere, y esto es lo que favorece á vmd. La costumbre que tienen de estar siempre juntos entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que estan ya casados. En una palabra, no me parece que mi ama tiene una passion violenta á Don Agustin. Por otra parte, hay mucha diferencia de las prendas personales de él á las de vmd., cuya particularidad no la observará inútilmente una señorita tan delicada como Doña Elena. No pierda vmd. ánimo, continúe su galanteo, que yo no dejaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que vmd. se esmera en agradarla; y por mas que disimule, yo descubriré su interior.

Despues de esta conversacion, Felicia y yo

nos separámos muy satisfechos uno del otro. Yo me dispuse de nuevo á cortejar en secreto á la hija de Don Jorge; díla una música, en la cual una bella voz cantó los versos que vmd. ha oído. Acabado el concierto, la criada, para sondear á su ama, la preguntó si se habia divertido. La voz, dijo Doña Elena, me ha gustado. ¿Y las palabras que ha cantado no son muy penetrantes? De eso es, dijo la Señora, de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo solo al canto, ni se me da nada el saber quien me ha dado esta música. Segun eso, exclamó la criada, el pobre Don Gaston de Cogollos está muy lejos de merecer la atencion de vmd., y es muy loco en pasar el tiempo mirando nuestras celosías. Puede ser que no sea él, dijo el ama friamente, sino algun otro caballero que con este concierto viene á declararme su pasion. Perdone vmd., respondió Felicia, está muy engañada, es el mismo Don Gaston; porque esta mañana ha llegado á mí en la calle, y suplicado diga á vmd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor, y que en fin se tendrá por el mas feliz de los hombres, si le permite testificar su ternura con sus obsequios y atenciones. Este discurso, prosiguió, prueba muy bien que no me engaño.

La hija de Don Jorge mudó al instante de semblante, y mirando á su criada severamente, la dijo: ¿Como tienes atrevimiento para propa-

sarte á contarme esa necia conversacion? No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias. Y si ese temerario se atreve todavía á hablarte, te mando le digas que se dirija á una persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia á la ventana, observando lo que hago en mi aposento.

La segunda vez que ví á Felicia, me contó fielmente todas las circunstancias de esta conversacion, y queriendo persuadirme á que mis asuntos iban en mejor estado, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pié de la letra. Por lo que á mí toca, que procedia sencillamente, ni creia se pudiese explicar el testo en mi favor, desconfié de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta, y me dijo: Señor mio, escriba vmd. prontamente á Doña Elena como un amante desesperado: pintela vivamente sus penas, y sobretodo lamentese de la prohibicion de asomarse á la ventana. Ofrezca vmd. la obediencia, pero asegurela que le costará la vida: pinte vmd. esto como acostumbran los enamorados, y lo demas queda á mi cuidado. Espero que las resultas no desmentirán mi penetracion.

Yo hubiera sido el primer amante que, encontrando tan bella ocasion de escribir á su dama, la hubiese desaprovechado: compuse una carta muy patética, y ántes de cerrarla se la enseñé

á Felicia, quien despues de haberla leído se sonrió, y me dijo que si las mugeres sabian el arte de enloquecer á los hombres, en recompensa no ignoraban ellos el de embobar á las mugeres. La criada tomó el billete, asegurandome que si no producía buen efecto, no sería culpa de ella; y despues me encargó tuviese cuidado de cerrar mis ventanas por algunos dias, y se volvió á casa de Don Jorge.

Señora, dijo á Doña Elena cuando llegó, he encontrado á Don Gaston. Se ha acercado á mí, y me ha tenido algunos discursos lisonjeros; me ha preguntado temblando, y como un reo que va á oír su sentencia, si habia hablado á vmd. de su parte. Yo en cumplimiento de vuestras órdenes le he cortado ásperamente su palabra; me he desatado contra él; le he llenado de injurias, y le he dejado aturdido con mi insolencia. Me alegro, respondió Doña Elena, que me hayas desembarazado de ese importuno; pero no era necesario hablarle brutalmente. Siempre es bueno que una doncella tenga dulzura. Señora, replicó la criada, á un amante apasionado no se despacha con palabras suaves, ni tampoco se consigue este fin siempre con furros y precipitaciones. Don Gaston, por ejemplo, no se ha desanimado. Despues de haberle llenado de injurias como he dicho á vmd., fuí á casa de la parienta de vmd., á donde me enviaba. Esta Señora, por mal de mis pecados, me ha

detenido mucho tiempo : digo mucho tiempo , porque á la vuelta he encontrado otra vez al mismo. Yo no esperaba verle mas , y su vista me ha turbado tanto , que mi lengua siempre pronta no ha podido pronunciar una palabra. Pero , y entretanto , ¿ que ha hecho él ? Aprovechándose de mi silencio , ó mas bien de mi desórden , me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia , y ha desaparecido en un momento.

Diciendo esto sacó del seno mi carta , la cual entregó en tono de chanza á su ama , quien la tomó como por diversion , la leyó con cuidado , y despues hizo la reservada. En verdad , Felicia , dijo con un aire serio á su criada , que eres una aturdida y una loca en haber recibido este billete. ¿ Que puede pensar de esto Don Gaston , y que debo creer yo misma ? Tú me das lugar con tu conducta á que desconfie de tu fidelidad , y á él la sospecha de que soy sensible á su passion. ; Ay de mí ! puede ser crea él en este instante que leo y releo con gusto sus espresiones. Vé aquí á que vergüenza espones mi soberbia. De ninguna manera , Señora , la respondió la criada , él no puede tener ese pensamiento ; y caso que lo tuviera , le habia de durar poco. Le diré , la primera vez que le vea , que he mostrado á vmd. su carta , y que la ha mirado con frialdad , y que en fin , sin leerla , la ha hecho pedazos con desprecio. Librementes puedes ase-

gurarle, dijo Doña Elena, que no la he leído; me sería de grande embarazo si tuviera que decirle solo dos palabras. La hija de Don Jorge no se contentó con hablar de esta suerte, sino que desgarró mi billete, y prohibió á su criada que la hablara mas de mí.

Como yo habia prometido no galantearla desde mis ventanas, pues que mi vista la desagradaba, las tuve cerradas por muchos dias, para que mi obediencia fuera de mas aprecio; pero en desquite de esto volví á dar nuevas músicas á mi cruel Elena. Habiendo una noche llevado músicos bajo su balcon, llegó un caballero con espada en mano, turbó el concierto dando golpes á un lado y á otro sobre los músicos, quienes inmediatamente se huyéron. El furor que animaba á este atrevido, escitó el mio. Me arrojé á él para castigarle, y principiámos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por entre las celosías, y ven á dos hombres que riñen. Dan grandes gritos, y obligan á Don Jorge y sus criados á que se levanten inmediatamente, y acudan como muchos vecinos á separar los combatientes; pero ya llegaron tarde. Solo encontráron en el sitio á un caballero nadando en su sangre, y casi sin vida, y conociéron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia, donde se llamáron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.

Todo el mundo se compadeció de mí, y particularmente Doña Elena, que entónces descubrió el interior de su corazon. Su disimulo cedió al sentimiento; y ya ¿lo creerá vmd.? no era aquella señorita que tanto se preciaba de parecer insensible á mis cortejos, sino una tierna amante que se abandonaba sin reserva á su dolor; y así el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo Don Agustín, á quien creían autor de sus lágrimas, como en efecto él fué quien interrumpió la música tan funestamente. Era tan disimulado como su prima, y aunque habia conocido mi intencion, nada dijo; é imaginando que ella me correspondia, habia hecho esta accion tan vigorosa, para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que le siguió. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de los cirujanos me sacó á la orilla. Todavía no salia yo, cuando Doña Leonor, mi tia, buscó á Don Jorge, y le propuso mi casamiento con Doña Elena. Consintió en ello tanto mas gustoso quanto que entónces miraba á Don Agustín como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo pensaba que su hija tendria repugnancia á casarse conmigo, á causa de que el primo Oliguera habia tenido la libertad de verla mucho tiempo para grangear su cariño; pero se manifestó tan

*

dispuesta á obedecer en este punto á su padre , que de aquí podemos concluir que en España , como en todas partes , los recién venidos son mas apreciables á las mugeres.

Luego que pude hablar á solas con Felicia , supe hasta que extremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi combate. De modo que no dudando ser el Paris de mi Elena , aplaudia yo mi herida , pues habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve del Señor Don Jorge permiso de hablar á su hija en presencia de la criada. ; Que gustosa fué esta conversacion para mí ! Tanto supliqué , y de tal manera precisé á la Señora que me dijese si su padre violentaba su afecto concediendome su mano , que me confesó que no la debia del todo á su obediencia. Despues de esta halagüeña confesion , no pensé mas que en agradarla y obsequiarla hasta el dia de la boda que debia celebrarse con una magnífica cabalgata , en que toda la nobleza de Coria y sus cercanías se preparaban para lucir.

Dí una gran comida en una casa de recreo que tenia mi tia en las puertas de la ciudad por el lado de Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia preparado por mi órden un concierto de voces é instrumentos , y hecho venir una compañía de cómicos de la legua , para que representaran una comedia. En medio del festin me

dijéron que un hombre queria hablarme de un negocio muy importante. Me levanté de la mesa, fuí á ver quien era, y me encontré con un desconocido que me pareció era un ayuda de cámara, el que me presentó un billete que contenia estas palabras : « Si estimais vuestro honor, » como debe un Caballero de vuestra Orden, » no dejéis mañana por la mañana de ir á la llanura de Monroy. Allí encontraréis á un sugeto » que quiere daros satisfaccion de la ofensa que » os ha hecho, y poneros, si puede, fuera de » estado de casaros con Doña Elena. » — DON AGUSTIN DE OLIGUERA.

Si el amor tiene mucho imperio sobre los Españoles, el honor tiene todavía mas. Este billete no lo pude leer con ánimo tranquilo. Al solo nombre de Don Agustin se encendió en mis venas un fuego que me hizo casi olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentaciones de escaparme de la compañía para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante me contuve, temiendo turbar la funcion, y dije al que me habia traído la carta : Amigo mio, vmd. puede decir al Caballero que le envia, que deseo infinito combatir con él ; por cuyo motivo mañana ántes de salir el sol estaré en el sitio que me señala.

Despues de haber despachado al mensagero con la respuesta, volví con mis convidados, y me senté á la mesa, en donde disimulé tanto,

que ninguno sospechó lo que me pasaba. Lo restante del día aparenté estar ocupado como los otros en la diversion de la fiesta, la cual se acabó á media noche. La comitiva se separó, y cada cual entró en la ciudad como habia salido. Yo me quedé con pretesto de tomar el fresco la mañana siguiente ; pero no era por otro motivo que por encontrarme mas pronto en el sitio de la cita. En lugar de acostarme, aguardé con impaciencia que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo al campo como que iba á pasearme. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí á un hombre á caballo, que venia á mí á rienda suelta, y yo corrí á él para ahorrarle la mitad del camino : bien presto nos encontrámos, y ví que era mi rival. Caballero, me dijo con insolencia, vengo á pesar mio á pelear segunda vez con vmd. ; pero la culpa es suya. Despues del lance de la música, vmd. debió renunciar voluntariamente á la hija de Don Jorge, ó saber que si vmd. persistia en el designio de agradarla, nuestros debates no habian cesado. Vmd. se ha ensoberbecido, le respondi, por una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la oscuridad de la noche. Vmd. se olvida de que las armas son variables. No lo son para mí, replicó con arrogancia, y voy á hacer ver á vmd. que asi de dia como de noche sé castigar á los atrevidos que siguen mis pasos.

A este orgulloso discurso solo respondí echando pié á tierra , lo cual hizo tambien Don Agustin. Atámos nuestros caballos á un árbol , y principiámos á reñir con igual vigor. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas con mas destreza que yo , no obstante de llevar dos años de escuela. El estaba perfeccionado en la esgrima , y asi no podia yo esponer mi vida á mayor peligro. Sin embargo , como de ordinario sucede que al mas fuerte le venza el mas flaco , mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su habilidad , y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo , en donde conté lo que habia pasado á mi ayuda de cámara , cuya fidelidad conocia. Dijele despues : Mi amado Ramiro , ántes que la Justicia pueda saber el caso , toma un buen caballo , y ve á informar á mi tia del suceso ; pidela de mi parte oro y joyas , y ven á juntarte conmigo á Plasencia. En la primera hostería , como se entra en la ciudad , me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta presteza , que llegó á Plasencia tres horas despues que yo. Me dijo que Doña Leonor mas se habia alegrado que afligido de un combate que repararia la afrenta que habia yo recibido en el primero , y que me enviaba todo el oro y pedrería que tenia , para que viajara cómodamente por paises estrangeros , miéntras ella componia mi negocio.

Omitiendo las circunstancias superfluas, diré que atravesé Castilla la Nueva para ir al Reino de Valencia, á embarcarme en Denia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las Cortes, y presentarme con decencia.

Cuando lejos de mi Elena pensaba yo en engañar mi amor y tristeza lo mas que me fuera posible, esta Señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones que su familia hacia contra mí por la muerte de Oliguera, por el contrario deseaba que una pronta compostura las hiciese cesar y aligerar mi vuelta. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia habria triunfado siempre del tiempo, si solo hubiera tenido que luchar con este; pero tenia todavía enemigos mas poderosos. Don Blas de Combados, hidalgo de Galicia, vino á Coria á recoger una rica herencia que le habia disputado en vano Don Miguel de Caprara, su primo, y se avecindó allí por haberle parecido aquel pais mas agradable que el suyo. Combados era bien plantado, parecia dulce y político, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto tomó conocimiento de todas las gentes decentes de la ciudad, y de los negocios de unos y de otros.

No ignoró mucho tiempo que Don Jorge tenia una hija cuya peligrosa hermosura parecia inflamar á los hombres para su desgracia, cosa que picó su curiosidad. Quiso ver á una Señora

tan temible; y habiendo buscado para este efecto la amistad de su padre, supo ganarla tan bien, que el viejo le miró ya como yerno, y le dió entrada en su casa con libertad de hablar en su presencia á Doña Elena. El Gallego nada tardó en enamorarse; esto era inevitable. Se declaró con Don Jorge, quien le dijo que convenia en su pretension, pero que no queria precisar á su hija, y que asi la dejaba señora de la eleccion. En consecuencia de esto Don Blas puso en uso todas las galanterías que le fuéron imaginables para agradarla; pero estaba tan preocupada conmigo, que no fué escuchado. Felicia sin embargo se habia interesado por aquel Caballero, habiendola obligado este con regalos á contribuir á su amor; y asi empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte, el padre ayudaba á la criada con sus persuasiones; y con todo, en un año entero no hicieron mas que atormentar á Doña Elena, sin poder hacerla infiel.

Viendo Combados que Don Jorge y Felicia se interesaban en vano por él, les propuso un espediente para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aquí, les dijo, lo que he pensado: supondrémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante Italiano, en la que despues de haber hablado largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: « Poco tiempo

» hace que llegó á la Corte de Parma un Ca-
» ballero Español, llamado Don Gaston de Co-
» gollos. Dice es sobrino y único heredero
» de una viuda rica que vive en Coria con el
» nombre de Doña Leonor de Lajarilla : este
» pretende la hija de un Señor poderoso ; pero
» no quieren aceptar hasta haberse informado
» de la verdad , y á mí se me ha encargado me
» dirija á vmd. Digame, le suplico , si conoce
» á este Don Gaston, y en que consisten los
» bienes de su tia. La respuesta de vmd. deci-
» dirá este casamiento. Parma, y, etc. »

Esta trampa pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados ; la criada todavía menos escrupulosa que el buen hombre la aprobó mucho. La ficcion les pareció tanto mejor cuanto que conocian la altivez de Elena, la cual, como no sospechara la picardía, era capaz de tomar partido en la misma hora. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarla por sí mismo mi mudanza, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerla hablar al mercader que habia recibido de Parma la supuesta carta. Ejecutáron el proyecto como lo habian formado. El padre con una emocion que aparentaba cólera y despecho, la dijo : Hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamas permita entre en nuestra familia el homicida de Don Agustin, y hoy tengo otra razon mas fuerte para apartarte de Don Gaston.

Avergüenzate de serle tan fiel. El es un vol-
tario, un perfido, y vé aquí una prueba cierta
de su infidelidad : lee tú misma esa carta que
un mercader de Coria acaba de recibir de Italia.
Asustada Elena tomó el fingido papel, lo leyó,
examinó todos los términos, y quedó oprimida
con la nueva de mi inconstancia. Un senti-
miento de ternura la hizo derramar despues
algunas lágrimas ; pero recobrando presto su
entonç, las enjugó, y dijo con entereza á su
padre : Señor, vmd. acaba de ser testigo de mi
flaqueza, sealo tambien de mi victoria. Esto es
hecho : Don Gaston me es ya despreciable ; en
él solo veo el mas indigno de todos los hombres.
No hablemos mas de ello. Vamos, no tengo que
mirar, dispuesta estoy á seguir á Don Blas hasta
el altar. Ojalá que mi himeneo preceda al de
aquel pérvido que tan mal ha correspondido á
mi amor. Don Jorge, transportado de alegría al
oir estas palabras, abrazó á su hija, alabó la
vigorosa resolucion que tomaba ; y aplaudien-
dose del feliz suceso de la estratagemá, se dió
priesa á concluir los deseos de mi rival. De este
modo me quitáron á Doña Elena, la que se en-
tregó precipitadamente á Combados, sin querer
dar oidos al amor que la hablaba por mí en su
corazon, ni aun dudar un instante de una no-
ticia que debiera haber encontrado menos cre-
dulidad en una muger apasionada. Impelida de
su orgullo solo escuchó á su presuncion ; y el

resentimiento de la injuria que imaginaba habia yo hecho á su hermosura, superó al interes de su amor. Sin embargo, pocos dias despues de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo precipitado : se la previno que la carta del mercader podia haber sido fingida, cuya sospecha la inquietó ; pero el cariñoso Don Blas no daba lugar á que su muger abrigase ideas contrarias á su reposo, y no pensaba mas que en divertirla : y lo conseguia por una sucesion continua de placeres diferentes, teniendo el arte de inventarlos.

Ella se manifestaba gustosa con un esposo tan amable, y vivian perfectamente unidos, cuando mi tia compuso mi negocio con los parientes de Don Agustin, cuyo aviso recibí en Italia inmediatamente. Estaba entónces en Regio, en la Calabria Ulterior. Pasé á Sicilia, de allí á España, y con las alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor, que no me habia escrito el casamiento de la hija de Don Jorge, me lo notició á mi llegada ; y observando que me afligia, dijo : Haces mal, sobrino mio, de mostrarte tan sensible á la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Creeme, destierra de tu corazon y memoria á una persona que no es digna de ocupar tu voluntad.

Como mi tia ignoraba que se habia engañado á Doña Elena, tenia razon de hablarme asi, y no podia darme consejo mas discreto : por lo

que me prometí seguirlo, ó á lo menos afectar un aire indiferente, ya que no era capaz de vencer mi pasion. No pude resistir al deseo de saber de que modo se habia compuesto aquel casamiento. Para instruirme, resolví ver á la amiga de Felicia, es decir, á la Señora Teodora, de quien ya he hablado. Fuí á su casa, en donde por casualidad encontré á Felicia, la que, estando muy agena de verme, se turbó, y quiso salir, por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve : ¿ Por que, la dije, hui de mí ? ¿ No se contenta la perjura Elena con haberme sacrificado ? ¿ Os ha prohibido oír mis quejas ? ¿ ó hui solamente por hacer mérito con la ingrata de haberos negado á oírlas ?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde ; no puedo ver á vmd. sin sentirme despedazada con mil remordimientos. A mi ama la han seducido, y yo tengo la desgracia de haber sido cómplice en el engaño. Despues de esto, ¿ puedo yo sin vergüenza presentarme á vmd. ? ¿ Ah Cielos ! repliqué yo con sorpresa, ¿ que me dices ? esplicaos con mas claridad. La criada entonces me contó circunstanciadamente la estratagemas de que se habia servido Combados para robarme á Doña Elena ; y advirtiéndome que su narracion me afligia mucho, se esforzó para consolarme : me ofreció sus buenos oficios para con su ama, me prometió desengañarla, y en una

palabra , no escasear nada para suavizar el rigor de mi suerte : en fin , me dió esperanzas que mitigáron algun tanto mis penas.

Dejando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de Doña Elena para que consintiera en verme , sin embargo lo consiguió. Resolviéron entre ellas que entraria secretamente en casa de Don Blas la primera vez que este saliera para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar , y en la que se estaba por lo comun un dia ó dos. Este designio se ejecutó de allí á poco : el marido partió para el campo , cuya noticia me advirtiéron , é introdujéron en el aposento de su muger.

Quise principiar con reprensiones , pero se me cerró la boca. Es inútil traer á la memoria lo pasado , dijo la Señora ; aquí no se trata de enternecernos el uno al otro , y vmd. se engaña si me cree dispuesta á lisonjear su afecto. Yo os declaro , Don Gaston , que no he dado mi consentimiento para esta secreta conferencia , ni he cedido á las instancias que se me han hecho , por otra cosa que por decir á vmd. de viva voz que no debe en adelante pensar mas en mí. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte , si esta se hubiera unido á la de vmd. ; pero , pues el Cielo lo ha ordenado de otro modo , me es preciso obedecer sus mandatos.

¿ Pues que , Señora , la respondí , no basta el haberos perdido , y ver al feliz Don Blas poseer

tranquilamente la única persona que soy capaz de amar? ; Es preciso que ademas os destierre de mi pensamiento! ; Vmd. quiere quitarme mi amor y el único bien que me queda! ; Ah, cruel! ; Pensais es posible vuelva á recobrar su corazon un hombre á quien lo robásteis? Conoced mejor lo que obrais, y no me exhortéis en vano á que os aparte de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitacion, pues cese vmd. tambien de esperar que yo agradezca vuestra inclinacion. Solo una palabra tengo que decir á vmd. : la esposa de Don Blas no será cortejo de Don Gaston; camine vmd. sobre este supuesto. Retírese vmd., añadió. Acabemos prontamente una conversacion que me reprendo, á pesar de la pureza de mis intenciones, y que juzgaria culpable, si la prolongase.

Al oir estas palabras que me quitaban toda esperanza, caí á los piés de Doña Elena. La hablé con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de escitar acaso algunos sentimientos de lástima, que tuvo buen cuidado de ocultar, y que sacrificó á su obligacion. Despues de haber agotado infructuosamente las expresiones tiernas, las súplicas y las lágrimas, mi ternura se mudó de repente en furor, y saqué la espada para atravesarme en presencia de la inexorable Elena, quien apénas lo conoció, cuando se arrojó á mí para precaver las con-

secuencias. Deteneos , Cogollos , me dijo : ¿ Es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion ? Quitandoos asi la vida , vais á deshonorarme , y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion en que me hallaba , lejos de atender á estas palabras como debia , no pensaba mas que en engañar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi funesto atentado , lo cual sin duda hubiera conseguido fácilmente , si Don Blas , que habia sido advertido de nuestra conferencia , y que en lugar de ir al campo se habia ocultado tras de un tapiz para oir nuestra conversacion , no hubiera venido corriendo á unirse á ella. Señor Don Gaston , exclamó deteniendome el brazo , recobrese vmd. y no ceda cobardemente al furor que le agita.

Yo interrumpí á Combados diciendole : ¿ Es vmd. quien me aparta de mi resolucion ? ¿ vmd. que deberia mas bien darme de puñaladas ? Mi amor , aunque desgraciado , os ofende . ¿ No es suficiente delito el que me hayais sorprendido de noche en el aposento de vuestra esposa ? ¿ Se necesita mas para escitar vuestra venganza ? Heridme , para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar á Doña Elena , miétras viva. Es en vano , me respondió Don Blas , que vmd. procure interesar mi honor para que le dé la muerte. Demasiadamente castigado queda vmd. de su temeridad ; y yo quedo tan gustoso con



*Deteneos, Cógollos: ¿ es este el modo que tenéis de
mirar por mi reputación ?*

Choquet inv. del.º

Duquet sculp.º

los sentimientos virtuosos de mi esposa , que la perdono la ocasion en que se ha puesto de manifestarlos. Creedme , Cogollos , añadió , no os desesperéis como un débil amante , y someteos con valor á la necesidad.

El prudente Gallego con estos y otros semejantes discursos calmó poco á poco mi arrebató y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de apartarme de Elena y de los lugares que habitaba , y dos dias despues me volví á Madrid. Allí no habiendo querido ocuparme en otro cuidado que en el de mi fortuna , principié á presentarme en la Corte , y á ganar amigos ; pero he tenido la desgracia de estrecharme con el Marques de Larrevilla , gran Señor Portugués , el cual , habiendose sospechado de él que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los Españoles , está hoy en el castillo de Alicante. Como el Duque de Melar ha sabido que yo era íntimo amigo de este Señor , me ha hecho prender y conducir aquí. El Ministro cree que puedo ser cómplice en tal proyecto , ultraje que es el mayor para un hombre noble y castellano.

Aquí cesó de hablar Don Gaston , y yo le consolé diciendo : Señor Caballero , el honor de vmd. no puede recibir lesion alguna en esta desgracia , la cual en lo sucesivo sin duda servirá á vmd. de provecho. Cuando el Duque de Melar se entere de su inocencia , no dejará de darle un empleo considerable , para restablecer la repu-

tacion de un hidalgo acusado de traicion injustamente.

CAPÍTULO VII.

Scipion va á la Torre de Segovia á ver á Gil Blas , y le da muchas noticias.

TORDESILLAS, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversacion, diciendome : Señor Gil Blas, acabo de hablar con uno que se ha presentado en la puerta de la Torre, y preguntado si estaba vmd. preso; y habiendole querido dar la respuesta, me ha dicho llorando : Noble Alcaide, no desprecie vmd. mi humilde súplica, dígame si el Señor de Santillana está aquí. Soy su primer criado, y si me permite verle, en ello hará una obra de caridad. En Segovia está vmd. tenido por un hidalgo humanísimo, y así espero no me niegue la gracia de hablar un instante con mi querido amo, que es mas infeliz que culpado. En fin, continuó Don Andres, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver á vmd., que le he prometido darle á la tarde esta satisfaccion.

Aseguré á Tordesillas que el único gusto que me podia dar, era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Scipion, porque no dudaba fuese

él, y á la verdad no me engañaba. A la tarde se le dió entrada; y su alegría, que solamente podia igualarse con la mia, rompió al verme con arrebatos extraordinarios. Yo con el júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Tal fué el gusto que tuviéron en verse el amo y el secretario, que se confundieron con este abrazo.

Luego que nos separámos, pregunté á Scipion en que estado habia dejado mi casa. Ya no tiene vmd. casa, me respondió, y para escusar á vmd. el trabajo de hacer preguntas sobre preguntas, voy á decir en dos palabras lo que ha pasado en ella. Sus bienes han sido saqueados, tanto por los ministros como por los criados de vmd., los cuales mirandole ya como un hombre enteramente perdido, á cuenta de sus salarios han tomado cuanto han podido. La fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos talegos de doblones de á ocho, que saqué del cofre, y puse en salvo. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, se los entregará cuando salga vmd. de la Torre, en donde no creo sea vmd. pensionario de S. M. mucho tiempo, pues ha sido preso sin intervencion del Duque de Melar.

Pregunté á Scipion de donde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ; Ah ! ciertamente, me respondió; de ello estoy muy instruido, pues un amigo mio, confidente del

Duque de Duzae, me ha contado todas las circunstancias de su prision. Me ha dicho que el Baron de Roncal habiendo descubierto por medio de un criado, que la Señora Sirena usando de otro nombre recibia de noche al Príncipe, y que el Conde de Sumel manejaba esta intriga por medio del Señor de Sautillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su cortejo, para cuyo logro se dirigió secretamente al Duque de Duzae, y se lo descubrió todo. Este habiendose alegrado de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dejó de aprovecharla. Informó al Rey de lo que habia sabido, y le hizo presente con viveza los peligros á que el Príncipe se habia espuesto. Esta noticia habiendo indignado á S. M., hizo poner en la casa de las recogidas á Sirena, desterró al Conde de Sumel, y condenó á Gil Blas á una prision perpetua. Vea vmd. aquí, prosiguió Scipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya vé vmd. que su desgracia es obra del Duque de Duzae, ó mas bien del Baron de Roncal.

Esta relacion me hizo creer que con el tiempo podrian restablecerse mis negocios, y que el Duque de Melar, picado del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerle volver á la Corte; y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡ Que gran cosa es la esperanza ! De un golpe me consoló de la pérdida de mis efectos, y me puse tan alegre como si

tuviera motivo para estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía discurría del modo siguiente: Los partidarios del primer Ministro son Don Fernando de Xabro, el Padre Gerónimo de Renciaflo, y sobretodo Fr. Luis de Agalia, quien le debe el lugar que ocupa cerca del Rey. Con el favor de estos poderosos empeños S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte el Estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está muy achacoso; y luego que muera, el Príncipe su hijo volverá á traer al Conde de Sumel, quien me sacará inmediatamente de aquí, y me presentará al nuevo Monarca, el que, para compensar los trabajos que he sufrido, me colmará de beneficios. Embelesado asi con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos talegos que mi secretario habia depositado en casa del platero contribuyéron para mi pronto consuelo tanto como la esperanza.

El zelo é integridad de Scipion me habia agradado mucho, y en prueba de ello le ofrecí la mitad del dinero que habia preservado del pillage, lo que rehusó. Espero de vmd., me dijo, otra señal de reconocimiento. Admirado tanto de su discurso como de que rehusaba la

oferta , le pregunté que podia hacer por él. No nos separemos , me respondió , permita vmd. que una mi fortuna con la suya ; jamas he tenido á ningun amo el amor que tengo á vmd. Y yo , hijo , le dije , puedo asegurar que te correspondo. Desde la hora en que te ofreciste para servirme , gusté de tí : posible es que ámbos hayamos nacido bajo los signos de Libra ó Géminis , que , segun dicen , son las dos constelaciones que unen á los hombres. Acepto gustoso la compañía que me propones , y para dar principio , voy á pedir al Señor Alcaide te encierre conmigo. Será de mi gusto , exclamó : vmd. me ha adivinado el pensamiento , é iba á suplicarle pretendiese esta gracia , pues su compañía me es mas apreciable que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á oler en la covachuela , y ver si ha habido en la Corte alguna mudanza que pueda serle á vmd. favorable : de modo que en mí juntamente tendrá vmd. confiante , correo y espía.

Eran muy considerables estas ventajas para privarme de ellas. Retuve pues conmigo á un hombre tan útil , con permiso del generoso Alcaide que no me quiso negar un tan dulce consuelo.

CAPÍTULO VIII.

Del primer viage que hizo Scipion á Madrid : cual fué el motivo y éxito de él : dale á Gil Blas una enfermedad , y resultas que tuvo.

AUNQUE comunmente decimos que no hay enemigos mayores que nuestros criados , no hay duda que cuando nos son fieles y apasionados , son nuestros mejores amigos. El zelo que Scipion me habia manifestado , me hacia mirarle como á mi misma persona. Asi ya no hubo subordinacion ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. No tuvieron mas que un cuarto , una cama y una mesa.

La conversacion de Scipion era muy jocosa , y con razon se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Ademas era hombre de juicio , y me iba bien con sus consejos. Un dia le dije : Amigo mio , me parece no seria malo que yo escribiese al Duque de Melar ; esto no puede producir mal efecto. ¿ Y de que parecer eres ? Ya estoy , respondió ; pero los Grandes se mudan tanto de un instante á otro , que no sé como recibirá vuestra carta. Soy de dictámen que de todos modos se escriba , pero con maña. Aunque el Ministro le estima , no se descuide por eso de escitar su memoria. Esta suerte de protectores

fácilmente olvidan á aquellos de quienes no oyen mas hablar.

Aunque eso es muy cierto, le repliqué, yo hago mejor concepto de mi patron. Conozco su bondad; estoy persuadido á que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. Al parecer, para sacarme de la prision espera que se apacigue la cólera del Rey. Sea enhorabuena, respondió, yo me alegraré que el juicio que vmd. hace de S. E. sea verdadero. Implore vmd. su patrocinio por una carta muy expresiva, que yo se la llevaré, y prometo darsela en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de elocuencia, que á Scipion le pareció patético, y que Tordesillas hizo superior á las mismas Homilías del Arzobispo de Granada.

Me lisonjeaba yo de que el Duque de Melar se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que yo estaba; y con esta confianza hice partir mi correo, el cual apénas hubo llegado á Madrid, cuando fué á casa del Ministro. Encontró á uno de mis amigos, ayuda de cámara, que le facilitó ocasion de hablar al Duque: Señor, dijo Scipion á S. E. presentandole el pliego que llevaba, uno de vuestros mas fieles criados, el cual duerme en un jergon en un oscuro calabozo de la Torre de Segovia, suplica á V. E. muy humildemente lea esa carta, que de lástima le ha facilitado

poder escribir uno de los carceleros. El Ministro la abrió y pasó por la vista; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazón mas duro, lejos de mostrarse movido, levantó la voz, y dijo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: Amigo, diga vmd. á Santillana que es mucha osadía el dirigirse á mí despues de la indigna accion que ha cometido, y por la cual es tan justamente castigado. Es un infeliz que no debe contar mas con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del Rey.

Scipion con todo su desahogo se quedó turbado al oir este discurso; sin embargo, á pesar de su turbacion, no dejó de interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre preso morirá de dolor, cuando sepa la respuesta de V. E. El Duque respondió á mi intercesor con mirarle de medio lado, y volverle la espalda. Asi me trataba este Ministro para ocultar mejor la parte que habia tenido en las diversiones nocturnas del Príncipe; y esto es lo que deben esperar todos los agentes de escalera abajo, de quienes se valen todos los Señores en sus secretas y peligrosas negociaciones.

Cuando mi secretario volvió á Segovia, y me contó el suceso de mi comision, caí de nuevo en el abismo de tristezas que me anegaron el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado, faltandome la proteccion del Duque. Se abatió mi espiritu, y por mas que se

me dijo para consolarme , todo fué inútil : sobrecogióme el pesar que insensiblemente me causó una enfermedad aguda.

El Señor Alcaide que se interesaba en mi salud , creido de que para conseguirla era lo mejor llamar médicos , me trajo dos que tenian traza de ser unos zelosos servidores de la Diosa Libitina. Señor Gil Blas , me dijo al presentarmelos , vea vmd. aquí dos Hipócrates que vienen á visitarle , y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia yo á estos Doctores , que seguramente los hubiera recibido muy mal , si me hubiese quedado algun apego á la vida ; pero me sentia tan causado de ella , que agradecí á Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

Señor Caballero , me dijo uno de los médicos , ante todas cosas es necesario que vmd. tenga confianza en nosotros. La tengo muy cumplida , le respondí : con la asistencia de vmds. quedaré curado de todos mis males. Sí , respondió , lo será vmd. con la ayuda de Dios ; á lo menos nosotros harémos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto estos Señores se portáron tan maravillosamente , que visiblemente me iban llevando al sepulcro. Don Andres , desconfiado ya de mi curacion , hizo venir un Religioso de San Francisco para que me ayudara á bien morir. El buen Padre , despues de haber cumplido con este empleo , se retiró ; y yo creyendome en mi

última hora , hice señas á Scipion para que se acercara á mi cama. Amado amigo mio , le dije con una voz casi apagada (tal era la debilidad que me habian ocasionado las medicinas y sangrías), de los dos talegos que hay en casa de Gabriel te dejo uno , y el otro te suplico lo lloves á Asturias á mis padres , quienes , si todavía viven , estarán necesitados. Pero ; ay de mí ! temo mucho que no han de haber podido sobrevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza , quizá les habrá causado la muerte. Si el Cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura , les darás el talego de doblones , suplicandoles me perdonen lo mal que los he tratado ; y si se han muerto , te encargo emplees el dinero en pedir al Cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra : tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida ; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba pues pasar el trago , y no obstante me engañé. Habiendome desahuciado mis Doctores , y dejado campo libre á la naturaleza , esta fué la que me sacó del peligro. La calentura , que segun su pronóstico debia llevarme al otro mundo , quiso desmentirlos , y me dejó : poco á poco me restablecí con la mayor felicidad ,

★

y una perfecta tranquilidad de espíritu vino á ser el fruto de mi mal. Ya entónces no necesité de consuelo, ántes bien miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la proximidad de la muerte; y vuelto en mí mismo bendecía mi desgracia. Daba gracias al Cielo como si me hubiese hecho un favor particular; y resolví firmemente no volver mas á la Corte, aun cuando el Duque de Melar me llamase, con ánimo, si salia de la prision, de comprar una casa de campo, y vivir en ella como filósofo.

Mi confidente apoyó mi designio, y me dijo que para acelerar la ejecucion pensaba volver a Madrid á solicitar mi libertad. Se me ha prevenido una cosa, añadió; conozco á un sugeto que podrá sernos útil, la criada favorita de la ama de leche del Príncipe, que es una muchacha de entendimiento: voy á que hable á su ama, y á poner todos los medios imaginables para sacar á vnd. de esta Torre, en donde, aunque se le dé el mejor trato, siempre es prision. Dices bien, le respondí. Ve, amigo mio, sin perder tiempo, á dar principio á esta diligencia. ¡Pluguiese al Cielo estuviéramos ya en nuestro retiro!

CAPÍTULO IX.

Scipion vuelve á Madrid; como y con que condiciones puso á Gil Blas en libertad; á donde fuéron los dos despues de haber salido de la Torre de Segovia, y conversacion que tuviéron.

SALIÓ pues Scipion para Madrid, y yo, ínterin volvía, me dediqué á la lectura. Tordesillas me daba mas libros de los que yo quería, los que tomaba prestados de un viejo Comendador que no sabia leer, pero que queriendo hacerse sabio tenia una gran librería. Sobretudo me agradaban las obras morales, porque encontraba en ellas á cada momento pasages que lisonjeaban mi aversion á la Corte, y la aficion que habia cobrado á la soledad.

Pasáron tres semanas sin oír hablar de mi negociador, el cual volvió en fin, y me dijo muy alegre: Por de pronto, Señor de Santillana, traigo á vmd. buenas nuevas. La Señora ama se interesa por vmd. Su criada, á súplicas mias, y mediante cien doblones que la he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla á que pida al Príncipe solicite vuestra soltura; y este, que como otras veces he dicho á vmd., uada la niega, ha prometido hablar al Rey su padre á

fin de conseguirla. He venido con la mayor priesa á deciroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dejó, y volvió á tomar el camino de la Corte.

No fué largo su tercer viage. A los ocho dias estuvo de vuelta, y me dijo que el Príncipe habia, no sin trabajo, obtenido del Rey mi libertad; lo cual el mismo dia me confirmó el Señor Alcaide, quien me dijo abrazandome: Mi amado Gil Blas, gracias al Cielo, vmd. ya está libre, y tiene abiertas las puertas de esta prision; pero las condiciones con que se concede á vmd. esta libertad quizá le darán mucha pena, y á mí el desagrado de verme en la obligacion de hacersela saber. S. M. prohíbe á vmd. se presente en la Corte, y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de mucha mortificacion el que se le prohiba á vmd. ir á la Corte. Pues yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso de ella; solo esperaba del Rey una gracia, y me ha hecho dos.

Viendome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las cuales salimos el dia siguiente mi confidente y yo, despues de haberme despedido de Cogollos, y dado mil gracias á Tordesillas de todos los favores que me habia hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recoger del Señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los cuales habia quinientos doblones. En el camino me dijo mi compañero: Si no tene-

mos dinero para comprar una hacienda magnífica , á lo menos habrá para una mediana. Yo me daré por feliz , le respondí , aun cuando no tengamos mas que una choza. Habiendo apenas llegado á la mitad de mi carrera , estoy tan desengañado del mundo , que solo quiero vivir para mí solo. Ademas de esto te digo que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea que me hechiza y me hace gozarlos con anticipacion. Pareceme ya que veo el esmalte de los prados , que oigo el canto de los ruiseñores , y el murmullo de los arroyos ; que en tanto me divierto con la caza , y en tanto con la pesca. Imaginate , amigo mio , las diferentes diversiones que nos esperan en la soledad , y tendrás tanta complacencia como yo. En orden al mantenimiento , el mas simple será el mejor ; un pedazo de pan nos satisfará cuando nos atormente el hambre , y lo comerémos con un apetito que nos lo hará parecer muy sabroso. El deleite no está en los alimentos esquisitos , sino en nosotros ; y esto es tanta verdad como que mis comidas mas deliciosas no son aquellas en que veo reinar la delicadeza y la abundancia : la frugalidad es una fuente de delicias maravillosas para conservar la salud.

Con el permiso de vmd. , Señor Gil Blas , me interrumpió mi secretario , yo no soy enteramente de su dictámen sobre la supuesta frugalidad con que vmd. quiere obsequiarme. ¿ Por que

nos hemos de mantener como los Diógenes? Aun cuando comamos bien, no caeremos enfermos por eso. Creame vmd., ya que tenemos, gracias á Dios, con que hacer agradable nuestro retiro, no lo hagamos habitacion del hambre y de la pobreza. Luego que tengamos una buena hacienda, es preciso abastecerla de buenos vinos, y de todas las otras provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dejan el trato humano por renunciar á las comodidades de la vida, sino ántes bien para gozarlas con mas tranquilidad. Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesiodo, no daña, en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añadió, poseer uno las cosas necesarias que desearlas.

¡ Que diablos es eso, Señor Scipion, interrumpí, vmd. ha manejado los Poetas Griegos! Hola, ¿ en donde leyó vmd. á Hesiodo? En casa de un sabio, me respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador; en un abrir y cerrar de ojos componia un grueso volumen, recopilando pasages Hebreos, Griegos y Latinos, que sacaba de los libros de su biblioteca, y traducia en castellano. Como yo era su copista, he retenido no sé cuantas sentencias, todas tan dignas de observarse como la que acabo de citar. Siendo asi, le repliqué, tu memoria está bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto, ¿ en que Reino de

España juzgas tú conveniente establezcamos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; allí encontraremos sitios hermosísimos, en donde podremos pasar una vida deliciosa. Está bien, le dije, sea así; detengamonos en Aragon, consiento en ello; ¡ojalá descubramos una morada que me suministre todos los placeres de que se alimenta mi imaginacion!

CAPÍTULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quien encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.

LUEGO que llegamos á Madrid, fuimos á hospedarnos á una pequeña posada, en la cual se habia alojado Scipion en sus viages. Lo primero que hicimos, fué ir á casa de Salero á recoger nuestros doblones. Este nos recibió muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad, protestandome habia sentido mi desgracia, y que ella le habia disgustado de la alianza de las gentes de la Corte, cuyas fortunas estan en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico mercader. Vmd. ha obrado con juicio, le respondí: ademas de que este partido es mas sólido, un plebeyo que viene á ser suegro de un

noble, no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues, habiendo mudado de conversacion, y viniendo á nuestro asunto, proseguí : Señor Gabriel, haganos vmd. el favor, si gusta, de darnos los mil doblones que..... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero ; el cual habiendonos hecho pasar á su gabinete, nos mostró dos talegos en los cuales habia unos rótulos que decian : *Estos talegos de doblones son del Señor Gil Blas de Santillana*. Ved aqui, me dijo, el depósito tal como se me confió.

Dí gracias á Salero del favor que me habia hecho ; y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevámos los talegos á la posada, en donde contámos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebajados los cien doblones que se habian gastado en conseguir mi libertad. Ya no pensámos mas que en disponernos para ir á Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo á esta diligencia, encontré al Baron de Steinbach, Oficial de la Guardia Alemana, en casa del cual se habia criado Don Alfonso.

Saludé á este Caballero, quien habiendome tambien conocido, se vino á mí y me abrazó : Me alegro con extremo, le dije, de ver á su Señoría en tan buena salud, y al mismo tiempo

tener ocasion de saber de mis amados Señores Don Cesar y Don Alfonso de Leyva. Puedo dar á vmd. noticias muy ciertas , me respondió , pues ámbos estan actualmente en Madrid , y ademas en mi casa. Tres meses hace que viniéron á la Corte á dar gracias al Rey de un empleo que este ha conferido á Don Alfonso en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al Estado ; le ha nombrado Gobernador de la ciudad de Valencia , sin que le haya pedido este cargo , ni solicitadolo por otra persona. Ha sido graciosamente , lo cual prueba que nuestro Monarca sabe recompensar el valor.

Aunque yo supiese mejor que Steinbach en que consistia esto , no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba , y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos , que para satisfacerlo me llevó inmediatamente á su casa. Yo queria probar á Don Alfonso , y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al ajedrez con la Baronesa de Steinbach. Luego que me percibió , dejó el juego y se vino hácia mí arrebatado de gozo , y apretandome entre sus brazos me dijo en un tono que manifestaba una verdadera alegría : ; Con que , Santillana , al fin vuelvo á verte ! estoy loco de contento. No tengo la culpa de que nos separásemos ; yo te supliqué , si haces memoria , que no te fueras de la casa de Leyva , y tú no hiciste caso de mi ruego. No obstante no

te lo imputo á delito, ántes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero despues debias haberme escrito, y ahorrarme el trabajo de hacerme buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado Don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta ligera reprension, continuó, dime lo que haces en Madrid. Al parecer tú tienes aquí algun empleo. Ten por cierto que me intereso ahora mas que nunca en tu bien. Señor, le respondí, no hace todavía cuatro meses que ocupaba en la Corte un puesto demasiado importante. Tenia la honra de ser Secretario y Confidente del Duque de Melar. ¿Es posible! exclamó Don Alfonso con asombro. ¿Que! ¿has logrado tú la confianza del primer Ministro? Logré su favor, respondí, y lo perdí del modo que voy á decir. Entónces le conté todo lo ocurrido, y acabé esponiendole la resolucion que habia tomado de comprar, con lo poco que me quedaba de mi pasada prosperidad, una pobre casa de campo para pasar allí una vida retirada.

El hijo de Don Cesar, despues de haberme oido con mucha atencion, me dijo: Mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el Cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero darte una prueba de mi amistad, y no consentir que seas mas el juguete de la fortuna.

Para libertarte de su poder , quiero darte una hacienda que no podrá quitarte. Pues estás determinado á vivir en el campo , te doy una pequeña quinta que tenemos cerca de Liria , distante cuatro leguas de Valencia , la cual has visto tú. Este regalo podemos hacerlo sin incomodarnos , y me atrevo á decir que mi padre no desaprobará esta determinacion , y que Serafina recibirá de ello gran contento.

Me arrojé á los piés de Don Alfonso , quien al momento me hizo levantar. Le besé la mano , y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio , le dije : Señor , vuestras finezas me cautivan : el don que me haceis me es tanto mas agradable , quanto que precede al reconocimiento de un favor que yo he hecho á vmd. , y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi Gobernador quedó algo sorprendido de lo que oia , y no dejó de preguntarme de que favor le hablaba. Se lo dije con todas sus circunstancias , lo cual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar , como el Baron de Steinbach , que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediacion mia. No obstante , no teniendo ya duda de ello , me dijo : Gil Blas , pues debo á tí mi empleo , no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria , quiero agregar á ella dos mil ducados de renta al año.

Alto ahí , Señor Don Alfonso , interrumpí ,

no despierte vmd. mi avaricia. Los bienes no sirven mas que para corromper las costumbres, como harto lo tengo experimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo por otra parte: esto me es suficiente, y lejos de desear mas, perderia mas bien lo que tengo de superfluo en lo que poseo. Las riquezas solo son una carga en un retiro en donde solo se busca la tranquilidad.

Don Cesar llegó cuando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y cuando supo los motivos de agradecimiento á que me estaba obligada su familia, se empeñó en que habia de aceptar yo la renta, la cual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me llevaron prontamente á casa de un escribano, en donde hicieron la escritura de donacion que ámbos firmáron con mas gusto que si fuera un instrumento á favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregáron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, y que fuese cuando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volviéron á casa del Baron de Steinbach, y yo fuí volando á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario, cuando le dije que teníamos una hacienda en el Reino de Valencia, y le conté el modo como la habia adquirido. ¿Cuanto puede valer esa pequeña heredad? me dijo. Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amena

soledad. Yo la he visto, por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los Señores de Leyva. Es una pequeña casa situada á la orilla de Guadalaviar, en una aldea de cinco ó seis vecinos, y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, exclamó Scipion, es que tendrémos allí caza, vino de Venicarló, y excelente moscatel. Vamos, patron mio, demonos priesa á dejar el mundo y llegar á nuestra ermita. No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero ántes es preciso dar una vuelta á Asturias. Mi padre y mi madre es preciso que esten miserables. Quiero ir á verlos y llevarmelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso. Acaso me habrá el Cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo asi, me castigaria. Scipion apoyó mucho mi determinacion, y me escitó á ejecutarla: No perdamos tiempo, me dijo, ya tengo silla volante. Compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto ántes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el ser. Presto estaremos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en la puerta de mi casa estos dos versos latinos con letras de oro:

Inveni portum : spes et fortuna valete ;
Sat me lusistis , ludite nunc alios.

FIN DEL TOMO III.

De los Capítulos que se contienen en este Tomo.

LIBRO SÉPTIMO.

CAP. I.	<i>DE los amores de Gil Blas y la Señora Lorenza Séfora.....</i>	Pág. 5
CAP. II.	<i>De lo que sucedió á Gil Blas despues que se retiró de la casa de Leyva , y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores..</i>	15
CAP. III.	<i>Gil Blas privado del Arzobispo , y dispensador de sus gracias.....</i>	24
CAP. IV.	<i>Es acometido de apoplegia el Arzobispo : del embarazo en que se encuentra Gil Blas , y del modo con que salió de él.....</i>	32
CAP. V.	<i>Del partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el Arzobispo : su casual encuentro con el Licenciado Garcia , y como le manifestó este su agradecimiento.....</i>	36
CAP. VI.	<i>Va Gil Blas á la comedia : de la admiracion que le causó la vista de una cómica , y de lo que le sucedió con ella.....</i>	41
CAP. VII.	<i>Historia de Laura.....</i>	49
CAP. VIII.	<i>Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada , y de la persona á quien reconoció en el vestuario.....</i>	67
CAP. IX.	<i>Del hombre extraordinario con quien cenó aquella noche , y de lo que pasó entre ellos.....</i>	71
CAP. X.	<i>De la comision que el Marques de Marialva dió á Gil Blas , y como la desempeñó este fiel Secretario.....</i>	75
CAP. XI.	<i>De la noticia que tuvo Gil Blas , y del golpe terrible que recibió con ella.....</i>	79
CAP. XII.	<i>Gil Blas se aloja en una posada , en donde hace conocimiento con el Capitan Chinchilla : que clase de hombre era este Oficial , y que negocio le habia llevado á Madrid.....</i>	84
CAP. XIII.	<i>Gil Blas encuentra en Madrid á su querido amigo Fabricio. El gran gusto que tuvieron ámbos.</i>	

- Adonde fuéron los dos , y de la curiosa conversacion que tuvieron.....* 94
- CAP. XIV. *Fabricio coloca á Gil Blas en casa del Conde Galiano , título de Sicilia.....* 107
- CAP. XV. *De los empleos que el Conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.....* 112
- CAP. XVI. *Del accidente que acometió al mono del Conde Galiano : de la pena que tuvo este Señor : como Gil Blas cayó enfermo , y las resultas de su enfermedad.....* 120

LIBRO OCTAVO.

- CAP. I. *Gil Blas adquiere un buen conocimiento , y logra un empleo que le consuela de la ingratitude del Conde Galiano : historia de Don Valerio de Luna...* 131
- CAP. II. *Gil Blas es presentado al Duque de Melar , quien le recibe en el número de sus Secretarios : este Ministro le ocupa , y queda agradaado de su trabajo.....* 139
- CAP. III. *Sabe que su empleo no deja de tener desazones : de la inquietud que le causó esta nueva , y la conducta que se vió obligado á observar....* 145
- CAP. IV. *Gil Blas consigue el favor del Duque de Melar , quien le confia un secreto de importancia.* 150
- CAP. V. *En donde se verá á Gil Blas colmado de gusto , honor y miseria.....* 153
- CAP. VI. *Como Gil Blas da á conocer su miseria al Duque de Melar , y de que modo le trató el Ministro.....* 159
- CAP. VII. *Del buen uso que hizo de sus mil y quinientos ducados : del primer negocio en que se mezcló , y del provecho que sacó de él.....* 166
- CAP. VIII. *Historia de Don Rogerio de Rada.....* 169
- CAP. IX. *Por que medios hizo Gil Blas en poco tiempo una fortuna considerable , y de como tomó el aire de persona de importancia.....* 181
- CAP. X. *Corrompense enteramente las costumbres de Gil Blas en la Corte : de la comision que le confió el Conde de Sumel , y del lance en el cual este Señor y él se metieron.....* 192

- CAP. XI. *De la visita secreta y de los regalos que hizo el Príncipe á Catalina*..... 202
- CAP. XII. *Quien era Catalina: perplejidad de Gil Blas: su inquietud, y la precaucion que tomó para sosegarse*..... 208
- CAP. XIII. *Sigue Gil Blas haciendo el papel de Señor: tiene noticias de su familia: que impresion le hacen: marañase con Fabricio*..... 212

LIBRO NONO.

- CAP. I. *Scipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero: de los pasos que se diéron para este fin*..... 218
- CAP. II. *Con que casualidad se acordó Gil Blas de Don Alfonso de Leyva, y del servicio que le hizo*. 223
- CAP. III. *De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas, y del grande acontecimiento que los inutilizó*..... 228
- CAP. IV. *De que modo fué tratado Gil Blas en la Torre de Segovia, y de como supo la causa de su prision*. 230
- CAP. V. *De lo que reflexionó ántes de dormirse, y del ruido que le despertó*..... 236
- CAP. VI. *Historia de Don Gaston de Cogollos y de Doña Elena de Galisteo*..... 240
- CAP. VII. *Scipion va á la Torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le da muchas noticias*..... 264
- CAP. VIII. *Del primer viage que hizo Scipion á Madrid; cual fué el motivo y éxito de él: dale á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo*..... 269
- CAP. IX. *Scipion vuelve á Madrid: como y con que condiciones puso á Gil Blas en libertad: á donde fuéron los dos despues de haber salido de la Torre de Segovia, y conversacion que tuvieron*..... 275
- CAP. X. *De lo que hicieron al llegar á Madrid: á quien encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro*..... 279

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO III.

